CAROLINA de SOTO y CORRO.

ALBUM DE BODA



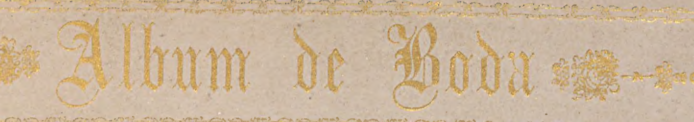
CONTENIDO

El Amor

El Matrimonio La Familia

Tipo-Lit. de los Suc.s de Rivadeneyra.

B. Revuelta, lit.

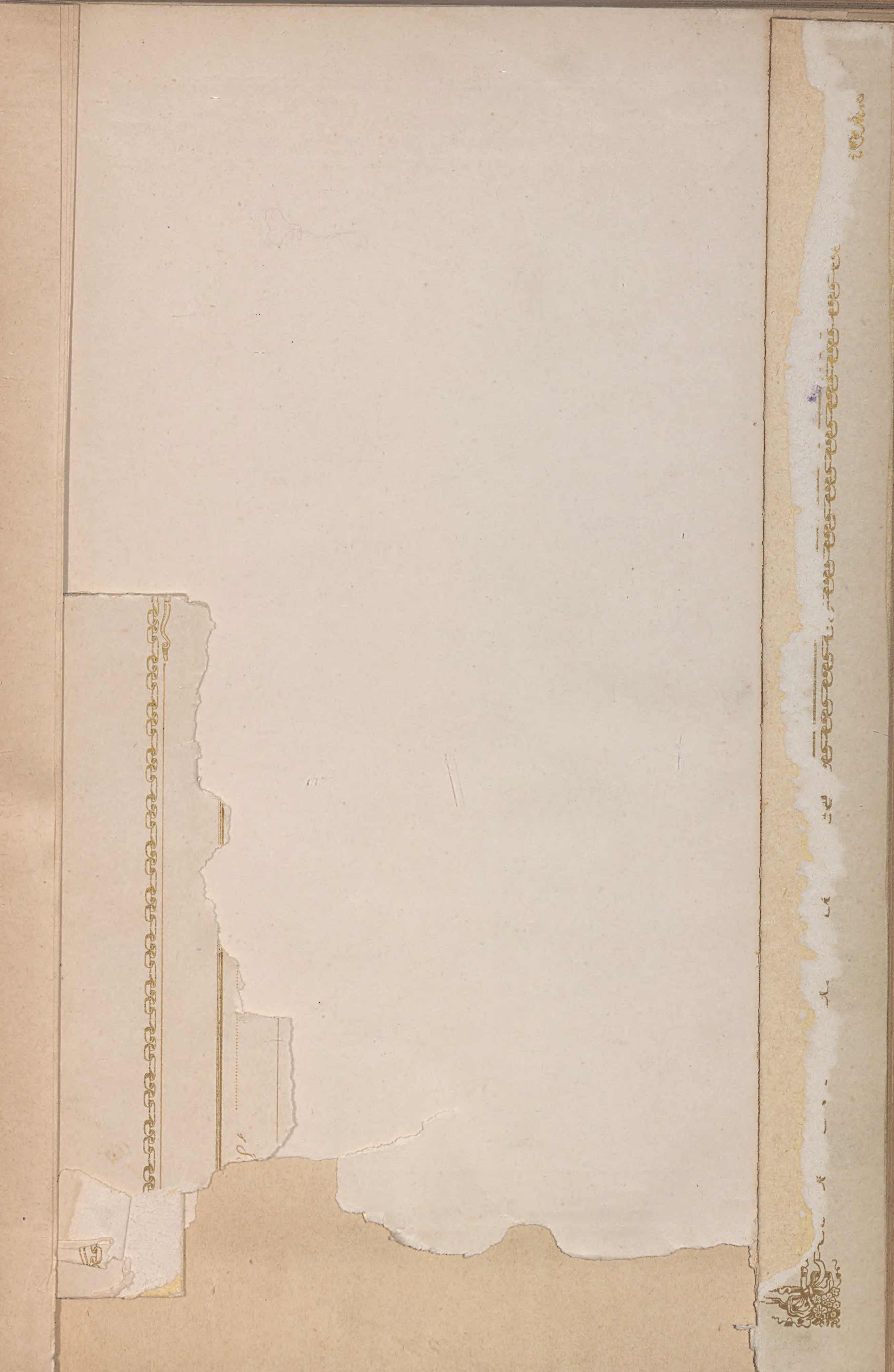


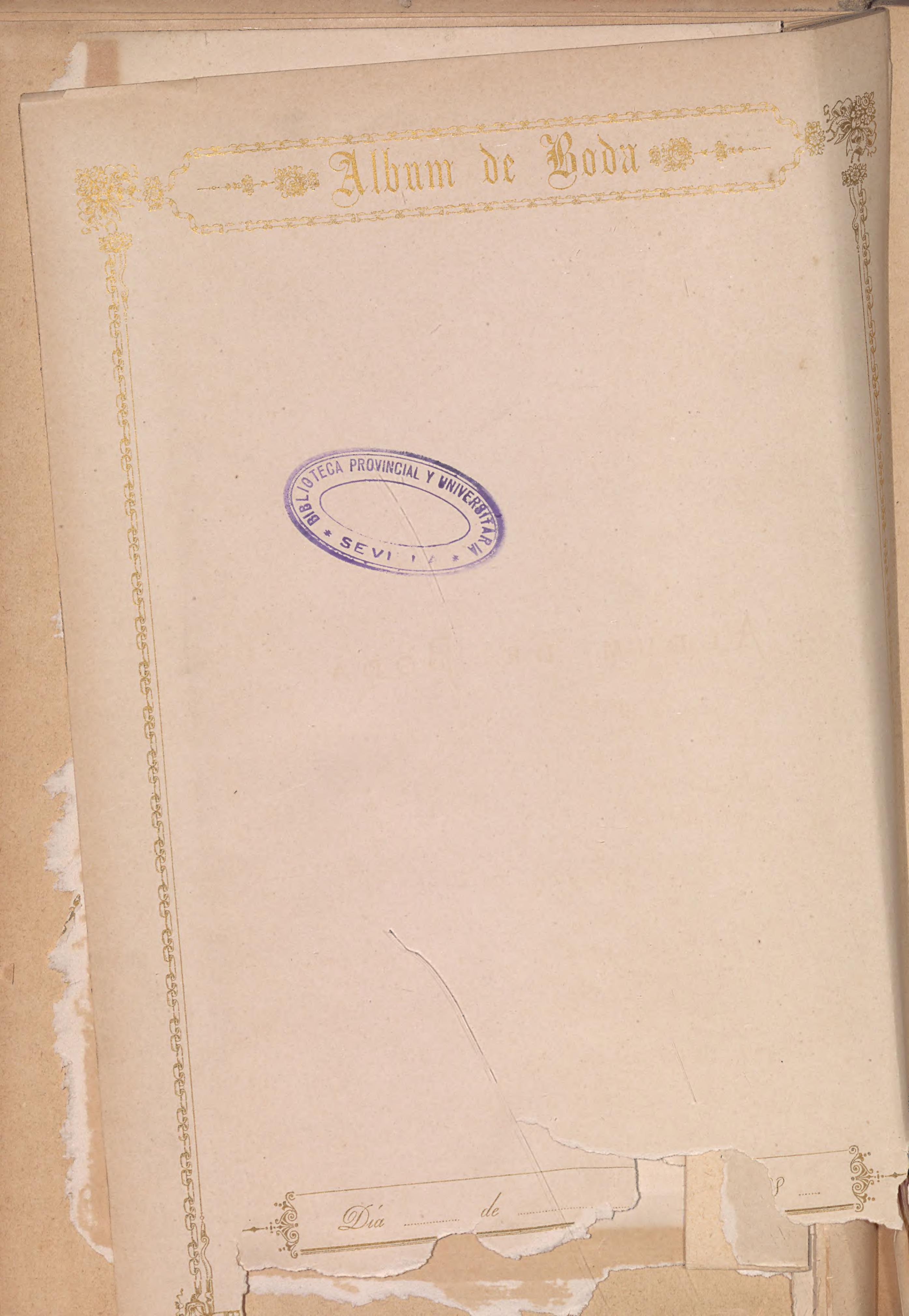
Hoja para retratos.

MODO DE COLOCARLOS.

Se toma un cartón, que cubra el espacio interior; sobre él se practican en esta hoja las aberturas propias para dejar ver los retratos, y éstos se pegan al cartón en el sitio marcado por el corte anterior.

Día .... de .... 188 .....




Album de Boda
Día .... de ....

Album de Boda.

Carolina de Soto y Corro

ALBUM DE BODA

OBRA REVISADA Y AUTORIZADA POR ACUERDO

DEL

Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo

FECHA 27 DE JULIO DE 1887

Que dice así

Habiendo sido examinada de nuestra orden la obra titulada ALBUM DE BODA, *escrita por la* Srta. D.ª Carolina de Soto y Corro, *venimos en aprobarla, mediante á que, según informe del Censor, nada halla que sea contrario al dogma católico y sana moral. — El Cardenal Arzobispo*, PAYÁ.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20
1887



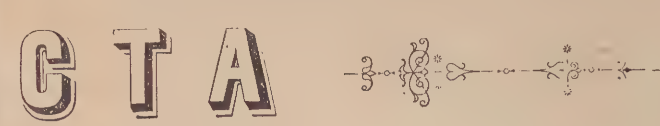
INTRODUCCIÓN.

El Álbum de boda es libro
De general importancia
Para todos los que nacen
En la religión cristiana.
Libro que la Iglesia acoge
Como precioso regalo
Para los que escuchan fieles
La Epístola de San Pablo,
Pues que sirve á la memoria
Como de guía perfecto,
Que señala hermosas fechas
Y venturosos recuerdos.
En sus páginas preciadas
Hallará el lector reunidos
Lo que es útil, lo galano,
Lo moral y lo instructivo;
Los delicados axiomas,
Las máximas escogidas,
Los saludables consejos,
Y las más sabias doctrinas.
Aquí, el amor es la base
Donde la dicha se asienta,
Principio del bien supremo
Que se ambiciona en la tierra;
No la pasión excitada
Por lo mísero del goce,
Sino el idilio amoroso
Que eleva y sublima al hombre.
Aquí, el santo sacramento
Del matrimonio es el yugo
Que Dios impone á los seres
Para el progreso del mundo;
La cadena misteriosa,
El lazo de eternas flores,
El nudo tierno que enlaza
Los amantes corazones.
Aquí, la humana familia,
Como fruto bendecido
Del árbol de la existencia
Que fecunda el cielo mismo,
Es el fin adonde ansiosa
La sociedad se dirige
Por el camino derecho
Que ilumina y que redime.
Ella, venero de amores,
Es madre que tierna guía
A la virtud que engrandece
Y hacia el bien que simboliza.

Ella es la piedra segura
Donde descansa el viajero
Tras el embate furioso
De las olas y los vientos;
El apoyo de la gracia,
Donde á su vez se sostiene
Con espíritu divino
Que la alienta y fortalece.
Nada más puro y hermoso
Que el amor y la fe viva;
Nada más dulce y bendito
Que el hogar de la familia.
En él está la excelencia
De la paz y la ternura;
En él la verdad grandiosa
Que el alma anhelante busca.
Avivad el blando fuego
Que enardece vuestras venas,
Y en amorosa armonía,
Cumpliendo la ley excelsa,
Llegad al altar sagrado,
Y con dulces juramentos
Rendid vuestros corazones
En aras del himeneo.

Bendecida la unión tierna,
Y en pos de la ceremonia,
Completad vuestra ventura
Leyendo el Álbum de boda.
Él sellará vuestra dicha
En tan solemnes momentos,
Y será en el matrimonio
Vuestro amigo y consejero.
Él os servirá de norte
En los males y las dudas,
Y os prestará grato alivio
En la tristeza y angustia;
Y os librará de los celos
Que causan heridas hondas,
Del miserable abandono
Y de la horrible discordia;
Y será sostén y escudo
De vuestras débiles fuerzas;
El que lleve á vuestros pechos
La constancia verdadera,
Y el que de santas virtudes
Será ejemplo persuasivo
De bienes para los padres
Y de amor para los hijos.




ACTA MATRIMONIAL

En la Iglesia parroquial de ....
provincia de .... el día ..... de ....

188 .....

Han contraído matrimonio

Don .... de edad de ....
natural de ....

con

Doña .... de edad de ....
natural de ....

BENDECIDOS

por el sacerdote ....
....

Siendo Padrinos

....
....

Y TESTIGOS

....
....
....
....
....
....

Dedicatorias y Autógrafos.

~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~
~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~~



Liturgia del matrimonio.

Amables desposados:

ACABÁIS de ser objeto de una de las ceremonias más sagradas de la Iglesia, y de la mayor importancia y trascendencia para vuestra historia. Todo cuanto en obsequio y legitimación de vuestro casamiento habéis visto, oído y sentido, merece que lo conservéis en vuestro corazón y memoria durante toda vuestra vida. En este orden han venido sucediéndose en todos los siglos del cristianismo los desposorios de vuestros ascendientes, mezclando sus deseos, sentimientos, votos y promesas con plegarias al cielo para mejor realizar los fines de su nuevo estado; y nada más augusto, nada más grato y tierno que el veros rodeados de vuestros parientes y amigos, partícipes y testigos de la ceremonia de enlace de una y otra familia; nada como el haber sellado vuestra indisoluble unión arrodillándoos al pie del altar, dándoos mútuamente las manos en señal de alianza y apoyo, para recibir del ministro del Señor, después de reiterado vuestro mutuo consentimiento, la bendición, acompañada de la sagrada fórmula: *Yo os juuto en matrimonio en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo;* significando con esto que si Dios elevó el matrimonio á la dignidad de Sacramento, fué en nombre de la beatísima Trinidad y por los merecimientos de Jesucristo. También suele el ministro bendecir la sortija que el novio presenta y que la desposada acepta cual símbolo de la cadena que se ha impuesto, y lo mismo hace con unas monedas, prendas de la comunidad de bienes entre los esposos.

Como acción de gracias, y para más llamar los auxilios del cielo, sigue la misa de velación. Después del *Padre nuestro*, vuélvese el celebrante, y extendidas sus manos sobre los esposos, reza un admirable prefacio por el cual llama sobre ellos las bendiciones que antiguamente se derramaban en las alianzas de los patriarcas, exclamando:

«¡Oh Dios, que mediante este Sacramento augusto santificáis la unión conyugal haciéndola símbolo de la unión de Jesucristo con su Iglesia! ¡Oh Dios, que distéis la mujer por compañera al hombre, embelleciendo esta sociedad por medio de una bendición que ni la pena del pecado original, ni la sentencia del diluvio pudo desvanecer! ¡Oh Dios, árbitro único de los corazones, que mediante vuestra providencia todo lo sabéis y todo lo gobernáis, uniéndolo sin que nadie alcance á separarlo, bendiciéndolo sin que nadie alcance á destruirlo! ¡Oh Dios, os conjuramos que unáis íntimamente los corazones de estos desposados y les inspiréis un mismo afecto, y siendo Vos el único, el verdadero y solo omnipotente, haced que sean una sola cosa con Vos! Mirad benignamente á esta esposa, que antes de entregarse á su marido quiere rodearse de vuestra sacrosanta protección; haced que esté siempre bajo el yugo de la caridad y de la paz, que se despose casta y fiel en Jesucristo, y que siga por siempre jamás el ejemplo de esas santas mujeres; amable con su marido, como Raquel; prudente, como Rebeca; de una vida fiel y dilatada, como Sara; y que el autor de toda prevaricación no encuentre en sus obras nada que vindicar; que permanezca sumisa á la fe y los divinos mandamientos; que adicta á su esposo corte todo roce impuro, protegiendo su debilidad bajo la fuerza de la disciplina cristiana; que sea respetable por su modestia, venerable por su pudor y profundamente instruída en vuestra celestial doctrina; que fecunda, inocente y amada, logre el reposo de los bienaventurados y la patria celestial, y los dos reunidos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, alcanzando una venturosa ancianidad.»

Además de la inserta oración, el sacerdote, en las Iglesias de España, lee á los desposados una tan sencilla como elocuente exhortación, que deberían conservar constantemente en su memoria, y la cual recomendamos que repasen en este libro de tiempo en tiempo, para volver á sentir de algún modo las emociones experimentadas al escucharla en el acto del desposorio.

Esta exhortación, que uno de los Concilios de Toledo hizo publicar, hoy se ha generalizado á todas las diócesis, y la importancia de sus consejos supera á todo encarecimiento. Dice así:

«Mirad, hermanos, que celebráis el Sacramento del Matrimonio, que es para la conservación del género humano necesario, y á todos, si no tienen algún impedimento, les es concedido. Fué instituído por nuestro Dios en el Paraíso terrenal y santificado con la real presencia de Cristo Redentor nuestro. Es uno de los siete Sacramentos de la Iglesia, en la significación grande, y en la virtud y dignidad no pequeño. Da gracia á los que le contraen con puras conciencias, con la cual sobrepujan las dificultades y pesadumbres á que están los casados sujetos por todo el discurso de la vida. Y para que cumplan con el oficio de casados cristianos, y satisfagan á la obligación que han tomado á su cargo, habéis de considerar diligentemente el fin á que habéis de enderezar todas las obras de la vida. Porque lo primero, este Sacramento se instituyó para tener sucesión, y que procuréis dejar herederos, no tanto de vuestros bienes cuanto de vuestra fe, religión y virtud, y para que

os ayudéis el uno al otro á llevar las incomodidades de la vida y flaqueza de la vejez. Ordenad, pues, así la vida, que os seais descanso y alivio el uno al otro, cortandò de antemano todas las ocasiones de disgustos y molestias. Finalmente, el Matrimonio fué concedido á los hombres para que huyesen de la fornicación, teniendo el marido su mujer y la mujer su varón. Por lo cual os habéis de guardar mucho de no estragar el santo casamiento, trocando la concesión de la flaqueza en solo deleite, no apeteciéndole fuera de los fines del matrimonio, pues así lo pide la fe que el uno al otro os habéis dado. Porque celebrado el matrimonio (como dice el Apóstol), ni el varón ni la mujer tienen señorío sobre su cuerpo. Y así, antiguamente los adúlteros eran castigados con severísimas penas, y ahora lo serán de Dios, que es el vengador de los agravios y desastres que se hacen á la pureza de los Sacramentos. Pide la dignidad de éste, que significa la unión de Cristo con su Iglesia, que os améis el uno al otro como Cristo amó á la Iglesia. Vos, varón, compadeceos de vuestra mujer como de vaso más flaco: compañera os daremos y no sierva. Así Adam, nuestro primer padre, á Eva formada de su lado, en argumento de esto la llamó compañera. Os ocuparéis en ejercicios honestos, para asentar vuestra casa y familia, así para conservar vuestro patrimonio, como para huir el ocio, que es la fuente y raíz de todos los males. Vos, esposa, habéis de estar sujeta á vuestro marido en todo: despreciaréis el demasiado y superfluo ornato del cuerpo en comparación de la hermosura de la virtud: con gran diligencia habéis de guardar la hacienda: no saldréis de casa si la necesidad no os llevare, y esto con licencia de vuestro marido: sed como verjel cerrado, fuente sellada por la virtud de la castidad. A nadie (después de Dios) ha de amar más ni estimar más la mujer que á su marido, ni el marido más que á su mujer. Y así, en todas las cosas que no contradicen á la piedad cristiana, se procuren agradar. La mujer obedezca y obsequie á su marido; el marido por tener paz muchas veces pierda de su derecho y autoridad. Sobre todo, pensad como habéis de dar cuenta á Dios de vuestra vida, de la de vuestros hijos y de toda la familia. Tened el uno y el otro gran cuidado de enseñar á los de vuestra casa el temor de Dios. Sed vosotros santos y toda vuestra casa, pues es santo nuestro Dios y Señor, el cual os acreciente con gran sucesion, y después del curso de esta vida os dé la eterna felicidad, el que con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.»

EPÍSTOLA DE SAN PABLO

Á LOS EPHESIOS.

«Las casadas estén sujetas á sus maridos como al Señor; por cuanto el hombre es cabeza de la mujer; así como Cristo es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo místico, del cual Él mismo es Salvador.

»De donde, así como la Iglesia está sujeta á Cristo, así las mujeres lo han de estar á sus maridos en todo.

»Vosotros, maridos, amad á vuestras mujeres como Cristo amó á su Iglesia y se sacrificó por ella.

»Para santificarla, limpiándola en el bautismo de agua con la palabra de vida.

»A fin de hacerla comparecer delante de Él llena de gloria.

»Así también los maridos deben amar á sus mujeres, como á sus propios cuerpos. Quien ama á su mujer á sí mismo se ama.

»Ciertamente que nadie aborreció jamás á su propia carne: antes bien la sustenta y cuida, así como también Cristo á la Iglesia.

»Porque nosotros que la componemos somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos.

»Por eso está escrito: Dejará el hombre á su padre y á su madre y se juntará á su mujer y serán los dos una carne.

»Cada uno, pues, de vosotros ame á su mujer como á sí mismo, y la mujer tema y respete á su marido.»

LAS BODAS DE CANAÁN.

Prendió la desposada el blanco velo
Sobre su sien bendita,
Mostrando la pureza de sus ojos
Y el color de la rosa en sus mejillas.

El pueblo celebró la santa fiesta
Lleno de fe sencilla;
Que el divino Jesús la ceremonia
Con su Madre adorada presidía.

Cubierta fué la mesa con manteles
Como la nieve misma;
De seres venturosos rodeada,
Con manjares riquísimos servida.

Inmenso era el placer, la paz hermosa,
Grande la dulce dicha;
Mas ¡ah! que á lo mejor, de vino faltos,
Convirtióse en tristeza la alegría.

La Virgen celestial, de los esposos
Toda la angustia mira,
Y volviendo á Jesús, ¡Hijo, le dice;
Tú tan sólo la calma volverías!

El Hijo cariñoso, de su Madre
Oye la voz divina,
Y el agua refrescante y abundosa
Quedó en néctar dorado convertida.

Profunda admiración dejó en los pechos
Gracia tan infinita.
¡Bendito el que consigue la ventura
Por la súplica santa de María!

PENSAMIENTOS.

I.

La familia es una iglesia privada, cuyos sacerdotes son los padres, y sus fieles los hijos.—SAN AGUSTÍN.

¡Oh, cuán bella herencia es tener una mujer de bien! Es la mayor recompensa que puede recibirse en el mundo.—ECLESIÁSTICO.

Sólo es un imperio sólido el de la familia, en cuanto tiene por base el amor.—SÉNECA.

El matrimonio es un contrato al cual lleva cada parte su contingente de ventajas é inconvenientes, consistiendo el deber y la prudencia sobre este punto en pesar unos y otros con discernimiento y equidad.—MAD. DE MERCEY.

Las solteras sólo tienen un deber y un pensamiento, que es, agradar á Dios; las mujeres casadas tienen muchos, porque para agradar á Dios es preciso que traten de agradar á su marido y de llevar hacia Dios la familia que se les ha confiado.—CARLOS DE SAINTE-FOIX.

Difícilmente encontraré palabras que expresen toda la excelencia del matrimonio cristiano. La Iglesia forma su nudo que confirma la ofrenda del sacrificio piadoso, y en el que pone el sello la bendición del sacerdote; son testigos los ángeles del cielo y lo ratifica el Padre celestial ¡Qué alianza hay igual á la de dos esposos cristianos unidos en una misma esperanza, en un mismo deseo, en una misma regla de conducta y en una misma dependencia! Sólo forman realmente una misma carne animada por una sola alma.—TERTULIANO.





Consejos de un padre á su hija

la víspera de su casamiento.

VAS á casarte, amada hija mía (1); recibe del que sólo desea tu felicidad algunos consejos sobre la conducta que debes seguir en el nuevo estado que vas á abrazar.

Tu futuro esposo es un excelente sujeto; su elección honra á tus padres y á tí misma, porque ha sido basada sobre tus cualidades y no sobre tu fortuna. Te distinguió entre las demás jóvenes, y tú debes probarle que no se equivocó en la elección.

Todo es bello, hija mía, en el corto período llamado *luna de miel*, por ser dulce como el néctar de las flores. Tus nuevos padres te colmarán de caricias, de agasajos; tu marido, feliz de poseerte, te embriagará de su amor; para él tus deseos serán órdenes que se apresurará á ejecutar; gozarás de todos los placeres del matrimonio sin conocer ninguna de sus amarguras.

Empero todo esto puede cambiar, y hasta es difícil que no sea así. A la efervescencia de la pasión sucede la calma, y muy á menudo ¡ay! llega la indiferencia. He aquí, sin embargo, los medios de retardar, para tí, ese casi inevitable cambio.

Atiende siempre á observar toda clase de atenciones para con tus nuevos parientes.

---

(1) Girón y Mme. de Genlis.

Ama y respeta á tu suegro y á tu suegra; escucha sus consejos y muéstrales marcada deferencia; evita en todas circunstancias, desagradarles y cuídalos como cuidarías á tu propio padre.

Ama á tus cuñados y cuñadas; sé siempre amable y agasajadora con ellos, y préstales cuantos servicios de tí dependan. Haz que tus cuñados te amen y respeten; no uses con ellos demasiada familiaridad. Esta conducta con los parientes de tu marido debe ser constante; cualquier cambio que no fuese una mejora, te atraería frialdad; no vería en tí más que cortesía, y es menester que vean amistad.

Tus secretos no los confíes sino á tu marido, al que siempre mostrarás la mayor franqueza. Evita censurarle ante un tercero; esto disminuiría la consideración de que goza y podría disminuir su afecto para tí. Si tiene hábitos que te disgusten, procura hacerlos desaparecer, pero insensiblemente. Por tu parte no adquieras ninguno que no le sea grato. Conserva la modestia, lo mismo en público que en tus íntimas relaciones con tu marido, y sobre todo, que esta modestia sea resultado de un sentimiento natural y de tus principios religiosos.

Destierra de tu corazón los menores sentimientos de celos; la que sospecha á su marido de infidelidad, le hace á menudo culpable de ella. Si tus sospechas fuesen fundadas, deberás emplear mucha calma, mucha prudencia y mucha maña en sofocar esas relaciones desdichadas y en volverle al sendero del deber. No consiste todo en ser virtuosa; es preciso también hacerse perdonar la virtud, volviéndola amable y atractiva. Sé buena, pero con una bondad de que nunca se pueda tu esposo fatigar; sé económica, pero no avara de placeres; haz grato el hogar, á fin de que tu marido no vaya á buscar distracción en otras partes. Crea junto á tí ocupaciones que le cautiven. Colócale tan á menudo como puedas ante sus hijos, pues cuanto más en contacto se halla con sus hijos un padre, tanto más los ama y tanto más desea ser de ellos amado. No le dejes tiempo ni comodidad para fastidiarse ni entregarse á otras pasiones. No hay cosa alguna de que la voluntad, la paciencia y la maña dejen de triunfar. No seas exigente, porque la exigencia fatiga, importuna y disgusta á un marido. Sano espíritu en cuerpo sano, corazón amante y sensible, alma libre y generosa, exenta de los vanos terrores de la superstición, son los primeros lazos de los esposos. Su educación, que debe ser mútua, consiste en desarrollar, en perfeccionar más y más sus facultades físicas y morales.»

Que tu marido esté bien convencido de que en todos momentos su presencia no puede menos que serte grata.

El único medio de fijarle junto á tí, es el mostrar siempre un placer igual en verle.

Nadie podría calumniar á una mujer que, lejos de evitar la compañía de su marido, le desea siempre por testigo de sus acciones.

Aprovecha el imperio transitorio que el amor te dará sobre él, para adquirir el derecho de hablarle con franqueza de sus defectos; pero sea esto siempre con el acento del mayor interés y del más entrañable cariño.

Pídele consejos, si quieres que siga él los tuyos.

Para ganarte su confianza es preciso que también le otorgues la tuya sin reserva.

Si surgieren entre vosotros algunos altercados, emplea el acento de la ternura y muéstrale la mayor deferencia; mas nunca toleres de su parte una palabra, un gesto que hiera tu delicadeza.

Cuantas más atenciones le prodigues, tantas más te prodigará él.

Cuando llegues á tener hijos, no olvides que su primera educación es uno de los debe-

res impuestos á la madre. Críalos sanos de cuerpo y de espíritu en la práctica de las virtudes sociales, hasta la edad en que saldrán de tus manos para empezar su instrucción superior.

Espera en Dios, hija mía, honra la moral y la virtud, esas nobles dotes del ser humano.

Aleja de tu espíritu las quimeras de la imaginación, y haz uso de la razon que te concederá el Autor de todo lo creado para discernir la verdad de la mentira.

Finalmente, recorre el sendero de la vida evitando siempre el obrar mal y buscando ocasiones de obrar bien; así serás amada, respetada y venerada de todo el mundo.»

Después de grabar en la imaginación estos prudentes consejos, celebrado el enlace, recomendamos, muy especialmente á los consortes la lectura de las reglas y ejercicios que Jeremías Taylor da á los casados, cuyas reglas deben observar cuidadosamente para conservación de su salud y santidad de sus almas.

EPITALAMIO.

Hoy que la nupcial corona
Ciñe tu cándida frente,
Y de tu amor puro, ardiente,
La cadena se eslabona;
Hoy que el sacerdote entona
Por tí al cielo una oración,
Para que en tu dulce unión
Halles la paz que concilia,
Con el bien de la familia
Que ansiaba tu corazón;

Yo con lánguido suspiro,
Mas con fervoroso acento,
Contagiada del contento
Que en tus grandes ojos miro,
Ruego á la vez y me inspiro
Con tierna sinceridad,
Por que Dios en su bondad
Siempre tu virtud ampare
Y su gracia te depare,
Y eterna felicidad.

¡Felicidad! Dicha hermosa
Que la criatura presiente
Y por doquiera ferviente
Buscándola va afanosa.
Fantasma color de rosa,
Rica ilusión halagüeña
Que el sér en hallar se empeña;
Mas es tan esquiva y rara,
Que para el triste es muy cara
Y casi siempre la sueña.

Pero ese goce anhelado,
Ese bien que el alma ansía,
Le hallarás desde este día
En tu nuevo y dulce estado;
Pues al fin, como has soñado,
Con la fe que á Dios acudes,
Calmarás tus inquietudes
Hallando dicha y reposo
En los brazos de tu esposo,
Y en tus hermosas virtudes.

HIMENEO.

Refiere la fábula que *Himen* ó *Himeneo* era un bizarro joven ateniense, de extremada hermosura, de obscuro y bajo linaje. Llegó á enamorarse tiernamente de una joven de gran fortuna y de elevada clase, y al considerar la distancia que de ella le separaba, decidió guardar en secreto su pasión, contentándose sólo con verla y seguirla constantemente. En ocasión de celebrar las más distinguidas doncellas de Atenas una fiesta en la playa, en honor de la diosa Ceres, *Himen*, con objeto de estar cerca de su amada, se disfrazó de mujer tan propiamente, que no era fácil conocerlo. En lo más animado de la fiesta, unos piratas que las vieron se acercaron y desembarcando hicieron presa de cuantas jóvenes hallaron, conduciéndolas á una isla distante, donde después de desembarcarlas se retiraron á descansar. Entonces Himeneo, lleno de valor, animando á sus compañeras, consiguió matar á los raptores y fugarse á Atenas, donde en medio de una asamblea publicó el acto que acababa de realizar, y descubriendo quién era, propuso que si le daban por esposa una de las jóvenes robadas, á la que él tanto amaba, salvaría á todas. Aceptada la proposición, y sin más auxilio que su denuedo y el impulso de su corazón, venciendo no pocos obstáculos, consiguió el objeto deseado, volviendo victorioso con las doncellas que había rescatado. Le fué concedida la que él había pedido por esposa, celebrándose la boda con tanta esplendidez y entusiasmo, que desde entonces se conmemora el nombre de Himeneo en todos los casamientos.

Los poetas han idealizado ese nombre, haciéndole nacer unos de Urania, otros de Apolo y de Caliope, de Baco y de Venus, conservándose hasta nuestros días la tradición de ser el numen favorable para los desposados.





Conducta de la mujer casada.

Nada hay que interese y preocupe á una madre tanto como el porvenir de los hijos.

Dícese vulgarmente que el único destino de la mujer es el del matrimonio; y fija esta idea en el pensamiento de la madre, desde que la hija llega á una edad conveniente, medita, se afana y ruega á Dios con todo el fervor de que es susceptible una buena madre, por que proporcione á su hija una *colocación* apropiada y ventajosa. Difícil es entonces y espinosa la elección de marido, puesto que pocos hay que llenen el deseo maternal.

Pero en vosotras, madres, consiste principalmente la felicidad futura de vuestras hijas; instruidlas primero como el deber os manda; educadlas en la virtud, en el amor, en todos los conocimientos útiles y provechosos á la mujer; preparadlas para que agraden más por su modestia, su inteligencia y sus bellas dotes morales que por el lujo de sus adornos y la continua exhibición de sus gracias en sociedad; teniendo presente que *la mujer más elogiada es aquella de quien se habla menos;* disponedlas en tan excelentes condiciones, invistiéndolas con el hábito del trabajo, de la caridad y la abnegación, y nada temáis. El hombre desea por compañera á la mujer buena, pues comprende por instinto propio que la virtud es el fundamento y sostén de toda dicha en la tierra. «Ello es así (ha dicho Fray Luis de León en *La perfecta casada*) que no hay cosa más rica ni más feliz que la buena mujer, ni peor ni más desastrada que la casada que no lo es; y lo uno y lo otro nos enseña la Sagrada Escritura. De la buena dice así: «El marido de la mujer buena es dichoso y vivirá doblados días, y la

mujer de valor pone en su marido descanso y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras (1). El bien de la mujer diligente deleitará á su marido é hinchará de grosura sus huesos. Don grande de Dios es el trato bueno suyo (2); bien sobre bien y hermosura sobre hermosura es una mujer que es santa y honesta. Como el sol que nace parece en las alturas del cielo, así el rostro de la buena adorna y hermosea su casa. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes y los venideros la alaban y la ensalzan.»

Y añade más adelante el autor del selecto libro ya citado, y el cual debieran estudiar y conocer profundamente las mujeres que sueñan en realizar sus aspiraciones de dicha por medio del matrimonio, tomando por modelo y guía sus consejos, que las encamina y dirige al punto de sus deseos con la práctica y ejercicio de la bondad, virtud que considera de la mayor estima: «Porque así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor, así el bien de una mujer buena tiene subidos quilates de virtud; y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio, así lo que en el sujeto flaco de la mujer pone estima de bien, es raro y grande bien; y como en las piedras preciosas la que no es muy fina no es buena, así en las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es más que buena; y de la misma manera que es rico un hombre que tiene una preciosa esmeralda ó un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado, así una buena mujer no es una mujer, sino un montón de riquezas, y quien la posea es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso; y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos, y se pone delante de los ojos, y se asienta sobre la cabeza para hermosura y honra de ella, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad, ni más ni menos á la buena mujer el marido la ha de querer más que á sus ojos y la ha de traer sobre su cabeza, y el mejor lugar del corazón de él ha de ser suyo, ó por mejor decir, todo su corazón y su alma, y ha de entender que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón y coyuntura responderá con su gusto y su deseo, y que en la alegría tiene en ella compañía dulce con quien acrecentará su gozo, comunicándolo; y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, provisora de sus excesos, y finalmente, en las veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida, dulce amor y paz y descanso.»

He aquí, pues, demostrado, con más sólida argumentación que pudiera hacerlo nuestra humilde pluma, cómo formando bueno, en toda la acepción de la palabra, el corazón de la mujer, se la dispone á gozar del bien soñado, aun en medio de las asperezas y de las rudas dificultades de la vida.

La joven educada en tan excelentes principios, aunque permanezca obscurecida, por su propia modestia, á los ojos del mundo, brillará en su hogar como luz de la esperanza y

(1) *Ecclesiast.*, cap. XXVI, v. 1, 2, 3.
(2) Ibid., v. 16, 17.

del consuelo, y á semejanza de la violeta oculta á las miradas curiosas, se esparcirán sus delicados perfumes y hallará, más fácilmente que otras flores, admiradores de su belleza y amantes de su virtud, que deseen poseerla y contagiarse con su balsámico aroma para bien de sus dolores, encanto de su espíritu y dicha de su alma.

Una madre debe evitar con cariño y con exquisita delicadeza todo lo que sea perjudicial y contrario á las buenas inclinaciones y á la reputación de su hija, porque, como dijo bien un poeta latino, *aquella sola es casta en quien ni la fama osa poner mala nota*; y no obligarla jamás á tomar marido que no convenga á su gusto y á su corazón, ni oponerse con tiránica violencia, sino con los consejos del amor y la experiencia, cuando recae desacertadamente la elección de aquélla en un ser desproporcionado por sus ideas, por su carácter ó por su posición social. Pues si de graves resultados son casi siempre el imperioso empeño y la tenaz oposición paterna en el trascendental asunto del matrimonio, no menos son sus consecuencias sensibles y dolorosas cuando lo verifica una hija cegada por la pasión, sin dar oídos á las prudentes advertencias paternales.

Mucho se debiera reflexionar antes de dar tan importante paso; y mucho también puede influir la educación religiosa de la joven al buen éxito de su empresa, si con talento especial y una conducta sin tacha logra suave y amorosa atraer y conducír por la buena senda al esposo elegido, poniéndolo de su parte y en un todo conforme con sus sentimientos y sus gustos, salvando con cuidadoso tino el escollo de la diferencia cuando aquél le supera en fortuna ó es inferior en inteligencia.

Dice Juan Luis Vives en su *Instrucción de la mujer cristiana*, dirigiéndose á las casadas: « De igual modo han de ser los maridos; por tanto, si le tuvieres tal cual deseares, has de contentarte con amarle, honrarle y servirle; y si le tienes malo, es necesario enmendarle y corregirle con arte, si es posible, y hacerle bueno, ó á lo menos templarle de forma, con tu buena discreción, que no sea tan malo..... En la adversidad debe una esposa guardarse de poner su afición en la fortuna próspera antes que en el mismo marido, porque su amor no sería esencial, y al primer soplo de adversidad se le llevaría y arrancaría todo. No ame al rico por la riqueza, ni al hermoso por su hermosura, ni al que tiene grandes dignidades por la honra; porque si tal hace, por fuerza le habrá de aborrecer viéndole pobre, enfermo, privado de las dignidades y cargos que tenía. Si alcanzares el marido sabio, saca de él buenos consejos; si fuere bueno, trabaja de remedarle; y si fuere desdichado, ten este breve aviso de Ovidio en mitad de tu alma, el cual, estando desterrado, escribe en una epístola á su mujer diciéndole: «Acordarse de ser buena la mujer »cuando no hay quien se lo estorbe, es muy fácil cosa; pero cuando el cielo está nublado »y truena, no debe huir de solo la lluvia, mas estar firme en el campo con su marido. Esto »es piedad y es verdadero amor de buena mujer.»

»El marido es libre y señor de la mujer; por tanto, ella no debe importunar que haga cosa alguna contra su voluntad, aunque le puede con todo eso amonestar lo que á él cumple, y esto si viere que puede alcanzar de él que haga buenamente de su grado lo que ella le rogare, el cual respeto de la mujer, conocido por el marido, tiene mucha eficacia para la conformidad de las voluntades.

»Tú, hija mía, no solamente no apartes á tu marido de la bondad y justicia, antes remedando á tantas santas matronas cristianas con el perdimiento de toda su hacienda, ayúdale y favorécele á que persevere en el amor de Dios, en la piedad, caridad é inocencia, de manera que acontezca lo que dice el Apóstol: «Que el marido infiel se santifica por »la mujer fiel», y está cierta que de esta manera se alcanzan las verdaderas riquezas.

Acuérdate de la palabra del Señor cuando dice. «que nadie despreciará cosa en este siglo »por amor de él, que no alcance mucho más en el otro, y aun muchas veces en éste». Además de esto, si tu marido fuese feo, ama su ánimo, con el cual te casaste. Si estuviere enfermo, allí has de mostrar si eres su mujer; débesle ayudar y consolar, regalar, amar, y aun más que si estuviese sano y valiente. Una gran parte de su enfermedad debe recaer sobre tí, y de esta manera sentirá él menos dolor de sus males, viendo que tiene en tí compañera de su dolencia. Tú haz que estés de continuo á su cabecera, y hazle ahora un servicio, ahora otro; toca sus heridas y llagas con tus manos, trata su cuerpo lastimado y ulcerado, y dale la medicina por tí misma. No huyas ni rehuses de hacer beneficio á tu marído, ni de servirle cuanto pudieres. No dejes el cuidado á las criadas, á quienes no les da nada de lo que va ni de lo que viene, porque no tienen todas amor verdadero. Y como el enfermo siente no ser amado, crece su mal y á deshora más se agrava.

»Si el marido fuere hombre lleno de vicios, hasle de sufrir, y no debes con buena razón porfiar con él, porque nunca habrían fin los males ni las miserias. Pero cuando fuere algo sosegado, aunque vicioso, débesle con toda dulzura, saber y mansedumbre, amonestar que mire por sí y tenga respeto de su alma, mire por su honra, su vida, y tenga respeto á la hacienda; y si lo hiciere por tu respeto y buenas palabras, habrás hecho buena jornada para tí y para él; mas si comenzare á enojarse, no porfíes, porque ya has hecho lo que debes; sufre, y alcanzarás de ello no sólo honra entre las gentes, mas aun mérito muy grande para con Dios..... Asimismo, si por su desdicha ó culpa viniere algún daño á tu casa y le vieres estar triste, consuélale, no le reprendas, ni le des más pena ó fatiga de la que él se tiene; antes, si le vieres caído, corre á levantarle como si fueses madre.....»

Dios, cuando quiso casar al hombre dándole mujer, dijo: «Hagámosle un ayudador su semejante» (1); «de donde se entiende, dice Fray Luis de León, que el oficio natural de la mujer y el fin para que Dios la crió es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y desventura. Para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas cargas. Para repartir entre sí los cuidados y tomar ella su parte, y no para hacerlos mayores y más acrecentados. Y finalmente, no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos y hagan naufragio las haciendas y vidas, sino para puertos deseados y seguros en que, viniendo á sus casas, reposen y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos que corren fuera de ellas.»

Además de esto, dice Salomón «que la buena casada paga bien y no mal á su marido, es avisarle que, pues ha de ser paga, lo merezca él primero tratándola honrada y amorosamente; porque aunque es verdad que la naturaleza y estado pone obligación en la casada, como decimos, de mirar por su casa y de alegrar y descuidar continuamente á su marido, no por eso han de pensar ellos que tienen licencia para serles leones y para hacerlas esclavas; antes, como en todo lo demás es la cabeza el hombre, así todo este trato amoroso y honroso ha de tener principio del marido; porque ha de entender que es compañera suya, ó por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna, y á quien por el mismo caso se debe particular cuidado y regalo.»

En efecto, al hombre corresponde el principal papel en la vida del matrimonio, y así como es el más fuerte y que exige respeto y obediencia de su mujer, por igual concepto ha de obrar con exquisita cordura, no oprimiendo ni envileciendo con malas obras y pala-

---

(1) *Genes.*, cap. II, v. 18.

bras el corazón de aquella que, débil y apocada por naturaleza, no podría resistir, sino por el contrario, guardarse del mal hablar y del grosero trato, y con cariño y buena conducta sostener su ánimo para que no desmaye en el cumplimiento de su deber.

La mujer por su parte tiene muchos cuidados que observar, y uno de ellos es no ser costosa á su marido, sino arreglada y comedida lo mismo en el orden de la casa que en su limpieza y vestido, haciendo de manera que el traje usado aparezca como nuevo, que en su cuerpo refleje el aseo sin pinturas ni afeites, y que su hacienda se aumente con su trabajo y economía. «Y si el regalo (1) y mal uso de ahora ha persuadido que el descuido y el ocio es parte de nobleza y de grandeza, y si las que se llaman señoras hacen estado de no hacer nada y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería y labranza es negocio vil y contrario de lo que es señorío, es bien que se desengañen con la verdad. Porque si volvemos atrás los ojos, y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza y el reino anduvieron hermanados y juntos; y hallaremos que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada y que les acarreaba reputación á los príncipes y grandes señores. Abraham, hombre riquísimo y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos (2), y David, rey invencible y glorioso, no sólo antes del reino apacentó las ovejas (3), pero después de rey, los pechos de que se mantenía eran sus labranzas y sus ganados. Y de los romanos, señores del mundo, sabemos que del arado iban al consulado, que es decir, al mando y gobierno de toda la tierra, y volvían del consulado al arado (4). Y si no fuera esta vida de nobles, y no sólo usada y tratada por ellos, sino tambien debida y conveniente á los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fué imagen viva de lo que á cada una persona y estado convino, introdujera á Elena, reina noble, que cuando salió á ver á Telémaco asentada en su cadira (5), una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo copos de lana ya puestos á punto para hilar, y usadas ya hiladas, y la rueca para que hilase (6). Ni en el palacio de Alcino, príncipe de su pueblo riquísimo, de cien damas que tenía en su servicio, hiciera, como hace, hilanderas á las cincuenta (7). Y la tela de Penélope, princesa de Itaca, y su tejer y destejer (8), no la fingiera el juicio de un tan grande poeta, si la tela y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales. Y Plutarco escribe (9) que en Roma á todas las mujeres, por mayores que fuesen, cuando se casaban y cuando las llevaba el marido á su casa, á la primera entrada de ella y como en el umbral, les tenía, como por ceremonia necesaria, puesta una rueca para que lo que primero viesen al entrar en su casa les fuese aviso de aquello en que se habían de emplear en ella siempre. Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner delante los ojos lo que, de muy apartado, casi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro de España, y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos de esta virtud, como se lee de la reina católica doña Isabel, princesa bienaventurada.»

---

(1) Fray Luis de León, *La perfecta casada.*
(2) *Genes.*, cap. XXI.
(3) Lib. I, *Reg.*, cap. XVII.
(4) Cic., *pro Rosc. Ameri.* Plin., lib. XVIII. *Hist. Nat.*, cap. III.
(5) Voz antigua y de poco uso en la lengua castellana; significa silla.
(6) *Odys.*, lib. IV.
(7) Ibid., lib. VII.
(8) Ibid., lib. II.
(9) *In quaest. romanis.*

La casada, además de hacendosa y trabajadora, debe velar constantemente por los intereses de su marido, que son los suyos y de sus hijos, y no confiar sólo la guarda de aquéllos y de éstos á los criados á quienes no importa como á ella, ni menos se habrán de interesar si ella, que es la dueña y el alma de todo y que debe estar más alerta, se duerme y se olvida. Preciso es que la esposa vele para conservar y disponer el orden de las cosas. «Porque no se entiende, dice el inolvidable autor de *La perfecta casada*, que si madruga la casada, ha de ser para que, rodeada de botecillos y arquillas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afilando la ceja y pintando la cara, y negociando con su espejo que mienta y la llame hermosa. Que demás del grave mal que hay en aqueste artificio postizo, es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar á su casa por ocuparse en cosas tan excusadas, que fuera menos mal el dormir. Levántese, pues, y levantada, gobierne su gente y mire lo que se ha de proveer y hacer aquel día, y á cada uno de sus criados reparta su oficio. Del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas, y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia y el mandamiento de su señora.» Que obre, en fin, la casada de tal manera en el gobierno de su casa, que sostenga el orden y aumente su fortuna, para que un día pueda decir con la satisfacción del que ha sabido llenar sus deberes aun á costa de sacrificios. «Este es fruto de mis trabajos; mi industria añadió esto á mi casa; de mis sudores fructificó esta hacienda.»

Al mismo tiempo que la mujer cumple debidamente su sagrada misión en el seno conyugal, le impone Dios la obligación de ser justa en sus actos y caritativa con la desgracia, pues no porque sea aprovechada y cuidadosa ha de ser escasa y avarienta, guardando egoísta lo que pudiera dar á los pobres. La caridad le ordena hacer limosnas siempre que pudiere, invirtiendo el tiempo que le dejen libre sus ocupaciones caseras en tan hermoso ejercicio, siempre que para ello obtenga el beneplácito del marido, pues ninguno habrá tan despiadado y miserable, que si ella es de las que aquí decimos, le prohiba hacer bien á los desgraciados.

El atavío de las casadas ha de ser honesto y moderado como corresponda á su clase, aunque cuidando á la vez de que éste sea agradable á su marido; lo que quiere decir que no sea desaliñada, sino que lo mismo que con su hacienda y con los suyos sea para su persona limpia y concertada.

Lo mismo que con su vestido procurará dar á su rostro la gracia de la bondad, siendo atenta y amable, y nunca desabrida ni dura con su familia ni con los demás, que importa mucho á su dicha y á la adquisición del general aprecio esta manera de ser y de obrar. Mas guárdese muy bien de ser habladora; que induce este feo vicio á la murmuración, casi siempre en perjuicio de sus vecinas y muchas veces en daño propio. La reserva en el hablar, como el recato en todos los actos de la mujer, la hacen más digna de consideración, é infunde mayor confianza y respeto á su marido y á cuantos la tratan en sociedad.

Otra cosa hay también en la cual debe fijarse mucho la casada, y es, en la clase de amistades y relaciones que contrae, ó por mejor decir, la conducta y modo de pensar de las personas con quienes se trata, y especialmente de aquellas que recibe en su casa, en lo cual ha de poner un escrupuloso cuidado, pues sabido es que hay mujeres cuya amistad perjudica, ya por su vida deshonesta y escandalosa, ó ya porque con sus enredos y envidias siembran la cizaña y alteran la paz del matrimonio; y hombres peligrosos y atrevidos que se introducen suavemente, poniendo en grave apuro á la mujer, cuyos sentimientos y cuya reputación lastiman sin piedad. Líbrese, pues, la casada de tan perniciosos amigos, y tenga sólo su confianza y su recreo en el seno de su familia y en el amor de su

esposo y de sus hijos, para quienes debe ser modelo de encanto y de virtud, pues no sólo ha de ser juiciosa y ordenadora de todo, sino también el consuelo de sus parientes y la alegría de su hogar, á fin de que «el marido, cansado y enojado por sus trabajos ó contrariedades en los negocios, halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable.» Bien las llama el hebreo á las mujeres «la gracia de casa.» Haga, en fin, de modo que el marido no se hastíe jamás á su lado, ni vaya á buscar á otra parte la calma y la ventura que debe encontrar en su morada y en el afecto de su esposa. Atienda ésta con particular esmero á la crianza y educación de sus hijos, procurando hacer de ellos jóvenes honrados y laboriosos, que conozcan el valor del trabajo y de la virtud, que sepan amar y respetar á sus padres y consolarlos y socorrerlos en la desgracia y la necesidad. Sea su palabra dulce y discreta, guía provechosa para éstos, y poderoso imán que retenga junto á sí el amoroso afecto del marido, quien escuchará la voz de la mujer prudente y buena con atención, y tomará su juicioso consejo como un oráculo. Dice el sabio Fr. Luis de León: «El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le ensalzan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón y la palabra de la mujer discreta es más eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luego y se apega más con el corazón.»

Nada hay que cause tanta satisfacción al hombre como una mujer perfecta, ni cosa que admire con más atención y respeto, ni alabanzas que haga con mayor gusto y entusiasmo, como las que se dirigen á ensalzar y bendecir las hermosas cualidades de su esposa. Los que tal tesoro poseen, se deleitan hablando en público del talento y bondades de su mujer, de la modestia, el orden, el aseo y la piedad que la distinguen, de su habilidad en las labores, de su carácter suave y apacible, de su buena dirección y acierto en todo, y de cuánto vela por sus intereses y se desvive por la salud y el bienestar de él y de sus hijos.

Haceos, por tanto, señoras casadas, dignas de tan grandes merecimientos, justificando siempre con vuestras obras la razón de los elogios que os hayan tributado; no desmerezcáis nunca del renombre de buenas esposas; imprimid el sello de vuestra virtud en todo lo que toquéis; alegrad el seno de los que os aman con el espíritu de vuestra grandeza; no desmayéis jamás, y vuestra conducta será tenida por la gente como ejemplo digno de copiar, y os imitarán vuestras vecinas, y la doctrina que hayáis enseñado á vuestros hijos llegará hasta vuestros nietos, y la posteridad, amante de vuestra fama, os llevará en su memoria para alabar y bendecir vuestro nombre, que pronunciará con veneración y que verá siempre embellecido con la aureola de gracia que presta el encanto de la bondad, la cual destella con más preciosos fulgores en la frente de la casada que ha sabido llenar su ministerio con el cumplimiento exacto de su deber.

PENSAMIENTOS.

II.

Una mujer bella sin instrucción es un libro lujosamente encuadernado y que tiene las páginas en blanco. Es un estuche sin joya, una flor sin perfume.—Concepción Gimeno.

Los hombres se esfuerzan en ganar honores para la mujer, y á menudo pierden el honor por la mujer.—Remedios Morlúes.

La mujer sólo vive mientras sufre; por esta razón todas deberían comenzar á contar su existencia desde el día que empiezan á amar.—Aurelia Pujol.

La mujer es música clásica que sólo la comprende el que tiene corazón.—Joaquina Peláez.

El verdadero amor sólo existe en la familia. Lo demás es una enfermedad de los nervios.—Encarnación Pardo.

El deseo de agradar y la coquetería son cosas distintas. Lo segundo es el recurso de las mujeres de poco juicio.—Teodora Nogués.

Una mujer á la moda es una esclava por su propia voluntad.—Dolores Amat.

LA UNIÓN BENDITA.

Feliz el matrimonio celebrado
Con inefable amor y noble intento,
Bajo el sumo poder del Sacramento
Que con gracia especial lo ha coronado.

Dichoso quien al yugo sometido
Busca apoyo y sostén en la existencia;
Nudo hermoso en principio y en esencia,
Al orden de familia establecido.

Desde el ara de Dios vierta Himeneo
El sacro manantial de la fe pura,
Y en sus linfas de mágica dulzura
Templen los *desposados* su deseo.

No yunta de discordias y dolores
Será para los dos la unión constante,
Sino lazo de seda, liga amante,
Blanda cadena de aromosas flores.

Surja con el afán de bienandanza
El moderado ardor de las pasiones,
Y acaricien con tiernas emociones
Fruto de bendición y de esperanza.

Y de amor paternal, dulce, infinito,
Y de armónica unión sean los esposos
Ejemplos de virtud, seres dichosos
Que formen del hogar templo bendito.





Orígenes del matrimonio.

Como acerca del origen del mundo y de la humanidad no hay otra versión de mayor autoridad que la deducida por los Santos Padres de la Biblia, libro sagrado que nos ha transmitido la tradición más pura, exacta y cierta, en él encontramos que en el principio Dios creó la humanidad en los moldes y tipos de dos elementos afines, del primer hombre con la primera mujer. Dios creó al hombre á su imagen y semejanza, é hizo nacer la mujer del primer mortal llamado Adam, sumergiéndole en profundo sueño, mientras que de una parte de su ser, de una porción de su cuerpo, y modelado por la mano del Creador, infundiendo soplo de vida, formó la compañera del hombre. Adam al despertar vió atónito en ella el complemento de su existencia, el elemento más misterioso del que se derivaría la humanidad. Al punto pronunció aquellas significativas palabras: *He aquí la carne de mi misma carne, los huesos de mis huesos. Se llamará Virago, porque ha nacido del hombre.*

He aquí desde el principio de la humanidad establecido el matrimonio y la sucesión, reproduciéndose bajo la misma ley que la Iglesia reconoce como la más propia y digna de la especie, legítima y santa para Dios. Más adelante el Evangelio dice que el hombre dejará á su padre y á su madre para unirse con su mujer. *Adhærebit uxori suæ*, y serán dos en una misma carne, *et erunt duo in carne una.*

Aun cuando estos textos indican bien claramente que la unión del marido con la mujer ha de ser perpétua, había, sin embargo, en la ley de Moisés la concesión de poder el marido repudiarla por causa de infidelidad; pero también aquella ley afirmaba que Jehová

unía á los esposos y que el divorcio era siempre odioso. Jesucristo en su tiempo proscribió solemnemente semejante concesión, y preguntándole los fariseos, cuenta San Mateo, si era permitido al hombre repudiar á su mujer, cualquiera que fuera la causa,—«¿No habéis oído, respondió Jesús, que Dios al principio del mundo creó la humanidad, hombre y mujer, á quienes dijo que el hombre dejaría á su padre y á su madre para unirse á su mujer, y que serían dos en una misma carne? Así, prosiguió Jesús, no serán dos, sino una sola carne, y lo que Dios ha unido, que el hombre jamás lo separe: *quod ergo Deus conjunxit, homo non separet.*—¿Pero, por qué, pues, replican los fariseos, Moisés había permitido que el marido diera á su mujer el estigma del repudio?—Esto era debido á la dureza de vuestros corazones; pero nunca fué así al principio: *ab initio autem non fuit sic.*»

De suerte que el matrimonio, cualquiera que fuere la concesión hecha á los judíos, es de naturaleza monógama é indisoluble.

En otro pasaje del Evangelio de San Marcos, Jesús había dicho que el hombre no separe lo que Dios ha unido. El que se separa de su mujer y se casa con otra, es adúltero con relación á la que ha repudiado, y es asimismo adúltera la mujer que se separa de su marido para casarse con otro. En el Evangelio de San Lucas vemos las mismas afirmaciones.

El incansable Apóstol contra la herejía, San Pablo, decía también, dirigiéndose á los Corintios, que aquellos que han aceptado el matrimonio, el Señor ha mandado que la mujer no se separe del marido, que se halle sujeta á la ley del matrimonio mientras viva su consorte, y que sólo la muerte de éste le deja en libertad. Esta doctrina la expone el Apóstol en otras epístolas á los romanos y á los ephesios, y el tiempo no ha hecho más que confirmarla.

Los Concilios, intérpretes infalibles de las Sagradas Escrituras, han erigido en dogma tan importantes principios. Aunque sea permitido, dice el Concilio de Florencia, á los esposos el separarse por causa de infidelidad, no les es lícito volverse á casar, dado que la unión es perpétua é indisoluble: *Cum vinculum matrimonii legitime contracti ut perpetuum.*

El Concilio de Trento últimamente ha vuelto á confirmar como verdad indiscutible el dogma del matrimonio tal como lo define y enseña invariablemente la Iglesia católica, y declara que si alguno osara decir que la Iglesia se engaña en lo que sabe y siempre ha enseñado, esto es, que el matrimonio no puede ser disuelto ni aun por adulterio de una de las partes, sea anatematizado.

EN LA NOCHE NUPCIAL.

Ya el sacerdote bendijo
Tu desposorio, hija mía,
Y el amante enamorado
Tu dueño feliz se mira;
Ansioso espera estrecharte
En sus brazos que te brindan
Felicidad y reposo,
Protección, paz y caricias.
Sus amorosos anhelos
Procura calmar solícita
Con delicadas ternezas
Y bondades infinitas.
Sé complaciente y afable,
Discreta, amorosa, digna;
Satisface sus deseos
Previsora y reflexiva;
No opongas á sus razones
Contrariedades que irritan,
Sino aconséjale blanda
Y cede siempre sumisa.
Que más alcanza quien tierna
Con dulce acento suplica,
Y más vence quien humilde
Al yugo de amor se inclina.
Jamás te muestres celosa,
Ni con quejas ni rencillas
Le fatigues importuna,
Que su amor amenguarías.
Y al contrario, siendo franca,
Sincera, fiel y sufrida,
Pues consigue más cariño
Quien calla, espera y confía.
Ya para tí concluyeron
Las vanas coqueterías
Y los vistosos adornos
De la doncella pulida.
Sólo para tu marido
Habrás de mostrarte linda,
Simpática, primorosa,
Inteligente y activa.
Para nadie más tus galas,
Para nadie más tus risas,
Ni por más hombres tu pecho
A la afección dé cabida.
Guárdate como diamante
Que despierta la codicia,
Y no con tu brillo asombres,
Ni tus encantos exhibas.
La modestia y el decoro
En las casadas, se estiman
Como las prendas más nobles
Y de la mayor valía.
No te prohibe tu estado
La diversión comedida,
Ni los prudentes recreos,
Ni la expansión y alegría,
Siempre que á tu esposo agrade,
Y de resguardo te sirva
Su presencia, cual escudo
Contra la torpe malicia.
Tendrás hijos, y en tu alma
Sentirás la doble dicha
De ese amor, lazo divino
Que al esposo más te liga;
Y obligada preceptora
Serás, y la tierna egida
De los niños inocentes,
Que Dios á las madres fía.
Sé cuidadosa con ellos,
Y buena al par y solícita
Con los pobres que reclamen
Tu caridad bendecida;
Que el cielo premia con creces
A quien la virtud practica.
Y ejemplo dando á tus hijos,
Recogerás la semilla
Con el amor y el respeto
De sus almas de bien ricas,
Y á tí deberán el goce
De su ventura infinita.
Despójate de ese velo
Con que tu madre, hija mía,

Cubrió tus puros hechizos;
Pero jamás en tu vida
Del casto rubor de esposa
Te despojes, que atractivas
Son para el esposo amante
Las pudorosas caricias.
Desprende, pues, la corona
De tu frente alabastrina,
Mas nunca secar la dejes,
Que tu virtud simboliza;
Con ella, guirnalda hermosa
De flores sin una espina
Formarás, para que siempre
De lazada suave sirva
Que anude más y eternice
Vuestra unión apetecida,
Que el ministro ha consagrado
Y que el Señor santifica.
Toma la cruz en tus hombros,
Esa cruz por tí elegida,
Y llévala dulcemente
Sin que su peso te rinda.
Ella, si llevarla sabes
Cual la mujer de la Biblia,
Será para tí de rosas,
Suave, ligera y rica.
Un brazo te ofrece apoyo,
Toma la cruz y camina.....
Vé..... tu madre te bendice.....
¡Así el cielo te bendiga!

PENSAMIENTOS.

III.

—El mejor gobierno de la familia es un buen ejemplo.—Confucio.

—La familia virtuosa se asemeja en días de prueba á la nave que durante la tempestad se mantiene á flote, sostenida por dos áncoras salvadoras, que son la religión y las buenas costumbres.—Montesquieu.

—Para las mujeres ordenadas la mayor dicha es la vida de familia.—Mme. de Girardin.

—Al lado de una buena esposa las penas del hombre se reducen á la mitad y los placeres se duplican.—Cortés.

—Una mujer casada es una esclava que es preciso saber colocarla en un trono.—Ayala.

—Los hombres forman las leyes, las mujeres las costumbres.—Séneca.

—El esposo bueno es de la esposa el cielo.—Mme. de Girardin.





IMPORTANCIA

DE LA UNIÓN MATRIMONIAL.



I.



El matrimonio, según la nueva ley, es un Sacramento instituído por Nuestro Señor Jesucristo, que da á los que dignamente lo reciben la gracia de santificarse en su estado y educar cristianamente á sus hijos, representando á la par la unión de Jesucristo con su Iglesia.

La unión legítima, por este medio, del hombre con la mujer, es la dignificación de nuestra naturaleza, cuando el amor y la conveniencia hacen desearlo, sometiendo en todo tiempo la voluntad de los contrayentes á las leyes saludables de la religión y de la moral.

El Sacramento en sí mismo tiene para los católicos la más alta trascendencia y encierra todas las cualidades propias de su divinidad, con manifestaciones sensibles que forman su liturgia, con gracias especiales que se derivan de las disposiciones con que se recibe, tales como la de la fidelidad, la de la buena educación de la prole, la de la indisolubilidad, según expresión de los Padres de la Iglesia.

Bien se ve cuán propio es que en el acto de los esponsales, al ofrecerse el uno al otro para siempre amor y fidelidad, al constituirse en vínculo indisoluble, presida en momento tan sublime y decisivo algo más que el mutuo consentimiento y las fórmulas de un mero contrato, y en esta parte á la Iglesia católica pertenece el gran bien de disponer á los con-

trayentes á solicitar los auxilios de la Divinidad para hacer después de la felicidad y ventura de su unión de alma y cuerpo durante la vida, que aprovechen las gracias que le son tan necesarias, y que dispensa el Sacramento recibido con las disposiciones convenientes.

Es bien triste que tanto se desconozcan las excelencias de los medios poderosos de que dispone el matrimonio para prevalecer dichosamente en esa vida de íntimos goces, y que despojándole de lo que tiene de más precioso, se haya tratado de rebajar su significación á la categoría de un asunto puramente civil, como si se tratase de una de tantas especulaciones más ó menos afortunadas, para ser contenida en los términos del contrato y bajo la garantía de la ley, como si ésta en el orden civil fuera capaz, por sabia que sea, de suavizar las asperezas que á veces ofrecen las obligaciones recíprocas de los consortes; como si pudiese tener la virtud de inspirar la ternura y compasión para conllevar discordias ó genialidades; como si encerrase el secreto de refrenar los ímpetus y las pasiones.

No, la ley humana nada puede en este terreno, ni sus prescripciones alcanzarían jamás á trocar el vicio en virtud, el egoísmo en caridad, la discordia en armonía, la inconsecuencia en fidelidad, el hastío en amor, las amarguras en dichas. Es necesario que en la vida de los sentimientos existan otros auxiliares más poderosos que los de las leyes de la fría razón, que ofrezcan abundante manantial de consuelo y satisfacción con el suave aliento de la Divinidad, fuente de todos los bienes, en la que sólo reside el poder de hacernos felices y de evitar antagonismos y miserias en la vida del matrimonio.

He aquí la virtud del Sacramento por el cual son dispensadas gracias tan inapreciables, y cómo con esa fe y creencia se pueden soportar las mayores aflicciones y disgustos del hogar, sin furor, ni rompimientos, fatales para los que desgraciadamente no siguen ese camino, y los cuales suelen ser los primeros detractores de las disposiciones sobrehumanas.

II.

De la unión matrimonial nacen varios deberes recíprocos. El marido está obligado á tratar á su mujer con indulgencia y respeto; á ocuparse asiduamente del sustento de la familia; á dirigir y corregir á las personas que están bajo su dominio, y á procurar á todos los de la casa la satisfacción, el orden y educación conveniente, como corresponde al jefe de la familia.

La mujer debe guardar aquella sumisión y docilidad que cautivan el corazón del marido; el recato que la hace respetable; la modestia que la encumbra; y el aseo, su principal adorno, habrá de estar en armonía con su actividad en los quehaceres domésticos, y con su especial esmero en el cuidado de la prole, sobre todo en los primeros años de la niñez. Otra condición que ha de tener la mujer, es el empeño que debe poner en no amar ni atender á nadie tanto como á su esposo, cualesquiera que sean sus cualidades, procurando siempre la paz del hogar con su legítimo ascendiente sobre la familia y en especial valiéndose de los hermosos recursos de la religión.

Deber de los casados es también, en el que han de fijarse muy particularmente, la educación de los hijos, á quienes por gracia del Sacramento se les considera bendicion de Dios. San Pablo da á esto tanta importancia, que asegura *se salvará la madre por los hijos que habrá dado al mundo, haciéndoles perseverar en la fe, en la caridad, en la santidad y en la vida bien arreglada.* La mujer, revestida con el sagrado título de madre es, pues, la llamada especialmente á formar el corazón de los hijos, ya por ser continuo su ascendiente sobre ellos, ya porque Dios le ha dado la dulzura, la firmeza, la vigilancia y la paciencia que son necesarias.

III.

La gracia del Sacramento en cuanto á la indisolubilidad del matrimonio, es otro inmenso beneficio, hoy por desgracia bien poco apreciado. Fundada en los principios del Evangelio, la legislación eclesiástica pone en el catálogo de los delitos punibles el divorcio, llamado por antonomasia el sacramento del adúltero. De este modo se pone enérgico freno á las pasiones desordenadas, que son las que menos lo resisten, y así se obliga á conllevar con paciencia antagonismos transitorios, cambios y devaneos caprichosos, salvando la separación y división de las familias y las graves consecuencias á que esto daría lugar.

«El divorcio, en tesis general, dice Monlau, no es justo, no es fisiológico, no es higiénico, no es moral. Desde el momento en que el matrimonio ha quedado establecido en toda su integridad, es absurdo tratar de anularlo. No sólo es absurdo; es también imposible la desunión; la ruptura jamás es completa. En vano les daréis á dos esposos un papel con copia de un auto judicial que los declara libres; en balde les diréis que ya no se pertenecen el uno al otro; es una mentira que se descubre á cada paso, á cada instante, dentro de sí y fuera de sí. En vano huye el uno del otro, y en vano se maldicen; porque el indeleble recuerdo de los goces pasados, la triste mancomunidad de los dolores presentes, las reconvenciones y las quejas, las acusaciones y las lágrimas, todo les trae á la memoria aquella cadena fatal cuyos eslabones se estiran ó ceden á medida que se apartan, pero sin jamás quebrarse ni jamás disolverse.»

IV.

El timbre más glorioso del matrimonio es simbolizar la unión de Jesucristo con su Iglesia. Quiso nuestro Divino Salvador que su sagrada y casta unión se copiara é hiciese sensible entre marido y mujer, viniendo á ser el hogar doméstico el sagrado templo de la familia. Así como Jesucristo dejó al eterno Padre para unirse con la Iglesia, el hombre

deja á su padre y á su madre para unirse con su mujer; si la Iglesia fué formada de Jesucristo muerto en la cruz, la mujer lo fué del hombre durante su sueño; al paso que Jesucristo es el jefe de la Iglesia, el marido lo es de la mujer y de la familia; Jesucristo dirige la Iglesia, y la dirige por el camino del cielo; el marido es el que ha de proteger y guiar á su mujer en igual sentido. Jesucristo y la Iglesia no son sino una misma cosa; el hombre y la mujer no son sino una misma carne, y el propio espíritu el que debe animarlos. Jesucristo ama tiernamente á su Iglesia y ésta le corresponde con sumo respeto y fidelidad; asimismo el marido ha de amar á su mujer y ser correspondido de ella con respeto y fidelidad. Jesucristo está inseparablemente unido á su Iglesia, y entre el marido y la mujer la unión es indisoluble.

De esta semejanza se deduce que la unión matrimonial se ha de contraer entre un solo hombre y una sola mujer, y cuantas tentativas se han hecho por relajar tan sagrado vínculo, no han sido más que atentados contra el orden, la paz y la felicidad domésticas. Instintivamente el sentimiento y dignidad del hombre se han sublevado contra los reformadores en esta parte, y no poco contribuye la poligamia al estado de atraso y embrutecimiento en que yacen los pueblos orientales. La civilización es el perfeccionamiento de las costumbres hacia el supremo bien moral, por ese camino de lo justo y verdadero.

PENSAMIENTOS.

IV.

El amor es la pasión más delicada, y por eso los placeres más íntimos que ofrece no deben ser groseramente prodigados, sino cuidadosamente acompañados de cordura y austeridad.—MONTAIGNE.

—El matrimonio es un lazo que la esperanza embellece, que la dicha conserva y que la desgracia fortifica.—ALIBERT.

—El matrimonio estableee al hombre en sus derechos, á la sociedad en sus leyes, y al género humano en el verdadero orden.—MARTIN.

—También tiene el doble mérito de dar al amor la fuerza de ley y á la ley la dulzura de una grata afección.—SAINT-MARC.

—Marrón dice que el matrimonio no admite medianías. Es un gran bien ó un inmenso mal; el delicioso reposo, ó la violenta y continua agitación; es un cielo ó un infierno.





LA FAMILIA.

FAMILIA es la reunión de personas ligadas entre sí por los vínculos de la misma sangre.

La palabra familia recuerda todo lo que conmueve el corazón del hombre y llena en las sociedades cultas la principal funcion de su organismo, llamándola con verdadera propiedad la célula social.

Amor, desinterés, respeto, reconocimiento, educación, deberes de cariño, en una palabra, sentimientos dignos y honrados, delicadas atenciones; todo esto se aprende, se desenvuelve, vive, se conserva y se ejercita en el seno de la familia.

Todos los accidentes de la vida se componen y descomponen de sentimientos que afectan no sólo al individuo, sino á la colección de los seres que forman esa genérica unidad, cual agrupaciones establecidas por la fuerza de cohesión de la sangre y de los más caros y tiernos afectos. Pocos corazones habrá que no se conmuevan ante la consideración del significado de esposo, padre, hijo y hermano; y nadie puede contar hasta dónde alcanza el límite de esas relaciones tan necesarias á la vida moral.

La familia no se manifestaría en su perfección si no se hiciese indisoluble el fundamento de ella, que es la unión monógama del hombre con la mujer, tal como la Omnipotencia ha dispuesto, como la naturaleza prescribe, como la ciencia enseña.

(1) Es un hecho incontestable que la monogamia se halla más generalmente esparcida en el mundo que la poligamia.

---

(1) A. Peratoner.

Los grandes pueblos de la antigüedad eran monógamos, y la civilización moderna ha adoptado este matrimonio como el mejor para la raza y las costumbres.

Si descendemos algunos peldaños en la escala animal, veremos que el enlace monógamo no se limita sólo á la especie humana; muchas otras especies viven instintivamente y mueren en una estricta monogamia.

Los machos de estas especies se eligen una hembra y combaten sin cuartel á los que se las quieren disputar: desde el momento en que salen vencedores, la unión monógama queda establecida por toda la vida. Entre ellos no se conocen ejemplos de infidelidad; sólo después de muerta su pareja, el sobreviviente hace una nueva elección. Recordemos en apoyo de lo dicho algunas variedades de monos; el castor, el topo, el zorro, no tienen jamás sino una sola compañera; lo mismo pasa con el águila, el gavilán, la cigüeña, el cisne, el palomo, el ruiseñor, etc.

La poligamia debe ser considerada como estado de abyección en la sociedad moderna, porque es la enemiga más decidida del orden y de la paz doméstica.

Las mujeres rivales y celosas pierden su dignidad, fomentan los odios que transmiten á sus hijos, y entre los hijos de diversas madres la aversión sustituye al cariño fraternal.

Aun en tiempos antiguos la Biblia nos pinta las disensiones de los hijos de Agar y de Lia perturbando hondamente el reposo bajo las tiendas de Abraham y de Jacob, modelo por lo demás aquellas familias de dignidad y virtud, en cuyas sencillas costumbres había tales encantos, que dejan muy atrás los goces y placeres de la vida moderna.

Las sociedades actuales, por sus diferentes instituciones, por costumbres derivadas de la mezcla de razas, por sus fáciles comunicaciones, por la variedad de los gustos, la muchedumbre de placeres y el deseo de mayores satisfacciones, han debilitado desgraciadamente ese espíritu recto y honrado, esos inocentes recreos que ofrece la familia.

En estos tiempos en que todo se exterioriza, seduce necesariamente todo lo superficial y vano; y aunque es dudoso que de esta suerte haya aumentado el bien público, es lo cierto que el bien individual ha disminuído considerablemente.

En otros tiempos de menos novedades reinaba la estabilidad en la familia; sus alegrías eran sencillas y puras; en ella se agrupaban los gustos de todas las edades; al anciano se le guardaba mayor respeto y veneración; la pueril y bulliciosa alegría del niño no era importuna; los encantos de la juventud excitaban la simpatía, despojada de envidia y de las infames maquinaciones artificiosas para hacerla perder sus mayores atractivos.

Contra los males del cuerpo y los del alma, que la sociedad pasa por alto, se hallan en la familia los dulces consuelos que fortifican y los tiernos cuidados que aplacan los más grandes sufrimientos. Sólo en ella, la expresión pura y cariñosa de los seres amados produce las más vivas emociones, que en vano se pretendería sentir en ningún otro encanto de la vida social. La sabiduría que nos enseña á amar la virtud y á procurarnos el mayor bien, nos dirá siempre que de la dicha de la familia nace nuestra más segura y sólida felicidad.





Conveniencia del matrimonio.

El hombre y la mujer, cuando no están llamados por natural vocación á ejercer el sagrado ministerio del sacerdocio, ya en la vida austera y contemplativa del claustro, ya en el culto solemne que se tributa á Dios en los altares y en el hermoso ejercicio de la caridad, celebrando consorcio con Jesucristo y su Iglesia, cuya feliz compañía sólo pueden buscar ataviados con la preciosa aureola de la pureza y la castidad, no deben marchar aislados por la tierra.

Uniéndose con santo lazo y viviendo con morigeradas costumbres, dentro de los ritos doctrinales en órden y concierto, encuentran á su vez la apetecida felicidad.

(1) «Cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no sólo para el fin de que se perpetuasen en los hijos el linaje y nombre de ellos, sino también á propósito de que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen, lo cual no les era posible, ni al hombre sólo por sí, ni á la mujer sin el hombre, porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda. Y el hombre, que tiene fuerzas para desvolver la tierra y para romper el campo, y para discurrir por el mundo y contratar con los hombres, negociando su hacienda, no puede asistir á su casa, á la guarda de ella, ni lo lleva su condición; y al revés, la mujer, que por ser de natural flaco y frío, es inclinada al sosiego y á la escasez, y es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así, la naturaleza, en todo proveída, los ayuntó para que, prestando cada uno de ellos al otro su condición, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. Y de inclinaciones tan diferentes, con arte maravilloso, y como se hace

(1) Fr. Luis de León, *La Perfecta casada.*

en la música, con diversas cuerdas hizo una provechosa y dulce armonía, para que cuando el marido estuviese en el campo, la mujer asista á la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere.»

«El hombre, al tomar esposa—dice Amancio Peratoner—busca una compañera con la que debe compartir su existencia, sus bienes, sus virtudes, sus talentos, sus derechos y sus deberes.

»La igualdad de derechos y la comunidad de bienes son las bases de la sociedad conyugal.

»Una esposa debe formar un solo ser con su marido; los dos viven el uno para el otro, y sus dos existencias deben confundirse en una.

»Los hombres que esclavizan á sus mujeres son enemigos de la sociedad, por cuanto el respeto á la mujer, y sobre todo á la madre, es la fuente de las virtudes y de las costumbres.

»El objeto de la unión conyugal es perpetuar la existencia que hemos recibido y educar á los hijos en la práctica de las virtudes, á fin de que un día lleguen á ser ciudadanos útiles al Estado.

»Educar á un hijo, plantar un árbol y labrar un campo, eran y son todavía actos sumamente meritorios y considerados en la India y en la Persia; ¿iremos en zaga á estos pueblos en moralidad?»

Las leyes griegas y romanas fomentaban el matrimonio y trataban con rigor el celibato.

Augusto, para multiplicar los matrimonios, permitió á los ciudadanos romanos, exceptuando á los senadores, el casarse con hijas de libertos, sin que tales enlaces pudiesen perjudicar á los que los contraian.

En una revista del pueblo hizo distribuir á cada padre de familia un millar de sextercios, á fin de alentar á los jóvenes á casarse.

Al ejemplo de Licurgo y de Solón, rodeó á la mujer embarazada de tantas pruebas de respeto, que era difícil que una soltera no desease llegar á adquirir el título de madre de familia.

Todo ciudadano debía desviarse de su camino y ceder el paso á una mujer en cinta, de cualquier rango que fuese, y hasta los mismos patricios estaban obligados á saludarla cuando la encontraban en su ruta.

Camilo forzó con multas y tasas á los romanos célibes á casarse con las viudas de los militares muertos en los campos de batalla.

El matrimonio es la base de toda sociedad y la égida de las buenas costumbres; el matrimonio hace más virtuosos al hombre y á la mujer, impidiéndoles entregarse al vicio y al desenfreno.

El hombre casado, próximo á cometer una mala acción, es contenido á menudo por su mujer.

La madre de familia, á punto de extraviarse, vuelve al recto sendero contemplando á sus hijos.

El padre de familia reprime sus malos instintos, no queriendo tener que ruborizarse ante sus hijos ni dejarles por herencia el oprobio.

Siendo el matrimonio una institución grave, importante para la sociedad, debe también ser un acto en extremo formal para los individuos.

Ni el mezquino interés ni los goces sensuales han de ser jamás el móvil del casamiento.

El hombre, al buscar su compañera, debe fijarse menos en la fortuna que en la educación, y menos también en la belleza que en la moral.

La ignorancia, la veleidad y el egoísmo son enemigos mortales del matrimonio; en cambio, la instrucción, la constancia y la generosidad forman sus principales atractivos.

Los celos, el rigor y las exigencias producen resultados fatales y negativos entre los cónyuges.

El hombre debe ser prudente, comunicativo y atento con su mujer, y ésta franca, solícita y cariñosa con su marido.

De este modo se sostiene la paz en el matrimonio, y en el transcurso de los años á la efervescencia del primer amor sucede la tierna intimidad, la necesidad de vivir juntos.

Ni el hombre debe abusar de su fuerza autoritaria, ni la mujer apropiarse derechos que no le corresponden, sino ser mutuamente condescendientes, amables y pródigos en atenciones.

Ella dedicará sus mayores cuidados y su ternura á su esposo y á sus hijos; él, todo su empeño y sus afanes por el bienestar de su familia.

Si el hombre comete la grave falta de olvidar sus obligaciones, cayendo en el abandono y la indiferencia, los consejos de la esposa, dados con oportunidad y con dulzura, le volverán indudablemente por el camino del deber.

La moralidad es el principio de todas las cualidades buenas; de ella nace la consideración y el respeto que los cónyuges deben tener el uno para el otro. Si á estas condiciones se agregan el trabajo, el orden y economía, la tranquilidad del espíritu, que es la dicha verdadera, reinará en el seno del hogar doméstico.

El hombre, por su constitución fuerte y vigorosa, representa el poder y la autoridad en la familia; la mujer, más débil y tímida por naturaleza, lleva encarnada la ternura y la sumisión.

En casos de divergencia ó discordancia de opiniones, á la mujer toca ceder antes que al hombre, y mostrarse dócil y obediente, aunque sin humillaciones que menoscaben su dignidad.

Nunca deberá ésta oponer la fuerza á la fuerza; sus atractivos, sus caricias y su misma obediencia son medios mucho más seguros para vencer al hombre.

(1) La mujer sin dulzura es una flor sin perfume, una fruta sin sabor.

La naturaleza ha puesto á los dos sexos en una mutua dependencia; ha querido hacer de la mujer la compañera del hombre y no su esclava; ha querido que el hombre sea el amigo, el sostén de la mujer y no su tirano; que el uno fuese el instrumento de la felicidad del otro, y recíprocamente.

En una palabra: para que la paz, el cariño y la ventura reinen en la familia, es menester que la esposa esté sometida al marido, cuando éste se somete á la razón.

El hombre personifica la fuerza y el trabajo; la mujer personifica las gracias del amor.

El hombre es la cabeza de la humanidad; la mujer es su corazón.

El hombre es el sostén de su joven familia; la mujer, su flor y su perfume.

El hombre trabaja para alimentar á la familia; la mujer la educa y, madre vigilante, la rodea con su incesante solicitud.

---

(1) *Filosofía del matrimonio*, por A. Peratoner.

El hombre reflexiona, calcula antes de amar; su amor á menudo es egoísta; la mujer ama, y ama siempre con amor desinteresado.

Y cuando la vida se hace amarga al hombre, cuando su corazón está lleno de hiel y su frente preñada de cuidados, cuando la fuerza le abandona, la mujer, sublime entonces, le sostiene con su ánimo y se sacrifica por él.

PENSAMIENTOS.

V.

El bello sexo, dice Saint-Pierre, no es solamente bello á la vista, sino también para el corazón; es el sexo generador que lleva en sus entrañas por espacio de nueve meses al hombre; es el sexo alimentador que le amamanta y cuida en su infancia; es el sexo piadoso que le conduce á los altares; es el sexo pacífico que no derrama jamás la sangre de sus semejantes; es el sexo consolador que vela y cuida á los enfermos; es el sexo débil que fortalece al hombre en sus tribulaciones; es el sexo angelical que hace dulces las amarguras de la vida.

—El amor persuade, consuela, anima, se posesiona del alma y hace desear el bien por medio del bien.—FENELÓN.

—El amor hace á los hombres generosos, sinceros y corteses.—SAINT-PIERRE.

—En el sentido universal de la palabra, el amor es el principio creador de todas las cosas.—BACTAM.

—El amor debe gobernar el mundo. La inteligencia determina los actos que aquella pasión solicita.—LAMENNAIS.

—El amor es el sentimiento de armonía entre la necesidad de un afecto y el objeto de la felicidad.—ALLEBY.

—El amor conyugal perpetúa el género humano. El amor social le perfecciona. El amor sensual le corrompe, le envilece, le deshonra.—CALDERÓN.

—Sólo hay verdadero amor cuando se ocupa de la felicidad del objeto amado.—PALACIO.

—El amor, que no es más que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera en la vida de las mujeres.—CASTELAR.

—Amar es una necesidad del corazón; hacer el amor es una ocupación del espíritu.—TRUEBA.

—Quien no cree en la virtud no puede gozar de las dichas del amor.—FERNÁN CABALLERO.

—El amor es la amistad hermoseada por el placer. Es la perfección de la amistad.—SINUÉS DE MARCO.





Los casados

VIVEN MÁS Y MEJOR QUE LOS SOLTEROS.



cierta edad de la vida, cuando el hombre, según su clase, puede establecerse por sí mismo, lleva más ventaja en el estado de matrimonio que de soltería. Los que se resisten á este orden, ese número considerable de solterones, son nocivos á la sociedad y relajan por lo general las buenas costumbres, cuando entregados á una vida viciosa ó disipada, desechan los puros y tiernos afectos, haciéndose insensibles á los preceptos del buen orden y de la moral, para darse á todo género de apetitos. Estos seres no son los que llegan á una edad avanzada. Los desórdenes llevan consigo males terribles que les amargan la vida y los agostan en pocos años.

Según los cálculos de Frodere, Hufelcand, Casper, Sonclair y otros, se vive más en el estado de matrimonio. De cada 100 solteros de veinticinco á cuarenta y cinco años, se ha calculado que mueren 28, mientras que de los casados de igual edad sólo fenecen 18. Por cada 78 casados que llegan á la edad de cuarenta y dos años, no hay más que 40 solteros que tengan la misma suerte. Las diferencias en los siguientes años aun son más notables: á los sesenta, sobre un número de 100 individuos, no quedan más que 22 solteros contra 48 casados, y á los ochenta años llegan 3 casados por cada soltero. No hay ejemplo de que ninguno de éstos haya pasado jamás de los cien años. Las mujeres, á pesar de los infinitos cuidados que pasan, por los embarazos, la lactación y otros accidentes propios del estado, llegan á los ochenta y cien años en número seis veces mayor que las solteras.

Las enfermedades más graves son mucho menos frecuentes en el matrimonio que en el celibato.

En el otoño de 1779 reinó en Pegoma una epidemia de calenturas, sin que en el número de los invadidos se contase un solo casado. En Strasburgo hubo en 1841 una epidemia de meningitis cerebro-espinal, resultando invadidos 19 casados y 71 solteros. El cólera, no obstante, hace mayores estragos, por el más próximo trato, entre los primeros.

En cuanto á la desesperación, si se cuenta por los casos de suicidio, de cada 100 resulta que 67 son solteros.

La locura es infinitamente mayor en éstos. En un total de 764 enajenados se han contado 492 solteros, 59 viudos y 201 casados. En un total de 1.729 mujeres enajenadas se han dado 980 solteras, 291 viudas y solamente 397 casadas.

Los delitos y los crímenes también dan más contingente para los célibes. Según una estadística de la justicia represiva de Francia, de cada 100 acusados había 58 solteros, contra la propiedad, 52 contra las personas y 64 por estafas y robos.

Hay, no obstante, otra clase de enlaces que todavía reunen mayores ventajas para la tranquilidad y duración de la existencia. Estos los componen esas almas puras, llenas de fe, que se consagran en espíritu al más casto y sublime amor. Nos referimos á los sacerdotes y monjes que se desposan con la Iglesia y se consagran por completo al servicio de Dios; aludimos á esas santas mujeres que se desposan con Jesucristo, conservando la más perfecta virginidad en la vida conventual, exenta de las luchas y fatigas del mundo. En esta parte la higiene resuelve la cuestión del celibato eclesiástico de conformidad con la ley consuetudinaria que se remonta á la cuna del cristianismo, y en igual sentido que la disciplina de la Iglesia, confirmada por la práctica constante, por la decisión de varios Concilios, y en particular por el de Trento.

Las reglas de vida y conducta á que están sujetas esas clases, á pesar de las penitencias, ayunos y mortificaciones que se imponen, contribuyen mucho á la conservación de la salud y á la prolongación de su existencia; así es que en todas las listas de longevidad, según Monlau, llegan de cada 100, á setenta años, 42 eclesiásticos, 27 abogados, 28 artistas y 24 médicos. Acerca de este particular, el doctor Descuret consigna los siguientes curiosos datos: En los años 1823 al 1842 murieron en París 757 sacerdotes: de 6 de ellos no pudo saberse la edad; los 751 restantes vivieron un total de 47.596 años, que dan un promedio de vida de sesenta y tres años. De 302 monjas carmelitas de la calle d'Enfer (París), 69 pasaron de sesenta años, 59 de setenta y 23 de ochenta. Los trapenses y los cartujos también viven mucho. La mayor parte no mueren de enfermedad, sino que su vida se extingue pacíficamente entre las dulzuras del retiro y de la contemplación.





Algunas instrucciones

SOBRE LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.



La ilustración de la mujer, tan descuidada en otras épocas, es actualmente reconocida, útil y necesaria para la marcha progresiva de la civilización, puesto que á la madre de familia corresponde ser la primera maestra de sus hijos.

Una madre ignorante es casi siempre, sin comprenderlo, la perdición de los hijos.

La educación abre las puertas de la inteligencia que alumbra el camino de la vida, y ayuda á salvar los escollos y las dificultades por los senderos del trabajo y de la virtud.

La organización cerebral de la mujer, aunque menos apta que la del hombre para los estudios profundos y científicos, está dotada, sin embargo, de una gran susceptibilidad, de viva imaginación y superiores sentimientos, y se presta fácilmente al ejercicio de las artes y al conocimiento de todo lo que es delicado y bello.

Una buena madre debe dar principio á su sagrada misión procurando reglamentar la nutrición y la higiene corporal de sus hijos con sanos alimentos, evitando todo lo que sea nocivo y perjudicial á su salud, previniendo sus menores indisposiciones y acudiendo con presteza al médico cuando la enfermedad se presenta con síntomas desconocidos.

En este y en otros casos conviene á la mujer tener algunas nociones de medicina, con el fin de contrarrestar oportunamente los males en tanto no llegan los auxilios del doctor.

Los primeros años de la infancia están al exclusivo cuidado de las madres; el corazón y la inteligencia del niño se forman en su regazo; por esto hay que atender muy especialmente á la educación de la mujer.

Los hijos de padres instruídos que viven en santa paz, teniendo por base el orden, el trabajo y la economía, son generalmente buenos.

Las niñas en particular, dirigidas por una madre bien educada y virtuosa, suelen ser el reflejo de ésta.

La religión, el talento y la virtud tienen sus principales raíces en el hogar materno.

Así, pues, como la Iglesia es el fundamento del catolicismo, el matrimonio viene á ser la escuela de la cristiandad.

El primer cuidado de la madre cuando el niño empieza á balbucear, es enseñarle á amar y respetar á Dios y á sus padres, impregnando en su pecho la pureza de sentimientos y las bondades que deben ser su mejor adorno y la norma y guía de su existencia.

Durante algún tiempo las madres están obligadas á nutrir y esclarecer el entendimiento de los hijos con moderado y prudente régimen, acostumbrándolos á las buenas formas sociales y enseñándoles los primeros rudimentos de la educación.

Así, cuando el niño en edad de mayores estudios pasa de la dirección materna bajo la férula de sabios profesores, lleva ya en su corazón el germen de la buena semilla y el origen de lo que habrá de ser en lo venidero.

Las madres debieran ser las únicas preceptoras de sus hijas; mas cuando las conveniencias sociales ó la necesidad las separan de su lado para llevarlas á un colegio, tendrán un exquisito cuidado en la elección del establecimiento, procurando que éste reuna á las condiciones higiénicas del local un trato dulce y agradable, una instrucción sólida y completa y el oportuno recreo tan necesario á la juventud.

Además de las labores propias de su sexo y de las principales asignaturas destinadas á la enseñanza de la mujer, conviene á ésta el conocimiento de idiomas, instrucciones reglamentarias sobre higiene y medicina y el ejercicio de las bellas artes, con preferencia aquella por la que demuestre predilección, á fin de que le sirva, más que de adorno, como recurso de subsistencia para un caso necesitado de su vida.

La mujer no debe ser tampoco extraña á las ciencias; con tiempo y disposición suficiente, le sería de gran utilidad adquirir nociones de ellas.

Una buena educación libra á las jóvenes de grandes males y las previene de los peligros á que están expuestas.

Sabido es también el influjo que ejerce la mujer en nuestra civilización.

La instrucción religiosa es la fuente donde se refresca la inteligencia y bebe la imaginación el principio sólido y vivificante que debe servir de base á todos los demás conocimientos de la criatura.

(1) «La mujer que no teniendo mucha instrucción mundana tiene mucha instrucción religiosa, y que, por consiguiente, conoce bien las grandezas de la religión, se penetra de su espíritu y se apresura á practicarla por medio de las virtudes modestas de su estado, es una mujer formal, humilde, prudente, discreta, previsora, dedicada en cuerpo y

(1) P. Ventura: *La Mujer católica.*

alma á la verdadera felicidad de su esposo y de sus hijos; si no brilla mucho por las gracias de su ingenio, se hace respetar y admirar por la generosidad y la constancia de su adhesión. Si no sabe formar largas cláusulas y períodos sobre el bien, sabe practicarlo, y esto es cuanto esperan de ella Dios y los hombres, la familia y la sociedad. Semejante mujer es el don más rico y más precioso que puede hacer Dios á una familia; es la base de la concordia entre sus miembros, es el manantial oculto de su riqueza, es el fundamento del orden que reina en ella, es la prenda de su dicha y su prosperidad.»

La mujer cuya instrucción ha sido cimentada sobre una sana razón, en el conocimiento de las grandezas religiosas, forma el encanto de la sociedad y la felicidad de la familia, pues esta mujer sabrá habituarse á la virtud, al orden y á la economía, principios de la riqueza y el bienestar.

El aseo y el primor en la mujer son poderosos atractivos para el hombre.

La modestia es una preciosa garantía, el título más noble y el adorno que más favorece al sexo bello.

El amor al trabajo constituye un elemento útil y de gran valía. La mujer activa y laboriosa es siempre honrada y bien querida.

La prudencia evita á la mujer enemistades y disgustos, y sostiene la paz y la concordia en la familia.

La paciencia y el ánimo son necesarios á la mujer, tanto para sobrellevar las penalidades de su estado, como para sufrir los golpes dolorosos y las vicisitudes de la vida.

La franqueza y la sinceridad infunden confianza y estimación; una mujer ingenua, exenta de toda clase de artificio, es más digna de respeto y descubre mayores gracias á los ojos que la miran.

La caridad ejercitada por la mujer la eleva á un grado muy superior; la gratitud sentida por ella es tan tierna y afectuosa, que emana de su pecho con las célicas dulzuras del amor.

La abnegación y el sacrificio por los que ama, tan frecuentes en la mujer, virtudes son que la ennoblecen sobre todas y que han dado grandes ejemplos de heroísmo y de santidad, dignos de admiración y dignos de ser escritos con letras de oro en los anales del universo.



Proverbios de Salomón.

1.º Atiende, hijo mío, á lo que te enseña mi sabiduría, é inclina tus oidos á los documentos de mi prudencia:

2.º Para que observes mis consejos y no se aparten de tus labios mis instrucciones. No te dejes llevar de las lisonjas de la mujer:

3.º Porque los labios de la ramera son como un panal que destilan miel, y son más suaves que el aceite sus palabras:

4.º Pero sus dejos son amargos como ajenjo y penetrantes como espada de dos filos:

5.º Sus pies se encaminan hacia la muerte, y sus pasos van á parar al infierno:

6.º Andan descarriados; incierta é incomprensible es su conducta:

7.º Ahora, pues, hijo mío, escúchame, y no te apartes de los documentos que te doy:

8.º Huye lejos de ella: jamás te acerques á las puertas de su casa:

9.º Á fin de que no entregues tu honra á gente extraña y tus floridos años á una cruel:

10. Á no ser que quieras que los extraños se enorgullezcan con tus bienes, y que vaya á parar en casa de otro el fruto de tus sudores:

11. Por donde tengas al fin que gemir cuando habrás consumido tus carnes y tu cuerpo y hayas de decir:

12. ¿Por qué detesté yo la corrección, y no se rindió mi corazón á las reprensiones?

13. ¿Ni quise escuchar la voz de los que me amonestaban, ni la instruccion de mis maestros?

14. En toda suerte de males ó vicios me ví casi engolfado en medio de la congregación y del pueblo:

15. Bebe, pues, el agua de tu aljibe y de los manantiales de tu pozo (1):

16. Rebosen por fuerza tus manantiales, y espárzanse tus aguas á tus hijos é hijas por las plazas:

17. Sé tú solo el dueño de ellos, y no entren á la parte contigo los extraños:

18. Bendita sea esa tu vena de aguas (2), y vive alegre y contento con la esposa que tomaste en tu juventud:

19. Sea ella tus delicias, como hermosísima cierva y como gracioso cervatillo (3); sus cariños sean tu recreo en todo tiempo; busca siempre tu placer en su amor:

20. ¿Por qué te dejas, hijo mío, embaucar de mujer ajena y reposas en el regazo de la extraña?

21. El Señor está mirando atentamente los caminos del hombre, y nota todos sus pasos:

22. El impío será presa de sus mismas iniquidades, y quedará enredado en los lazos de su pecado:

23. Al fin él morirá infelizmente, porque desechó la amonestación, y se hallará engañado por el exceso de su locura.

(1) Esto es, trata solamente con tu esposa.

(2) Que equivale á «haga Dios fecunda á tu esposa».

(3) Animales sencillos y sin hiel, que se aman mucho entre sí.





La joven cristiana.

Lás jóvenes, según el venerable San Cipriano, obra perfecta de la gracia, encanto de la naturaleza, y el más precioso rebaño de Jesucristo, son como las flores hermosas en el jardín de la vida, puras como la azucena, fragantes como la rosa y delicadas cual la sensitiva.

Ellas, nacidas las unas en abrigadas y primorosas estufas, las otras bajo la dura presión de grandes y punzadores abrojos, regadas con ardientes lágrimas, y otras en solitarios y escabrosos terrenos, siempre combatidas por vientos impetuosos, necesitan una mano cariñosa que las coloque en los sagrados vasos, que las riegue con los dulces consuelos de la religión y las vivifique con las purísimas áuras de la fe.

Nada hay que ofrezca mayores cuidados, ni que exija más grandes atenciones á los padres, tutores y directores espirituales, como la educación y dirección de una joven.

Ni nada hay tampoco en el mundo más peligroso, como el descuido de aquéllos, ó la imperdonable indiferencia de algunos seres en tan delicado asunto, así como una rígida enseñanza llevada hasta la exageración.

«La educación material, dice una escritora francesa, era buena antiguamente en todas las clases de la sociedad; con respecto á la educación moral, la de las clases altas dejaba mucho que desear. Abandonada casi por completo á preceptores, como acontece aún en medio del aturdimiento de las grandes capitales, á la influencia legítima y natural de las familias, de las afecciones y deberes de cada una se ha sustituído una influencia extraña é interesada. ¡Cuántas jóvenes no han recibido de los mismos que debieron serlos guarda-

dores de su virtud, malas lecciones y perniciosos ejemplos! De ahí casas arruinadas, razas degeneradas por las faltas de padres negligentes en uno de sus deberes más importantes. En nuestros días, por el contrario, no se atreven á separarse de sus hijos, ni aun por algunas horas, cuando esta separación es útil; todo se somete á la moda y se lleva á la exageración.»

Vamos, por tanto, á hacer algunas ligeras consideraciones acerca de lo que es una joven, su educación y sus deberes.

Pero hablemos de ella desde el momento en que haciendo su entrada en el gran mundo, se dispone á las luchas materiales del corazón y á las pruebas por que tiene que pasar el espíritu, hasta la segunda época de la mujer, en que la variación de estado le hace sentir nuevas afecciones, nuevos deberes y nuevas luchas á la vez, fijándonos muy especialmente en las condiciones que deben influir en su carácter y en las obligaciones que contraen con la sociedad y la religión, pero atendiendo sobre todo á las circunstancias en que cada una vive, ó en la posición social en que se encuentran.

LA JOVEN RICA.

Comencemos, pues, por la que nacida en el lujo y la abundancia, y acostumbrada á las comodidades del cuerpo, no ha sentido jamás en su pecho las necesidades materiales de la vida, ni conoce las vicisitudes y sufrimientos por que tienen que pasar las que por desdicha carecen de medios de subsistencia.

La joven rica, si por ventura se halla dotada de bondadoso carácter, de inocente mirada y clara imaginación, puede, teniendo unos padres buenos y cuidadosos de su bienestar, obtener una educación brillante, servir de útil beneficio á la sociedad, y hacerse digna, por medio de sus virtudes, del cariño del mundo y de las infinitas dulzuras del cielo.

Al hacer su primera comunión, ataviada sencillamente con su vestido blanco, su velo de gasa y una corona de pequeñas azucenas, símbolo de la pureza, debe su madre preparar convenientemente su espíritu, enseñándole á conocer que debemos amar á Dios sobre todas las cosas, obedecer al venerable sacerdote que nos dirige, y ostentar siempre como más glorioso timbre el título de cristiana.

«No hay dignidad comparable con la de cristiano, dice un sagrado libro; todo título de nobleza, todo dictado honorífico, toda dignidad de la tierra, todo nombre, cede al augusto epíteto de cristiano y al respetable carácter que recibimos en el bautismo. Muchos príncipes y princesas nunca se gloriaban de otra cualidad: *soy cristiano*, *soy cristia-*

na, se les oía repetir muchas veces; éstos son los títulos de mi nobleza. San Luis, rey de Francia, se firmaba *Luis de Poissy*, porque en Poissy había sido bautizado. *Yo soy cristiana*, respondían á los tiranos aquellas ilustres mártires que en nada apreciaban ser princesas.»

Guiada por los saludables consejos de un sabio pastor y por el purísimo amor de una madre, no dará jamás cabida en su corazón, una tierna joven, á las miserables pasiones de la envidia y el orgullo, sino por el contrario, la humildad será su norma y la caridad su más poderosa guía.

Nada hay tan hermoso como el ejercicio de las virtudes, ni que ofrezca mayores consuelos como el cumplimiento de nuestra santa religión.

Preparada ya la joven para seguir la senda salvadora del cristiano, debe ser instruída luego por ilustrados y escogidos profesores, ampliando su educación cuanto sea posible á sus alcances, con el conocimiento de las ciencias, de las artes y los idiomas, que tan útiles pueden ser á una mujer en el transcurso de su vida, siendo además la ilustración un adorno que la embellece, y una razón más para que conociendo el mundo y sus maldades pueda apartarse de ellas, siguiendo siempre el camino del bien que mira claro con la luz de su despierta inteligencia y abierto eternamente ante los corazones fervorosos.

(1) La joven nacida en una de las clases acomodadas de la sociedad, necesita instrucción, cualquiera que sea la escala que en ella ocupe. Así, pues, debe cultivar con cuidado y reflexión el estudio de la historia antigua y moderna; la geografía, algunas partes de las matemáticas, algunas nociones de las ciencias naturales y físicas, parecen componer un programa suficiente y no muy extenso, si se lleva á efecto con método y discernimiento. Sobre todo debe dirigirse con buen gusto y trabajarse con asiduidad la parte literaria de su educación. La especialidad de las mujeres consiste en ese gusto exquisito y depurado, porque tienen con frecuencia que juzgar las obras de los hombres; y siendo sus lectoras desinteresadas, porque raras veces son rivales, es segura la imparcialidad de su juicio, dependiendo su exactitud del modo como se desarrolla en ellas el sentimiento natural. Por otra parte, generalmente se les conserva la palma del estilo epistolar que les legó Mad. de Sevigné, talento lleno de encanto y de gran utilidad para una mujer, que casi siempre necesita tan sólo, para desplegarse, un poco de cultivo.

Finalmente, y sobre todo, cerniéndose como el águila en las regiones elevadas y puras, y dominando á las demás ciencias como ella á las demás aves, el estudio profundo, serio, razonado y hasta filosófico de la religión y de su historia, no sólo debe ocupar el lugar primero en el entendimiento de una mujer, sino llenarle enteramente. Este es el océano incorruptible que separó Dios del barro en los días de la creación, dejándolo, no obstante, á la tierra para refrigerarla. El mismo Dios colocó sus límites, y estos límites, confiados á la guarda vigilante de la Iglesia, resisten todos los choques y sostienen todas las debilidades. Las demás ciencias sólo son pequeños afluentes comparados con este mar inmenso, llegando aun á secarse y corromperse cuando no van á regenerarse en esas aguas tan vivas, á pesar de su aparente estancación.

No está vedado á una joven gozar en el mundo de los placeres lícitos admitidos en nuestras costumbres, pero con cierta moderación y guardando siempre las conveniencias sociales y religiosas.

(1) Mad. de Mercey: *La Mujer cristiana.*

Pues el mismo San Francisco de Sales dice :

«Si no podéis excusaros alguna vez de ir al baile, cuidad que el baile sea aceptable en todas sus circunstancias de buena intención, de dignidad y de modestia.»

Mas no se presente nunca en los centros de reunión donde se vea precisada á concurrir, tratando de deslumbrar á los demás con el lujo de sus trajes y riqueza de sus adornos, sino por el contrario, manifestando en el vestir la más graciosa y bien entendida elegancia, cual es la sencillez y el buen gusto.

La finura y la más exquisita amabilidad deben resaltar en sus conversaciones, y la energía y el valor en los casos necesarios en que sea preciso demostrarse digna.

Por otra parte, la joven ha de tener un especial cuidado en la elección de sus amigos, evitando desde luego el trato de aquellos que por su carácter, condición ó costumbres, puedan perjudicarla. La amistad es un afecto tiernísimo que ofrece dulces consuelos, pero es tan rara en la vida, que difícilmente se encuentra pura y verdadera.

No dé jamás oidos á la lisonja ni á conversaciones vituperables ó indignas, porque dice un sabio escritor que «una palabra deshonesta hace en un corazón sencillo lo que una gota de aceite sobre el papel», y además la adulación despierta en el ánimo de la persona elogiada la vanidad y el orgullo.

Es tanto más hermosa y digna de ser amada una joven rica, cuanto más brille en sus ojos y en sus acciones el candor y la modestia.

Siga siempre el camino que señala nuestra religión, que ilumina la antorcha de la fe, y que expedito se encuentra para los corazones puros.

Y cuando haya llevado á cabo el acto más importante de la mujer, cuando el sacramento del matrimonio llene las dulces aspiraciones de su alma, imponiéndole nuevos deberes que cumplir, muéstrese digna esposa, tierna y obediente; consuele y ayude á su marido á sobrellevar las grandes dificultades de la vida, y sea una madre buena y cariñosa, que enseñe con su piadoso ejemplo á sus amados hijos la senda de la virtud.

La caridad con los desgraciados y el cumplimiento de sus obligaciones con la Iglesia y en el seno de la familia serán los goces más hermosos de su vida.

Así es la mujer cristiana de que nos hablan los libros santos.

Mas digamos también, como el libro de los Proberbios : «¿Quién encontrará una mujer fuerte, tal como la acabo de presentar? Es más preciosa que las perlas que se traen de las extremidades del mundo.»

LA JOVEN POBRE.

Dice el *Año Cristiano* en una de sus meditaciones «que el mundo en la realidad no gusta de pobres ni de afligidos»; en su opinión, toda adversidad es un estorbo invencible para hacer fortuna; este es el concepto que forma el mundo de las adversidades. Pero

sujétese uno á las órdenes de la Divina Providencia; esté contento con el estado en que Dios le colocó; sufra con paciencia las incomodidades y necesidades que están anejas á él; reciba con resignación aquel contratiempo, aquella desgracia; su herencia será el cielo, porque ésta es la legítima de los afligidos y de las almas humildes.

La joven que vió la luz primera bajo el mísero techo de un obrero, que apenas nacida al mundo comenzó á experimentar los grandes inconvenientes de la vida, probando la escasez, los trabajos y los dolores, y que concibe la dicha de los que gozan comodidades y riquezas, es doblemente digna de aprecio á los ojos de Dios si se conserva pura y virtuosa entre los espinosos escollos por que atraviesa.

La que tiene unos padres honrados y cariñosos que se hallan en la dura necesidad de salir de su casa para buscar en el trabajo el sustento de sus hijos, debe, si tiene hermanos, cuidarlos con la misma solicitud con que pudiera hacerlo su tierna madre, cuidando á la vez de los quehaceres de la casa y de cuanto fuere menester, á fin de que sus pobres padres encuentren á su vuelta el descanso apetecido, el alivio de las fatigas del día y el consuelo de sus amarguras, con la satisfacción del que tiene la seguridad de hallar en el hogar doméstico la paz y la tranquilidad tan necesaria al espíritu.

Una buena madre no debe imponer á sus hijas pequeñas la obligación del trabajo, sin que antes no le haya hecho conocer á Dios, y procure por cuantos medios le sea posible educarla en la humildad y en los deberes de la religión, para lo cual existen esos centros de beneficencia sostenidos y dirigidos por celosas corporaciones y asociaciones piadosas, y que se llaman academias gratuitas.

Así educada, é impregnada en las obligaciones del cristiano, puede una joven pobre hacerse cargo más fácilmente de su situación en el mundo, de los deberes que contrae con la sociedad, y de la clemencia que ha de alcanzar de la misericordia divina si no se aparta un punto del camino que tiene señalado sobre la tierra.

¡Cuán peligrosa es la suerte de las pobres que no tienen una mano protectora que las guíe por la senda de la luz y que las separe del hondo precipicio que abre la ignorancia ante su paso!

Dice un sagrado libro que «de ninguna cosa se forman en el mundo ideas más desacertadas que de la virtud.» Represéntase como un país sembrado todo de espinas y de cambrones; todos los retratos que se hacen de ella aterran y retraen; parece que todos se complacen en pintarla llena de fealdad y de horror. A sólo el nombre, á sólo el pensamiento de vida cristiana y de devoción, se alborotan todas las pasiones y se ponen en arma los sentidos.

Destierra desde hoy todas esas preocupaciones, tan injuriosas al Dios á quien servimos, tan contrarias á la religión que profesamos y tan opuestas al Evangelio que creemos. Cuando se te ofrezcan á la imaginación esos quiméricos fantasmones; cuando tu amor propio abultare esas imaginarias dificultades, oye la voz de Jesucristo que dice: *Mi yugo es suave y mi carga ligera*, y pregúntate á tí misma: «mi amor propio me dice que este yugo es pesado y amargo: ¿cuál de los dos se engañará? Todos los santos, todos los que le han llevado nos aseguran que es muy dulce. ¿Se habrán conjurado todos los santos para engañarnos á los demás? Luego la única que se engaña es mi imaginación, es mi amor propio.»

El trabajo es el patrimonio de los pobres; no envidie jamás el que haya nacido en esta esfera las riquezas y las comodidades de los otros, ni aspire á poseerlas por medios reprobados y contrarios á nuestras leyes. Viva conforme en un todo con su suerte y espere en

Dios, que premia con largueza las virtudes y la resignación de los que sufren con paciencia las grandes adversidades de la vida.

La joven que ha disfrutado de una holgada posición y que de repente ve desaparecer su fortuna; que mira la más desastrosa de las ruinas llevando al seno de su familia la desolación y la miseria, y que ve con amargura infinita el profundo abatimiento de sus ancianos padres; ésa, la más pobre de todas y más digna de compasión, ¡de cuánta fuerza de voluntad no habrá menester en tan terrible golpe para sobrellevarlo y para dedicar al trabajo sus manos no acostumbradas y su cuerpo delicado! Pero ¡cuánto mayor no será también su mérito á los ojos del Señor, si resiste á su desgracia con entereza de espíritu, y si como otra mujer fuerte ciñe de valor su pecho y fortifica su brazo, prestando su ayuda y sus consuelos á aquellos seres queridos, sin avergonzarse de su pobreza!

Ser pobre no es un pecado, ni menos una ignominia que cause vergüenza ni sonrojo; por el contrario, la pobreza tiene un principio sublime y un fin supremo. ¿Quién fué más pobre que Nuestro Señor Jesucristo, cuya cuna fué un establo, y cuyo abrigo primero la paja que le envolvía? ¡Y Él era el Hijo de Dios, y su poder era infinito, y su grandeza no tuvo igual entre los hombres!

La Virgen Purísima y su Santo Esposo, ¿no fueron humildes trabajadores que se afanaron por su Hijo, y que sufrieron penosas dificultades y dolorosas fatigas con la calma evangélica de los fuertes de corazón, con la fe poderosa en sus almas y con la sonrisa de la resignación en sus labios?

¿Pues qué más santo ejemplo para los seres de la tierra, ni más portentosa lección para los que llenos de vanidad con sus riquezas y creyéndose superiores, juzgan una humillación el igualarse con los pobres, y luego no revisten su espíritu con paciencia en los grandes infortunios de la vida?

«Los trabajos que nos vienen de la mano del Señor —dice el incomparable libro de Judit— no son castigos de un severo juez que nos intenta perder, sino avisos de un amoroso padre que nos pretende corregir. No hay medio más eficaz que las desgracias para obligar al pecador á convertirse y á reformar sus costumbres; no le hay más propio para que juzgue á poca costa los pecados de la vida pasada, ni para que satisfaga las deudas que ha contraído á beneficio de la Justicia. Si eres justo, los trabajos son un fuego que purifica y consume la escoria del corazón.»

Siga, pues, la joven pobre el estrecho camino de su vida sin apartarse de la senda de la virtud, que al fin tiene la gloria; no desmaye un instante en las grandes tribulaciones de su existencia; preste con sus trabajos el consuelo de su familia, y busque siempre la calma y la fortaleza en nuestra santa religión, sin que por esto deje de disfrutar de la dulce alegría y de los goces inocentes que se encuentren á su alcance; y cuando cambie su estado por el de casada, sea para su marido la compañera de sus amarguras, el paño de sus lágrimas y el bálsamo de sus dolores.

¡Cuán felices son los hijos pobres que tienen una madre amante y virtuosa que los dirija por el sendero del cristiano y que les enseñe la necesidad del trabajo y las grandezas que Dios tiene destinadas en el cielo á los pobres de la tierra que siguen sus doctrinas y que le aman de corazón!

¡Cuán sublime es aquí en el suelo la misión de esos apóstoles de Jesucristo!

Recordemos, si no, la historia de San Juan de la Cruz, la pobreza en que viviera y el afán con que su buena madre le inspiró el amor á las virtudes, por medio de las cuales

llegó el glorioso santo á conseguir sobre la tierra la veneración de todo el mundo, y después, allá en el cielo, la dulce ventura reservada á los elegidos del Señor.

¡Dichoso el que logra la perfección del alma por medio de las virtudes!

¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!

EL MATRIMONIO.

Dos corazones que de amor prendidos
Conciben con delicia halagadora
Un mismo afán que el pensamiento dora
Y á cuyo fin caminan decididos;
Galas con que se visten conmovidos;
Luego un altar, la imagen protectora;
Un sacerdote que bendice y ora,
Y un solo hogar donde vivir unidos.
Venturas que al gozarlas multiplican
La nobleza y valor del fuerte brazo,
Y la fe y la virtud solidifican.
Hijos con que se estrecha el tierno lazo;
Y el hombre y la mujer que santifican
La ley del Evangelio en dulce abrazo.

PENSAMIENTOS.

VI.

El amor de los sentidos es legítimo cuando está sometido y regido por las leyes divinas y humanas.—Bactam.

—Es inocente el amor cuando la virtud lo ilumina.—Lamartine.

—El amor es no sé qué, viene yo no sé cómo, y concluye no sabemos dónde.—Mme. Sendey.

—La mujer es el paraíso del hombre cuando los oloríficos perfumes de la pureza brotan de su corazón.—GIL VILASAN.

—El mayor castigo para un marido infiel es el estar unido á una esposa á la que nada pueda echar en cara, y que sea tan prudente como virtuosa.—MARÍA JOSEFA MASANÉS.

—Si quieres que tu mujer te respete y te ame, ámala y respétala tú primero.—JUAN SERET.

—La mujer ejerce gran influencia en la sociedad; cuanto más eduquéis á la mujer, más culto será el hombre.—CONCEPCIÓN JIMENO DE FLAQUER.

—El amor es como el diamante; se estima según su pureza.—FEDERICO NIN Y TUDÓ.

—El amor es el sol del alma. ¡Ay de las almas que se mueren de frío!—AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Es el amor un misterioso anhelo,
Puro, ideal, fantástica ilusión,
Incienso que se eleva al mismo cielo
Desde el altar de un puro corazón.
Es el amor la vida de dos vidas
Sin penas, sin engaños ni altivez,
Es dos almas que vuelan siempre unidas,
Dos sueños realizados á la vez.

JULIA DE ASENSI.





Reflexiones sobre los celos.

No hay pasión más violenta ni que produzca mayores estragos en la organización humana que la de los celos.

Irrita la sangre, confunde las ideas, calienta el cerebro, abrasa el corazón como la peor de las fiebres.

Es la más temible y feroz de las pasiones, puesto que impulsa á cometer los más grandes excesos, da lugar á crueles sufrimientos, y conduce muchas veces á la locura y al crimen.

(1) «Los celos fueron durante largo tiempo los que antaño ensangrentaron el promontorio de Léucade; los celos hicieron asesinar á Perseo, á Pirro y á Hermiona, á Orosman y á Zaida; los celos inspiraron á Medea el horrible parricidio de sus hijos; los celos prepararon el horrible banquete de Gabriela de Vergy; los celos pusieron el veneno y el puñal en manos de un sinnúmero de personajes históricos; y en nuestros días, los crímenes atroces que los celos hacen cometer son tanto más numerosos en los países cálidos, en cuanto esta pasión obra sobre temperamentos más ardientes.

No hay duda; los celos son un instinto de nuestra organización afectiva, puesto que lo encontramos tambien en los irracionales, y á este instinto vémosle crecer y decrecer, según los climas y las costumbres, de tal suerte que hasta podrían medirse los grados de latitud de la tierra por los grados de celo de los diferentes pueblos; esta pasión es más

---

(1) A. Peratoner: *Filosofía del matrimonio.*

fuerte en África y en Asia que en Europa; en España y en Italia que en Francia; más en Francia que en Alemania, y parece reducirse á poca cosa bajo los helados cielos de las regiones polares.

Los celos no ofrecen los mismos caracteres en los dos sexos.

El hombre es más material en su amor, cuyo objeto es siempre el placer sensual.

El amor de la mujer es mucho más delicado.

La mujer cifra siempre su orgullo en ver á las demás mujeres tributar su admiración á las bellas cualidades de su marido.

El hombre, por el contrario, más egoísta, exige una posesión exclusiva, y se encoleriza si otros hombres muestran demasiadas atenciones por su mujer. Sus celos, más groseros, más vulgares, le llevan á creer más fácilmente á su mujer culpable de una infidelidad conyugal.

La mujer teme más la pérdida del corazón de su marido que sus infidelidades pasajeras; pero cuando su amor vivaz no recibe en pago más que frialdad y desdenes, entonces se abandona á los transportes de unos celos desenfrenados.

Un proverbio dice: «Si el hombre celoso es un tigre furioso, la mujer celosa es una tigre rabiosa.»

Los celos, cuando se posesionan de un individuo, producen físicamente el efecto de un veneno activo; es como virus ponzoñoso que se inocula en las venas, haciendo palidecer, hundir los ojos, contraer los labios y agriar el carácter hasta el extremo de hacerse insoportable á los demás, y áun á sí mismo.

El ser torturado por el martirio de los celos padece moralmente con doloroso sufrimiento, pierde la tranquilidad y el reposo, siente latir con violencia el corazón, oprimida la garganta y abrasada la cabeza con fuego devorador.

El celoso espía constantemente hasta los menores movimientos de su mujer, y juzga encontrar pruebas de su delito aun en los más insignificantes detalles y en las más sencillas acciones. Increpa á la infeliz con las palabras más duras y soeces, la amenaza, y abusa de su superioridad ejerciendo actos brutales y del mayor barbarismo, que casi siempre dan lugar á la separación y al aborrecimiento.

El mal trato del marido tiene por consecuencia que si la mujer es verdaderamente culpable, le odiará y se ocultará más, usando de dobles ardides para engañarle mejor. Si por el contrario, es inocente, sentirá indignación y horror hacia su marido, y acaso, la que no lo hubiera pensado jamás, concibe el deseo de hallar un pecho amante en quien depositar sus penas y su ternura.

Los celos del marido han sido causa en muchas ocasiones de la perdición de la mujer.

Los celos matan la confianza y el cariño, dando lugar al engaño y al disimulo.

El atacado de esa enfermedad llega á ser objeto de irrisión y de burla por parte de su mujer, y víctima del más triste ridículo en la sociedad.

Dice el autor del libro *Je cherche le bonheur:*

«Pasa con los celos lo mismo que con los fantasmas que nuestra imaginación nos muestra cuando nos hallamos entre tinieblas y el miedo nos acosa. Si caminamos en derechura al objeto, disípase la fantasma y quedamos atónitos al encontrar en su lugar una piedra, un árbol, un mueble, etc. Sin embargo, sin esta comprobación hubiéramos creído ver un espectro, y la aparición habría quedado grabada en nuestro espíritu. Mas conocido ya el objeto, nuestros temores se desvanecen y nos reímos de ellos. ¡Infelices celosos!

Obrad de igual guisa. ¿Tenéis sospechas? Declaradlas, explicaos sin arrebato. Caminad directamente al objeto; á menudo os burlaréis de vuestra simpleza, y la reconciliación recaerá en mayor provecho del amor.

»Si vuestras dudas tuviesen algún fundamento, podréis, por cuerdos consejos, exponiendo las funestas consecuencias de una primera falta, volver á la esposa al sendero del deber, previniendo así el temido accidente. Mas si usáis una conducta contraria, si os ocultáis para espiar, los objetos se agrandarán insensiblemente en vuestra imaginación, y pronto, como en medio de las tinieblas, no veréis en todas partes más que monstruos, y cuantos más esfuerzos para desengañaros se hagan, tanto más creeréis que os engañan.»

Para evitar estos males se necesita raciocinar con calma y tener serenidad y una grande fortaleza de espíritu.

Entra por mucho en esta parte la buena educación, basada en principios morales y religiosos.

El que no se deja cegar por los celos, demuestra hallarse dotado de muy superiores cualidades y del mayor talento.

La mujer no abusa nunca del marido que confía noblemente en ella y que la trata con dulzura y con cariño.

La franqueza es el mejor medio para llegar á un término claro en situaciones dudosas.

La confianza y la fe son necesarias por parte de uno y otro para sostener el amor del matrimonio y la santa paz de la familia. Mas cuando faltan la confianza y la fe, y no hay bastante ánimo para afrontar el peligro; cuando no hay suficiente fuerza de voluntad para combatirlo, y se siente el hombre acometido por la delirante rabia de los celos, entonces un solo recurso le queda: acudir á la religión y buscar en sus sanos consejos el bálsamo de la calma.

La religión es el puerto sagrado donde descansa el viajero, el faro que le guía por las asperezas de la vida, el antídoto de todos los males y el manantial inagotable de los más sublimes consuelos.

—¿Qué son celos?..... Los recelos,
De una opinión mal fundada;
Si son algo, no son celos,
Si son celos, no son nada.

FERNÁN CABALLERO.

PENSAMIENTOS.

VII.

—Cuando un hombre y una mujer de talento se estrechan en el doble vínculo de la virtud y del amor, el amor y la virtud forman la barca en que apaciblemente bogan por el mar de la vida; un ángel les sirve de piloto; su rumbo es la inmortalidad; su puerto el cielo.—CATALINA.

—El esposo y la esposa entre los cristianos viven y mueren y renacen juntamente; crían á la par los frutos queridos de su unión, y á la par se reducen al primitivo polvo, y unidos vuelven á hallarse por fin, más allá de los límites del sepulcro.—CHATEAUBRIAND.

—Hablar mal de las mujeres, del amor y del matrimonio, es no creer en el pasado, ni en el presente, ni en el porvenir.

—El amor, simple necesidad para los seres inferiores, es para los superiores la más inmensa y atractiva creación moral.

—No hay alianza ni sociedad más bella, más dulce y más feliz, que un buen matrimonio.

—Quien siente, cree; quien cree, espera; quien espera, tiene fe; y quien tiene fe, ama.

—Amamos lo bello porque es bello, y lo feo sin saber por qué.

CELOS.

Fiero Luzbel en su impotente lucha,
Rendido y humillado,
Desplegó su maldad sobre los hombres
Con vengativa y rencorosa mano.

Tras la envidia falaz, tras la calumnia
Y el engañoso halago,
Nueva pasión secreta, dolorosa,
Hizo probar al corazón humano.

Sentimiento traidor, que de improviso
Produce cruel estrago,
Que cercena el amor, que lo aniquila,
Que hiere el pecho con punzante daño,

Y que mata el placer, y en flor agosta
Los juveniles años,
Y destruye la fe y al alma impía
Hace dudar de Dios, supremo y santo.

No des vida al fantasma de los celos,
Ni ciego visionario
Te dejes seducir, que precipitas
Tu espíritu en las ondas del pecado.

Huye de esa pasión ruda y artera;
Obra juicioso y cauto;
Que es más valiente quien sereno esquiva
La hambrienta furia del dragón taimado.





Consideraciones sobre el amor.

Santa Teresa ha dicho con profundo sentimiento filosófico, que todo lo creado es obra del amor. Considerado éste en toda su extensión, bajo sus infinitos y variados aspectos, sean religiosos ó metafísicos, sean fisiológicos ó humanitarios, el amor es el impulso más universal, íntimo, misterioso é infinito, que anima á los seres, que fecunda y vivifica todos los gérmenes de la creación, que precede á la reproducción de las especies, que ampara á las sociedades y que nos eleva á Dios, autor y manantial de tan sublime sentimiento.

Todos los fenómenos de la vida orgánica, todas las manifestaciones de la existencia moral, todos los hechos nobles y levantados, todos los actos de abnegación, desinterés y sacrificio, demuestran la virtud y la influencia de ese misterioso impulso. El amor es el que relaciona y hace humanos á los hombres unos con otros y á las sociedades entre sí; es el que identifica al hombre con la mujer, formando la unidad más armoniosa y bella, creadora de la familia y de las tiernas afecciones de padre, madre, hijos, hermanos y parientes. El amor es la expresión más permanente de nuestro pecho; lo siente el recien nacido en el regazo de su madre que le sonríe cariñosa; lo sigue sintiendo el párvulo con infinitas manifestaciones; se desenvuelve en la pubertad por sentimientos vagos é indefinidos..... El amor, según la ley del deber, es toda la vida moral del hombre. Por eso

dice San Agustín: Amad según el deber, y haced luego lo que queráis. Pascal observa que todos nuestros raciocinios tienden á ceder al sentimiento.

El amor es la base de todas las religiones, de todas las virtudes, de todas las sociedades. Así es como se comprenden aquellas sublimes palabras del Evangelio: *Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á ti mismo. Todos los hombres son hermanos.*

El amor inspirado por la virtud, dice Mme. de Stäel, ennoblece el alma, desarrolla el espíritu, perfecciona el carácter, garantiza de los extravíos y de los excesos que podrían comprometer y alterar la fuerza y la salud, y ejerce su poder como una influencia benéfica y no como un fuego destructor.

Si el amor pudiera ser definido, diríamos que es un sentimiento simpático que nos conduce á la contemplación del sumo bien, á la idea de la belleza, á la consideración de lo más perfecto, á objetos que nuestra inteligencia percibe, sean divinos, ideales ó humanos.

El corazón del hombre es como receptáculo de todas las emociones y sentimientos, donde hierven infinidad de pasiones de diversa índole, buenas y malas, donde la lucha entre unas y otras es continua, y de aquí la necesidad de los auxilios que á cada paso reclamamos, acudiendo á Dios, á la razón, á la experiencia, al consejo, para hacer prevalecer las pasiones más legítimas, nobles y levantadas, contra las menos dignas y las menos honradas y decentes. El amor por este principio es una serie de gradaciones que nos eleva á las concepciones más sublimes y grandiosas, ó nos rebaja hasta lo más abyecto y vergonzoso.

El joven educado en buenos principios, una vez dueño de su destino, apartado de la vida licenciosa, sueña con la compañera leal y amorosa que ha de compartir con él las dulzuras de la vida íntima, las cargas y obligaciones de la vida social, y busca anhelante el objeto de sus deseos. El matrimonio le ofrece la más sólida garantía de orden y estabilidad; ve en él, no una convención transitoria, no la toma de posesión de una mujer, no el permiso para aumentar la población, sino el complemento de su personalidad, la asociación perpetua y honrada, una mitad de su propio ser, el fundamento de una nueva familia; dichosa trinidad de padre, madre é hijo, tres personas distintas y un solo amor verdadero. En esta triple relación de afectos se forma un todo tan compacto y homogéneo, que sólo la perversión humana, el vicio ó el desenfreno, ha podido inventar argumentos para destruir ó debilitar esos sentimientos y goces, los más íntimos y verdaderos del hombre de familia, que la religión bendice, que la ley declara lícitos y honrados, y que son no obstante escarnecidos y vilipendiados por algunos, y para muchos objeto de chanzas groseras y de no pocas agresiones, ya serias ó festivas, contra la venerable y sublime institución del matrimonio y el augusto ministerio de los cónyuges.

En esta parte nada puede haber de sagrado para el hombre corrompido que sólo conoce la pasión amorosa por los impulsos ciegos del instinto. Esta clase de hombres jamás podrán sembrar la ventura en su familia, ni disfrutar los celestiales goces suaves y tranquilos del hogar, porque desconocen los más puros y delicados sentimientos, y acaso el cálculo ó mezquinos pensamientos les hayan hecho contraer un vínculo por todos conceptos desgraciado.

Aun entre las fieras parece que dominan entre sus relaciones amorosas mejores sentimientos. Ignoran esos interesados y vergonzosos contratos y capitulaciones matrimoniales, en los que se prescinde de la persona por poseer vanos títulos, caudal ó posición. Si pudiera verse lo que pasa en la caverna que habita el león de los desiertos, le encontra-

ríamos siempre afectuoso y tierno con su hembra; el tigre mismo responde á esta poderosa simpatía, y la paz de su familia es perpetua. Sólo el hombre, por miras bastardas, renunciando á los sencillos deleites del hogar, orgulloso y desalentado, es el ser que hace de su casa un infierno, el que con sus intemperancias y pasiones desenfrenadas lleva la desolación al ser querido á quien debía ayudar y proteger, y lejos de eso se hace objeto de temor para sus inocentes hijos.

Pero entre los que bien se quieren, cuando desaparecen las primeras ilusiones, cuando á la fantasía sigue el realismo de la vida, se aumenta y robustece la confianza que engendra el trato íntimo y constante. No es posible formarse idea de cómo por efecto del tiempo se arraiga el lazo que une á los esposos que viven bajo el mismo techo, que respiran el mismo ambiente, que reciben las mismas impresiones y que conservan mutuos recuerdos. Esto hace considerar lo penosa que ha de ser una separación aun para los cónyuges que pasan la vida atormentándose. Romper de este modo una tradición y costumbre de algunos años, no se puede sin experimentar á cada instante dolorosos recuerdos y amargos remordimientos.

La ley, en vez de facilitar recursos á los mal avenidos en matrimonio por causas que no fueran sustanciales, debería señalar con el oprobio al hombre que tratase de sustraerse á las contingencias penosas y desagradables que á veces sobrevienen en la vida del matrimonio, las cuales es preciso arrostrar con entereza de ánimo, con toda la conciencia del deber, ó sufrirlas, antes que apelar al infame medio de una escandalosa demanda de divorcio, que la Iglesia tan sabiamente condena.

No, los lazos que Dios ha atado, el hombre no deberá desatarlos, dice Jesucristo; y esto nos enseña que aunque aparentemente la justicia humana se revista de autoridad para dictar sentencia acerca de este punto, la ley de Dios se cumple en la conciencia de los desgraciados que promueven por egoísmo ó falta de virtudes la anulación de sus más solemnes juramentos, que una vez hechos ante Dios, no pueden ser jamás revocados.

Afortunadamente en nuestra sociedad se registran pocos casos de esta naturaleza, y es también porque se tiene y se siente un espíritu de dignidad y de convencimiento de que el matrimonio no es invención de los hombres, sino ministerio instituído por Nuestro Señor.

EL AMOR.

Desnudo y niño lo pintan,
Blondo el pelo, nívea frente,
Vendado y con alas de oro
Que despliega y suaves mueve.

Sobre la nacárea espalda
Pesado carcax sostiene,
Con flechas finas y agudas
Que de continuo humedece,

Unas en la miel dorada
De bendecidos placeres,
Otras en letal veneno
De falsías y desdenes.

Camina el gentil muchacho
Con paso menudo y leve,
Y ansioso de darse al juego
Que le halaga y le entretiene.

Busca al viajero tranquilo,
Y al que más indiferente
Junto á su lado atraviesa,
Con dulce voz que conmueve,

Párale, dispone el arco,
El arma atrevido tiende,
Apunta al pecho, dispara,
Y en el corazón le hiere.

Queda el mortal dolorido,
Y en el sopor de la fiebre
Cual mariposa se abrasa
Con el fuego que lo envuelve.

Mientras amor, como niño,
Húyese audaz, y riente
Buscando nueva jugada,
El dardo traidor previene.





Al hombre.

Siempre que escribimos sobre cualquier tema interesante, ya sea doctrinal ó profano, generalmente lo hacemos dirigiéndonos á la mujer, parte más flaca de la humanidad, á la que no permitimos el menor exceso, cuya conducta juzgamos con rigor y á veces sin piedad, y á quien consideramos tan débil é ignorante, que ella sola haya menester instrucciones, advertencias y consejos.

Apartándonos hoy de esta regla vulgar que constituye, más que una costumbre, una ley ya vieja de tan usada, vamos á dedicar estas líneas al hombre, el cual, por lo mismo que tiene tantos ó más graves defectos, y comete aún mayores culpas que aquélla, debe oir sin despecho y sin indiferencia el lenguaje de la justicia y la razón sobre todo lo relativo al cumplimiento de sus deberes con la mujer.

Conocidos son ya los privilegios otorgados al hombre por nuestro sabio Creador, y no hemos de remontarnos á los principios del mundo para fundar las bases de nuestro aserto. Dios hizo al hombre y le dió una compañera, poniendo en él la fuerza y la actividad, y en ella la ternura y el consuelo. Los derechos y la supremacía del hombre sobre la mujer son innegables; pero este derecho y esta supremacía no quiere decir que se erija en su tirano haciéndola esclava de sus deseos, sino que sea su protector y su sostén, para que á su vez ella dulcifique su vida con amorosos desvelos y sea la tierna guarda de sus hijos.

El hombre, pues, tiene muy sagrados deberes que llenar en el mundo, especialmente para con la mujer elegida de su corazón, la cual le ha sido confiada por unos padres amantes y cuidadosos del honor de su hija, no para que la esclavice ó le sirva sólo como de instrumento útil en su casa y necesario á su placer, sino para que siendo su compa-

ñera, la que comparta con él las penas y los goces, sea al mismo tiempo su protegida y su confidente. La mujer ama, padece, y desea un apoyo constante; así, cuando la falta la tierna solicitud de una madre amorosa que la asiste y la mima, reclama un marido cariñoso que la cuide y trabaje por ella, evitándola disgustos y haciendo del hogar el centro de todas sus venturas y el único fin de sus afanes y aspiraciones.

El hombre, para ser feliz, no ha de buscar mujer que le supere en fortuna, porque es casi seguro que no adoptará ella sus ideas y sus hábitos, sino que le impondrá los suyos, y trocando los papeles, comenzarán las discordias, siendo de este modo la vida de ambos un tejido de amarguras y sinsabores. Las dificultades son inmensas cuando media una gran distancia de clase y de educación. Cierto es, como ha dicho un escritor, que cuanto más pobre en bienes de fortuna, es la mujer más rica de buena voluntad; mas á pesar de esto, suele suceder también que el hombre de elevada posición social, unido por amor á una rústica, no tarda en tocar los obstáculos, por más que ella se esfuerce en agradarle, y se desespera al fin al comprender lo difícil que es ponerse en un todo de acuerdo los dos.

Los casamientos iguales, ó sea á la misma altura de clases, son por lo general los más venturosos.

Hay, sin embargo, que sentar como principio la conveniencia de que el hombre sea superior en años é inteligencia, puesto que sobre él han de pesar los rudos deberes del trabajo y la protección de la familia. Todos los hombres, con arreglo á sus necesidades, aficiones y circunstancias, deben emplearse en alguna ocupación útil y provechosa, no sólo con el objeto de atender á sus obligaciones, sino también para dar sano ejemplo á los seres que están bajo su custodia y hacerse digno de su respeto y su amor, cobrando de este modo gran ascendiente sobre la mujer, que ama al hombre activo, laborioso y fuerte.

Antes de unirse con los indisolubles vínculos del matrimonio, debe conocer bien el hombre toda la gravedad y la importancia del sagrado compromiso que contrae; mas una vez decidido á entrar en esa nueva fase de su existencia, siguiendo los amorosos impulsos de su corazón, no olvidará nunca que á él corresponden las más serias atenciones y que sobre él recae una muy grande responsabilidad.

Verificada la boda, é instalado ya con su joven esposa en la casa que de antemano dispuso para recibirla, habrá de darle á entender que es la dueña de ella, entregándole las llaves de todo, medio el más seguro de hacerla económica y cuidadosa de los intereses de su marido, quien depositando en ella por entero su amor y su confianza, encontrará fácilmente la recompensa, pues la mujer, sensible y agradecida por naturaleza, rendirá su corazón á la voluntad de aquél, dándole las mayores muestras de cariño, sumisión y prudencia. Sin embargo de esto, conviene que se reserve el marido la dirección superior de las cosas, el presupuesto general, porque las mujeres, dice Michelet, no gustan de los hombres que abdican demasiado, y por una graciosa contradicción quieren ser amas, pero que el hombre sea el amo, esto es, que tenga firmeza y dignidad; y tan es así, que experimentan con frecuencia un placer en consultarle hasta en cosas de mujeres y en querer que mande y resuelva.

El marido que, ocupado en sus negocios durante el día, pasa las horas alejado de su mujer, deberá al terminar aquellos volver á su lado y dedicarle el tiempo que le dejen libre sus tareas; pues ¿cómo invertirlo mejor, ni dónde, sino en los brazos de ella, encontrará el consuelo y el descanso apetecido? Si le fuese posible trabajar en su misma casa,

junto á su esposa que hace labor, ó mientras ésta va y viene entretenida en los quehaceres domésticos, no desperdiciará la ocasión de hacerlo así, porque entonces la obra ejecutada en el recinto de su tranquilidad y ventura adquirirá el sello de la inspiración y de la gracia que imprime sin duda el suave aliento y el particular encanto de la mujer querida.

Si ésta no estuviese suficientemente ilustrada, edúquela el marido y cultive su inteligencia, seguro de que ella se prestará de buen grado á recibir las lecciones de él, á quien juzga el más sabio de los hombres, cuyos elogios le servirán de estímulo, y cuyas reprensiones sentirá de tal modo, que pondrá todo su empeño en corregirse y merecer la indulgencia del maestro, el cual, terminando la lección con una caricia, acabará por confesarse que tiene una discípula deliciosa y que su empresa de civilizarla es harto suave y peregrina. Instruída de tal modo la mujer por la sabia experiencia del marido, que la enseñará á conocer el mundo para preservarla de los peligros que no pudo saber en su estado de soltera, sentirá ella en su corazón crecer la llama del vivo afecto que alimenta por aquel que no es solamente ya su amoroso compañero, sino su guía y su defensor contra los males de la tierra. El cariño, la voluntad y la confianza de la mujer serán por entero del marido; mas éste no deberá obligarla nunca á lo que sus fuerzas no alcancen, ni abusará de su docilidad y su amor, ni menos habrá de exigirla cosa que no sea digna y oportuna, teniendo en cuenta que la temperancia y el buen régimen en todo son los mejores preservativos para el cuerpo y para el alma.

Las condiciones higiénicas de la casa, y la alimentación de la mujer casada, cuestiones son también muy importantes que el hombre no ha de mirar con indiferencia, pues tanto la una como la otra interesa que sea confortable y sólida en beneficio de la salud de aquélla, que debe estar prevenida y en el mejor estado de robustez para cuando llegue el momento supremo de la maternidad. En los meses que preceden á la realización de este acto, el más serio en la vida de la mujer, necesita ésta, y desea más que nunca, que el marido la compadezca y la cuide con pródiga solicitud, pues en tales circunstancias ella se abandona obediente y cariñosa, convirtiéndose en niña sin fuerza ni voluntad, que se somete sin resistencia, porque encuentra un placer en los cuidados de su esposo. Después de los temibles y dolorosos instantes del alumbramiento, en que se expone á la muerte, la mujer continúa en un estado crítico y peligroso durante cierto período de tiempo, y nadie mejor que el marido sabrá atenderla entonces con más ternura y acierto, debiendo no olvidar que la enferma sólo tiene fe y confianza en la asistencia de él y que siente una extremada necesidad de verle constantemente á su lado. La esposa convertida en madre está doblemente más bella é interesante á los ojos de su cónyuge, para quien representa la verdad de un grato ensueño, la dulce realización del más hermoso de los ideales.

El hijo, fruto bendito de su amor, viene á ser la dignificación del matrimonio, el lazo que lo estrecha fuertemente haciéndolo inquebrantable, y poniendo al hombre y á la mujer en más íntima relación de cariño, á la vez que en la imperiosa obligación de labrar los cimientos del porvenir de aquel que es entre ellos motivo de nuevos y santos goces, y que forma la unión más armónica y perfecta, siendo esta agrupación de seres, hermosa trinidad de padre, madre é hijo, el más completo y bellísimo consorcio de la familia humana. Al llegar á este punto, el hombre no há menester de consejos; su amor paterno le enseña con sobrada elocuencia las reglas que debe observar en adelante con el hijo. Este nuevo y extraordinario afecto acrecentará el que antes sentía por su esposa, y sostendrá sus pasos por el mundo, apartándolo del cenagoso mar de las pasiones, donde tantos célibes naufragan.

Al investirse con el sagrado título de madre, la mujer contrae serias atenciones y penosos sufrimientos que aumentan las penalidades de su estado, de cuyas pensiones y dolencias hállase el hombre libre; razón bastante poderosa para que esté compadecido de aquélla, sea más amante y considerado y doblemente atento y puntual en el cumplimiento de sus deberes. El hombre juicioso y de rectas costumbres siente su corazón satisfecho en el regazo de la familia; su dulce compañera, la que ya es madre de su hijo, constituye para él su mayor encanto, su más bello tesoro; y en vano se esforzarán sus enemigos por presentarle con atractivos superiores los placeres del vicio y de la corrupción, porque éstos no le producirán sino repugnancia y hastío, y sólo conseguirán, por el contrario, que aprecie mejor el mérito de la virtud y la pureza que mira realzado con diáfanos colores en el tranquilo albergue donde anidan los ángeles benditos de su amor.

Si quieres ser feliz, si anhelas realizar esa dicha soñada tanto tiempo, que muchos se empeñan en considerarla una ficción ó imagen ilusoria, piensa, hombre, que esa ventura puedes alcanzarla sin gran dificultad, porque tú mismo tienes la clave de ese enigma, al parecer de tan difícil solución.

Sí, no te rías al escuchar estas palabras que brotan de una pluma inexperta y nueva todavía para enseñar. La felicidad está á la altura de tu mano; pero preciso es que tengas mucha paciencia y mucha fuerza de voluntad para apoderarte de ella: cómo puede verificarse el milagro, es lo que hemos intentado indicar en este artículo, aunque de una manera breve é incompleta.

Empieza, pues, por regular tus costumbres, siendo comedido y parco en tus aficiones y deseos. Con vida ordenada y metódica conservarás mejor la salud y la pureza del alma; y cuando tengas una esposa, la que hayas elegido por amor y por la excelencia de sus virtudes, desempeña con fidelidad, discrecion y ternura tu importante papel de marido; haz que ella sola reine en tu corazón, como tú reinarás en el suyo; identifícala con tus gustos y tus ideas; trátala y edúcala, si es necesario, con el mayor cariño, á fin de que sea una esposa amable y respetuosa y una madre tierna é instruída, nodriza y preceptora á la vez de vuestro hijo, que reflejará la gracia y la inteligencia de una y otro, y el que seguirá indubitablemente tu ejemplo. Trabaja por ellos, por esos seres que se apoyan en tu fuerte brazo y que todo lo esperan de tu actividad y perseverancia; y cuando fatigado y rendido á causa del trabajo ó de los negocios que te han abrumado durante el día, vuelvas por la noche á tu casa, tu esposa y tu hijo amado te recibirán con la ternura en el alma y la alegría en los labios; sus manifestaciones de amor devolverán la calma á tu espíritu, y el beso filial y el conyugal abrazo, enardeciendo tu pecho, te infundirán nuevo vigor y fortaleza de ánimo. Confía á esta buena esposa tus proyectos y ansiedades, tus ganancias y pérdidas, lo próspero y lo adverso, y no escuches desdeñoso sus advertencias y consejos que envolverán casi siempre una certera opinión, una idea feliz, un cálculo prudente ó aproximado, y tu confianza sin límite será de un valor inestimable para ella.

Obrando de este modo gozarás de la dicha anhelada, asegurando así tu felicidad y la de los seres que te rodean. El amor es la base del matrimonio; ama bien á tu esposa, y ella, sacerdotisa del hogar querido, mantendrá encendido el fuego sagrado de su lámpara. La familia es el ideal de la mujer; el afecto de su esposo y de sus hijos forma todo su encanto; amar y ser amada, éste es su bien: si le fuera dable escribir la historia tiernísima de su pecho, todo lo que piensa y siente, resultaría un poema de infinita dulzura, de los

más exquisitos sentimientos; pero concluiremos diciendo como el autor del libro titulado *El amor:* «el único libro donde quiere escribir la mujer con indelebles caracteres de fuego, es el corazón del hombre.»

PENSAMIENTOS.

VIII.

—El casamiento con una mujer buena es un puerto en la tempestad; pero un matrimonio desacertado es una tempestad en el puerto.—PETIT-SAINT.

—Los celos brotan ordinariamente en los hombres por falta de talento, y en las mujeres por exceso de penetración.—CATALINA.

—El tiempo, que debilita los afectos torpes, vigoriza y renueva los legítimos.—MME. DE STAEL.

—El corazón tiene razones que la razón no conoce.—BOSSUET.

—Educar un hombre es formar un individuo; educar á una mujer es formar las generaciones que están por venir.—CATALINA.

—El instinto de la mujer equivale á la perspicacia de los grandes hombres.—MOLIERE.

—Casarse es dar la mitad de su alma y tomar otra mitad; si ambas mitades se adaptan exactamente, he ahí el paraíso.—CATALINA.

FILÍPICA Á LOS HOMBRES

DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

¡Hombres necios que acusáis
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis!
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?

Queréis con presunción necia
Hallar á la que buscáis
Para pretendida..... Thais,
Y en la posesión Lucrecia.
¿Qué humor puede haber más raro
Que el que falto de consejo,
Él mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.

Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel
A una culpáis por crüel,
A otra por fácil culpáis.
Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor prentende,
Si la que es ingrata ofende
Y la que es fácil enfada?
....

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas
Las queréis hallar muy buenas.
....
Pues ¿para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
Ó hacedlas cual las buscáis.





La boda.

De todos los sucesos de la vida, lo mismo en los tiempos pasados que en los presentes, el más común á todos los países, costumbres y tradiciones, el que más anima y conmueve, al que por su naturaleza mejor se apropia el canto, el ruido y la danza, para el que se preparan galas, convites y fiestas, el que va acompañado de muchedumbre bulliciosa que brinda y felicita impresionada bajo una misma influencia, el que más grato recuerdo deja, es sin duda alguna la boda.

La Biblia nos pinta con animados colores la suntuosidad de las fiestas con que los judíos celebraban sus enlaces antes de la ruina del templo de Jerusalén. La novia, lujosamente ataviada, había de presidir el festín, teniendo á su inmediato servicio al *paranymphe*, ó sea al más amigo de su esposo, obediente á sus mandatos. Juegos diferentes ejecutados por jóvenes de ambos sexos hacían más ameno el espectáculo, proponiéndose á veces enigmas que el que los descifraba merecía de mano de la novia un bonito galardón. Las fiestas duraban siete días para las doncellas, y tres solamente para las viudas, celebrándose siempre en casa de los padres de la desposada.

Entre los asiáticos y los germanos, el pretendiente hacía su declaración en presencia de dos testigos, con sólo ofrecer á la joven escogida un anillo ó moneda de plata, diciéndole: «Si consientes en ser mi esposa, toma esta prenda.» En estas uniones había la costumbre, que no debió nunca haber desaparecido, de que la novia no recibía de su familia

más que el equipo, estableciéndose una igualdad provechosa de la mujer ante el matrimonio, que permitía ser elegida por sus condiciones y atractivos, y no por el innoble y miserable cálculo que hoy tanto predomina. Era opinión de aquellos tiempos, de que el hombre dotado de fuerza física, de talento y discurso para granjearse riquezas, era el llamado á llevarlas consigo á la familia: por esto decía Tácito hablando de los pueblos germanos: *dotem non uxor marito, sed uxori maritus offert.*

El contrato matrimonial entre los israelitas era por demás sencillo, reduciéndose á un formulario que consistía en el consentimiento de los contrayentes y las promesas del marido de alimentar, vestir, cuidar y vivir en amistad conyugal con su mujer, señalando el tanto de dote que la asignaba, á más de lo que por ley correspondía. Como pueblos patriarcales, los padres de los desposados hacían de sacerdotes, exhortándoles al fiel cumplimiento de sus promesas, y en medio de cánticos y alabanzas á Dios les echaban su bendición. Había la costumbre de preparar el tálamo nupcial en el mismo lecho y aposento de la madre de la novia durante el curso de las fiestas; al terminar éstas, generalmente de noche, era arrebatada la novia de casa de sus padres por los amigos, y con grandes luminarias, entonando himnos de júbilo, se dejaba conducir, ricamente engalanada, á su nueva casa, de donde el marido, con igual aparato, la salía al encuentro. Estas costumbres se conservan todavía entre los israelitas bajo los auspicios de los rabinos, que son sus magistrados y sacerdotes.

Es curiosa la ceremonia de enlace que ese pueblo conserva todavía en toda su pureza tradicional. Bajo un dosel se sienta la novia, cubierta con un tupido velo de grana, al lado de su amante. Éste la pone el anillo nupcial, diciéndola: «Este anillo te une á mí para siempre, según la ley de Moisés y de Israel». El rabino entonces echa vino en una copa nueva, lo prueba y lo hace gustar á los amantes, diciéndoles con levantada voz: «Bendito sea el autor de todas las cosas, que ha hecho la alegría del esposo y de la esposa, que hace revivir á Sión en sus hijos y que ha creado el júbilo, el amor, la fraternidad, la amistad y la paz.» Tras una breve pausa toma un puñado de trigo y lo arroja al aire, significando la abundancia, y un niño rompe la copa que contenía el vino, para que nadie beba en ella, y para demostrar la fragilidad de la dicha humana, ó recordar acaso la destrucción de Jerusalén.

Luciano, en su diálogo intitulado los *Laphitos*, nos hace asistir á un festín nupcial celebrado entre los griegos. La novia, cubierta con el velo, acompañada de una deliciosa colección de jóvenes, se sienta á un lado de la mesa, teniendo enfrente á los demás convidados. Manjares y viandas de todas clases, aderezadas con el mayor gusto y primor, se reparten con profusión entre los comensales. Á media comida se hace entrar en la estancia á un bufón, que con sus extravagantes gestos y movimientos divierte á la sociedad, se encara con ella, la apostrofa y promueve el bullicio. Después que la comida fué servida, dice Xenofon, en medio de las libaciones se dejó oir el canto de *Hymeneo* y otros báquicos bastante sazonados. Un siracusano, maestro de flauta, entra acompañado de un niño tocador admirable de lira. El concierto de éstos embelesa al auditorio, y Arcania la novia, se siente tan deleitada, que al llegar á su mayor transporte, acompañada de su esposo, se la conduce suavemente al lugar del descanso para colmo de su encanto.

De tiempos anteriores cuéntase que los asirios y otros pueblos reunían anualmente en la plaza pública á todas las doncellas casaderas, y las anunciaba á la venta un pregonero, empezando por las más hermosas. Los licitadores más acomodados pujaban naturalmente por aquellas que más lo merecían, y cuando concluía la oferta, del dinero recau-

dado, el mismo pregonero señalaba premio para subastar las más desgraciadas de físico. De este modo se conseguía casar á todas, dando dinero para adquirir las más bonitas, y recibiéndolo por llevarse las menos apreciadas.

En la Lacedemonia, Licurgo había decretado que el varón no pudiera casarse hasta cumplir los treinta años y las mujeres veinte, á fin de que la prole que luego diesen estos matrimonios fuera fuerte y vigorosa. En este pueblo era costumbre que el novio, el día señalado para la boda, había de ir de noche á robar á su amada, conduciéndola á su casa acompañados tan sólo de una mujer, que los latinos llamaban *pronuba*. Tan luego como la nueva esposa había entrado en casa del marido, aquella mujer le cortaba el cabello casi á la raíz, en presencia de los parientes del esposo, quitándola después el traje y el calzado de doncella para vestirla de hombre. Disfrazada así, era conducida á obscuras y con misterio al tálamo nupcial.

Los atenienses solían contraer matrimonio en el invierno, particularmente en el mes llamado *gamelion*, dedicado á las bodas, que correspondía al de Enero. Era precedido de sacrificios, en los cuales los arúspices consultaban la voluntad de los dioses. En la noche nupcial se ponía el esposo una especie de tocado de higos, dátiles y legumbres, presentándose así en casa de la familia de su prometida, y tras una fingida lucha, como resistiéndose aquélla á seguirle, se la llevaba con lucida comitiva, precediéndoles la madre con una tea encendida y seguidos de coros de jóvenes que entonaban himnos y cánticos alegóricos. Después de un gran festín, los desposados entraban solos en la cámara donde ardía la antorcha de Himeneo, siendo de mal agüero el que se apagase ó se la dejasen arrebatar. Durante el resto de la noche los coros detrás de la puerta seguían cantando el epitalamio.

Entre los romanos no se celebraba ningún matrimonio sin haber consultado antes los auspicios y horóscopos y sin que se hubieran hecho sacrificios al cielo y á la tierra, considerados entonces como los primeros esposos. También se hacían ofrendas á varias divinidades: á Minerva como diosa de la virginidad; á Juno en el sentido de numen tutelar; y á otros dioses para que fueran propicios. En todos estos sacrificios se quitaba la hiel de las víctimas, para indicar que no debía haber entre los esposos amarguras ni sinsabores. En el día señalado, al adornar á la esposa, se cuidaba de separarla los cabellos con la punta de una lanza, para darle á entender que estaría *sub asta*, es decir, bajo la autoridad del marido. La dividían el cabello en seis trenzas, adornándola con una corona de verbena, y le ponían un ceñidor de lana atado con un nudo, llamado *nudus hercúleus*, que el marido era el llamado á deshacer invocando á Juno. Á más de esto se vestía á la novia con un vistoso traje flotante, y sobre la corona de verbena se le prendía un gran velo blanco ó rojo, llamado *flamenium*, guarnecido á veces de diamantes, según dice Ovidio.

El novio había de ir á buscarla á casa de los padres y arrancarla como por fuerza de brazos de la madre, para no demostrar aquélla que deseaba cambiar de estado; al salir del hogar paterno, la esposa era conducida de la mano por dos jóvenes vestidos con la ropa pretesta, llevando un tercero delante la antorcha de Himeneo, que era de espino y mirada con respeto religioso. Detrás, una mujer había de llevar una rueca y un huso guarnecidos de lana, y otras mujeres cestas y canastillos con joyas, perfumes y algunos juguetes para los niños que hubieran de nacer. Llegada la comitiva á la casa del marido, debía recibirla éste preguntando: «¿Quién es ella?» A lo que respondía la novia: «*Ubi tu Caius, ibi ego Caia*»; que significaba: donde tú seas el amo, yo seré la señora; aludiendo á los célebres esposos Caia, que vivieron felices muchos años. Ya dentro de la casa, se

entregaban solemnemente á la nueva dueña las llaves de toda la casa, para darle posesión de ella y de los bienes que encerraba; y se la sentaba después sobre el vellocino de una oveja inmolada, lo cual significaba la obligación que contraía de trabajar lo necesario para el abrigo de la familia. Habían de tocar los esposos el agua y el fuego, elementos entonces considerados como origen de todas las cosas y emblema de la hacienda que en común debían guardar y acrecentar. Á todas estas ceremonias acompañaban cánticos y aclamaciones de júbilo y regocijo. Después de la cena, ciertas mujeres, llamadas *pronubæ*, conducían á la desposada á la cámara nupcial para desnudarla y dejarla instalada en el tálamo llamado genial por estar dedicado al genio del marido. Éste, antes de cerrar la puerta, arrojaba algunas nueces fuera para anunciar que desde aquel momento renunciaba á los pueriles pasatiempos, y los jóvenes que las recibían entonaban el epitalamio.

Más tarde, relajadas las costumbres, solían pasear las calles de Roma después de la cena, y en estado poco edificante, los comensales, llevando en carro triunfal á los desposados, acompañados de luminarias y canciones báquicas demasiado libres y desconcertadas. En tiempos del gran Teodosio vemos con gusto á San Juan Crisóstomo y otros cristianos trabajando para desterrar tan groseros y repugnantes cuadros de embriaguez y desenfreno.

Los samnitas, dice Montesquieu, habían hecho del amor el premio para recompensar las virtudes y méritos de los jóvenes republicos. Una ó dos veces al año se convocaba á certamen público á todos los mozos de cierta edad, y por jueces venerables se examinaban y clasificaban los merecimientos de cada uno; aquel que más sobresalía tenía derecho á escoger entre todas las doncellas la que más le gustase; siguiendo por este orden hasta llegar al último, que había de contentarse con el desecho de los demás. Ciertamente que la recompensa otorgada á cada uno de ese modo era la más proporcionada, noble y digna que podía darse, sin que fuese onerosa al Estado ni excitase más que legítimas pasiones.

En el rito griego el ceremonial ofrece también particularidades dignas de mención.

Desde la casa de los padres salen los novios vistosamente engalanados y seguidos por un gran número de convidados, á pie, por los lugares más concurridos, hasta la iglesia. Delante, un mozo cubierto de una túnica blanca, acompañado de música, lleva en la cabeza una caja ó cesta que contiene dos coronas nupciales parecidas y dos anillos, uno de oro y otro de plata, de la misma forma. Á la puerta de la iglesia recibe el preste y el diácono, puestos de pontifical, á los futuros cónyuges, á los que acompañan hasta el pie del altar. El sacerdote bendice primero los anillos y las coronas, que luego toman los padrinos, suspendiendo éstas sobre las cabezas de los contrayentes. En el momento que el ministro da al hombre el anillo de oro y á la mujer el de plata, jurando éstos amarse toda la vida, entonces se inclinan á la vez y reciben sobre sus cabezas las coronas con una guirnalda de mirtos que las enlaza. Apenas esto tiene lugar, los más inmediatos cubren á los amantes con un ancho y largo velo que los oculta á la vista de todos. El sacerdote, después de bendecir una copa de vino, moja en ella un bizcocho, levanta el velo y lo da á probar por dos veces á los contrayentes, que permanecen arrodillados, haciéndoles también tomar tres sorbos del vino ; el resto del pan y del vino lo consume el celebrante, rompiendo la copa contra el pie del altar, para que nadie pueda beber en ella, y termina su oficio con exhortaciones y la última bendición. Descubiertos de nuevo los novios, da comienzo en el mismo templo una danza mística que ejecutan el preste y su ayudante, seguidos á veces de los demás circunstantes.

En el Indostán, el ceremonial es una complicada liturgia basada en supersticiones y prácticas tradicionales, difíciles y penosas para los contrayentes. Según refiere Monsieur Lannoye, en su libro *India Contemporánea*, se empieza la fiesta en el día más propicio señalado de antemano, saliendo al rayar el alba los novios, acompañados de gran número de sacerdotes, amigos y convidados, hasta llegar á las orillas del Ganges, río para ellos sagrado, donde recibían los contrayentes abundantes abluciones que se celebraban con solemnes plegarias y exorcismos qne el Albati hacía con el fuego. De vuelta á su casa se les hacía sentar en una piel de antílope, con las caras mirando á Oriente, y bajo un dosel místico, sostenido por doce columnas y adornado de flores, se les frotaba con azafrán, se les untaban los pies con miel, les hacían y deshacían una infinidad de nudos en las muñecas, les ungían con aceite, les friccionaban con perfumes y les pasaban por el cuerpo amuletos de diversa significación. Al día siguiente, delante de la concurrencia invitada, los padres de los jóvenes juntaban las manos de éstos, haciendo caer sobre ellos con gran aparato siete medidas de agua, siete de trigo y siete de leche, durante lo cual el bramma oficiante les leía el *Mantras*, libro que trata de la disciplina conyugal. «El esposo, les dice, es el dios de su mujer; por viejo, feo y malo que sea ó se vuelva, debe ser el ídolo de su mujer; todos los deseos de ésta han de estar conformes con los del marido; esto es, reir, si el marido ríe; llorar, si llora; guardar silencio, si calla». Al terminar la lectura echa sobre el novio un *zena* (cordón brahamínico), dándole hasta nueve vueltas, y coloca en el cuello de la novia el tahlí ó gran anillo, emblema de la unión. Este acto es el de mayor importancia para la legitimación del matrimonio. El tercer día se solemniza encendiendo el fuego sagrado; alrededor del cual dan los desposados una porción de vueltas. En el cuarto día se celebra el gran banquete, al que concurren de toda gala los parientes y allegados, y es la vez primera en que la recién desposada asiste enteramente descubierta la cabeza y permite los obsequios, plácemes y brindis con que la felicitan. Todavía al día siguiente se dedican varias ofrendas, generalmente de arroz, en honor de los dioses y de los manes, y vuelven á repetirse las abluciones, haciéndose varios juegos y cambios de trajes, y por fin, el paseo de los esposos con gran música y acompañamiento por las calles de la población.

Es extraordinario el lujo que se ostenta en estas solemnidades, que también van acompañadas de cuantiosas dádivas á pobres y religiosos, hasta tal punto, que ha habido boda en la que se han gastado más de tres talegas de rupias, ó sean más de tres millones de reales.

Los chinos suelen comisionar para efectuar sus enlaces á ciertas mujeres ancianas, que se las podría denominar casamenteras, las cuales están llamadas á examinar la hermosura, el talento y circunstancias de la pretendida, con obligación de dar cuenta exacta, formal y verídica del resultado de sus observaciones. Una vez elegida la mujer, ambas familias se piden con gran ceremonia los hijos, se cambian regalos y se escoge un día de los tenidos por más felices. Llegado el momento, la novia es conducida en un palanquín, ricamente adornada, á casa del futuro esposo, acompañada de lucida comitiva que en arcas cerradas lleva la dote. Varios criados, aun cuando este acto sea de día, llevan antorchas encendidas, precediendo á todos una ruidosa música. Un preferente ó amigo es el encargado de la llave que cierra la litera, y que debe entregar solamente al novio en el momento de la llegada á su casa. Éste, al recibir la llave, abre la portezuela, examina á la joven, y si no la considera aceptable, tiene facultad para devolverla á su casa, no perdiendo más que los regalos. Generalmente no sucede así, y una vez admitida, es recibida

la novia por los parientes, y en la sala de la gran reunión, delante de la figura del *Tien*, principal divinidad, se verifica el desposorio, sin que á los contrayentes se les permita hablar entre sí hasta dejarlos solos á media noche.

Los japoneses, cuando tratan de declarar su amor, cuelgan á la puerta de la casa donde habita su encanto, una rama de *celestius alatus;* si esta desaparece, es prueba de que la familia la recoge en señal de aceptación. La joven, por su parte, cuando quiere corresponder, se ennegrece los dientes, y al casarse, como prueba de amor, se arranca las cejas. Para arreglar la boda son expeditivos, se señala un día para la entrevista y otro para la celebración de la boda. El novio, con arreglo á su posición, envía regalos á la pretendida, obsequios que ésta á su vez cede á sus padres en pago de los gastos y cuidados que han tenido con ella. Sobre el ceremonial religioso no hay noticias bastante exactas. Humberg está en que la proclamación se hace en un altar, bastando que cada uno de los consortes encienda una antorcha. La desposada, vestida de blanco, dice Mr. de Jancigny, va además envuelta en una especie de sudario, significando así que ha muerto para sus padres al unirse á su esposo.

Llegada á la casa de éste, le encuentra en el puesto de honor, rodeado de todos sus parientes. En medio de la sala y sobre un velador vénse varios objetos diminutos y alegóricos, tales como el abeto, grullas de marfil y tortugas de concha, emblemas del vigor del hombre, de la belleza de la mujer y de una vida dilatada.

La desposada, después de contemplar esos objetos, pasa á otra mesa en la cual se halla todo preparado para beber el *saki*, licor que todos toman y que se ofrecen mutuamente mediante un sinnúmero de ceremonias y etiquetas á cual más raras y extravagantes. Las doncellas de honor, que en aquel acto toman el nombre de mariposas, representan el principal papel en esa solemnidad. La comida por lo regular es frugal, en conmemoración de la sobriedad de los antiguos japoneses.

Después de retirarse los novios siguen los comensales en la habitación consumiendo alegremente el mencionado licor.

El rito musulmán requiere que en el día del casamiento el amante con su suegro vaya á la mezquita á prestar sus juramentos. El celebrante le pregunta si ha pagado ó tiene intención de pagar el precio convenido, y dada respuesta afirmativa, se verifica la unión con las condiciones del Alcorán. Además se revalida el matrimonio entre los turcos ante el juez, que hace el oficio de notario, extendiendo el *niguiaj*, ó sea declaración de bienes mutuos, en la que entra también el ajuar, única dote de la novia; y esta formalidad tiene que repetirla el varón con todas las cuatro mujeres que su religión le concede. Sin embargo, á medida que la civilización prospera entre ellos, se extiende considerablemente allí el matrimonio monógamo, dejándose los más acaudalados de mantener esas instituciones bárbaras del harem y del serrallo, tan afrentosas y humillantes, signo de esclavitud la más innoble y desigual para la mujer, tan sólo considerada como instrumento de placer entre esa gente, á la que condenan á vivir siempre oculta y encerrada, la que sin educación alguna pasa la vida odiando á sus rivales, con las que ha de hacer vida común, y ha de sonreir no obstante á su señor cuando la llega el turno.

Los antiguos mejicanos, según dice Solís, tenían en los matrimonios sus ceremonias de religión y formas de contrato. Hecha la elección, los contrayentes se presentaban en el templo, y después de las preguntas rituales el sacerdote tomaba con una mano el velo de la mujer y con la otra el manto del cónyuge, y anudaba los extremo, significando el vínculo interior de las dos voluntades. De este modo volvían á la casa en compañía del

sacerdote, donde imitando la superstición de los dioses lares, entraban á vis tar el fuego doméstico, que á su vez mediaba en la paz de los casados.

Entre los peruanos, refiere el inca Garcilaso que todos los años el rey mandaba reunir en un lugar determinado á todos los mozos que había de su linaje en la ciudad de Cuzco, debiendo tener los varones por lo menos veinticuatro años y las hembras de diez y ocho á veinte. El rey, que se colocaba en medio de todos, elegía á su gusto, y tomando de la mano á unos y otros, formaba parejas, quedando de este modo realizada la unión. Después de haber casado á los de su linaje, hacía el rey lo mismo con los demás hijos de la ciudad.

En la Europa moderna se han abolido por completo aquellas costumbres señoriales, en las que los vasallos no eran dueños de su voluntad, ni aun de las afecciones más gratas de su corazón; habiendo desaparecido de las creencias populares esas aprensiones y presagios siniestros, como los de interrumpir ó deshacer la boda si los parientes de la mujer ó del marido en el día de los esponsales encontraban por el camino una liebre, un gato, un hombre tuerto, etc., ó si oían el canto de ciertas aves, sentían el zumbido del oído izquierdo, ó habían visto un perro negro, etc., etc. En cambio se miraba como presagio feliz la vista de un lobo, de una araña, de un palomo, de un sapo y de otros animales. San Agustín atacó estas vanas credulidades, contra las cuales declamaron también en diferentes épocas muchos Sínodos y Concilios.

El derecho que antiguamente gozaban muchos señores feudales, principalmente en Inglaterra y Francia, llamado de pernada, fué también atacado por la Iglesia por ignominioso y obsceno, consiguiéndose que semejante bárbaro privilegio fuese permutado con el pago de cierta cantidad de dinero ó cosa equivalente.

Hoy la clase popular goza de entera libertad para emparentar con arreglo á su gusto interés ó conciencia. De aquí nacen las más variadas combinaciones, que no es posible siquiera reseñar, desde las más razonables hasta las más raras y extravagantes. El ceremonial religioso es el mismo en el orbe católico, y ya todos le conocemos. Las fiestas de boda varían según los países y las costumbres. Así tenemos que en Noruega el convite abarca á todos los parientes, amigos y vecinos de muchas leguas á la redonda. El servicio y la vajilla la prestan éstos con gusto para la fiesta, y la mesa se halla abundantemente provista de todo. Los novios, sobre asientos cubiertos de seda y á mayor altura, presiden el almuerzo. Durante él se canta, se ríe, se bromea, y los brindis tienen lugar con copas de aguardiente. Á los postres, el sacerdote vuelve á bendecir á la pareja y va á situarse á la salida de la sala con una gran bandeja, y saluda á los convidados que desfilan, los cuales ya saben que han de depositar en la bandeja una decente suma como obsequio para los novios, cuya cantidad sirve para pagar el gasto y atender á las primeras necesidades de la nueva casa. En algunos pueblos de España, en vez del cura es el padrino el que promueve la cuestación.

En Bretaña, contra el dicho popular, se prefiere el martes á cualquier otro día de la semana para casarse. El novio con sus amigos y en son de fiesta va en busca de su amada, cuya casa encuentra cerrada. Á fuerza de llamar á la puerta, responde un pariente, entablándose un diálogo cómico con el novio. Este reclama la presentación de su prometida, y le sacan una mujer fea y vieja; dice que no es esa, y le traen una niña de pecho; tampoco es la que busca, y sale una casada, y luego una viuda; en fin, después de largo rato en tan enojosa diversión, el hombre tiene que buscarla dentro de la casa, hasta que al fin la encuentra toda engalanada y dispuesta para ir á la iglesia.

En los Estados Unidos, las extravagancias originadas por las libertades que allí se permiten, han hecho del casamiento un asunto puramente personal, del que no tiene para qué ocuparse el Estado. De este modo los de la secta protestante autorizan los casamientos más raros é inopinados, sin importarles las consecuencias; así se ha visto entrar un soltero en un coche de ferrocarril y resultar casado al llegar á la estación inmediata. El reverendo Newman, pastor protestante, al bajar del púlpito, se casó asimismo con la novia, que ya estaba dispuesta en el templo.

Las costumbres establecidas en nuestros pueblos son las de acompañar por la mañana, con comedimiento y circunspección, todos los parientes, testigos y amigos, á los novios que van á recibir en la iglesia las bendiciones del cielo. Después de oir todos con recogimiento las oraciones del sacerdote, y cuando ya ha echado la bendición que une para siempre á la pareja amorosa, tiene lugar la escena más patética y conmovedora. Los padres respectivos, reflejando en sus semblantes la más profunda emoción, besan y abrazan á los neófitos, que á su vez abrazan también á los padrinos; sucede la manifestación grave y tierna de los circunstantes, que estrechan las manos á los desposados, y es por demás bello y sensible el armonioso conjunto de lo místico y lo terrenal en tan decisivo acto. Terminada esta ceremonia de la manera más propia y digna en cuanto á la importancia del suceso, es permitido, al regresar á casa de la novia, el bullicioso regocijo, las expansiones festivas, la música, el ruido, y se dirigen á los esposos las más expresivas felicitaciones.

La moda ha introducido en la clase media la novedad de hacer breve y limitado el banquete, que generalmente consiste en un desayuno más vistoso que confortable, al que asisten las personas más íntimas y allegadas de la familia. La facilidad de las comunicaciones permite á los recién casados ausentarse del punto de su domicilio unos cuantos días, para disfrutar solos las primeras emociones de su nuevo estado, lo cual no deja de tener en cierto modo sus atractivos. La gente del campo es más ruidosa y expansiva. Trabucazos, cohetes y petardos avisan la salida de los novios de la iglesia. El séquito de compadres y vecinos es vistoso, no faltando entre los más respetables acompañantes la tradicional capa, prenda que es de rigor usarla en las grandes solemnidades, así tengan lugar en lo más ardiente del estio. Las mozas á su vez lucen la clásica mantilla y el indispensable pañuelo de Manila. El festín suele celebrarse en el campo. La paella en Valencia, el cordero en Burgos, la pescadilla en Andalucía, la escudilla en Cataluña, son los platos más dominantes, aparte de las tortas de boda, las almendras, el arroz con leche y otros dulces que en abundancia se reparten á los postres. Al vino no se le pone tasa, se bebe á discrecion, y con el ruido, el calor, el entusiasmo, se suceden las danzas al son de las castañuelas, los cantares al compás de la guitarra, la broma y los brindis á la salud de los novios, y á la puesta del sol, terminada la fiesta, van todos alegremente acompañando á los recién casados hasta su nueva morada.



PENSAMIENTOS.

IX.

—La devoción es el primero de los amores.—Segur.

—El celoso no sabe respetar ni respetarse, y el respeto es hermano inseparable del cariño verdadero.—Catalina.

—Los defectos de las mujeres les han sido dados por la naturaleza para ejercitar las cualidades de los hombres.—Karr.

—Las mujeres han compuesto el gran poema del amor, y los hombres lo comentan sin llegar á comprenderlo.—Catalina.

—Los grandes y raros sacrificios del corazón sólo se ven en las mujeres.—Guerrero.

—El tipo de marido que maltrata á su mujer no es tipo; es la degradación de la especie; está fuera de la ley como están los malhechores.—González.

—La intolerancia de ciertos hombres es un vicio que nace de la soberbia, se disfraza con el rigorismo y acompaña casi siempre á la estupidez.—Leroux.

—El pobre honrado tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo; la hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad de estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio—añadió Don Quijote —opinión fué de no sé qué sabio que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese, que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento.—Cervantes.

PASIÓN Y AMOR.

La pasión es voraz llama
Que enardece y atormenta;
El amor fuego süave
Que reanima y que consuela.

La pasión, ciega, imprudente,
Es torpe y provocadora;
El amor, blando y humilde,
Prudencia y bondad rebosa.

La pasión es cual torrrente
Que se arrastra hacia el abismo,
Y arrolla y destruye fiero
Cuanto encuentra en su camino.

El amor, tierno y templado,
Es manantial de aguas puras,
Que inagotable y fecundo
La vida alienta y endulza.

EL HOGAR BENDITO.

Tras de verdes jarales
Y entre espadañas,
Claro y dulce un arroyo
Cruzaba lento,
Remojando las hojas
De algunas cañas
Que con leves rumores
Movía el viento.

Desde allí una alameda,
Las amapolas
Y unos rústicos troncos,
Formado habían,
Con su calle de flores
Nacidas solas,
Y unos álamos grandes
Que la cubrían.

Al final, una rampa
Corta y suave,
Conducía á un camino
Ancho y risueño,
Donde alzaba sus brazos,
Mística y grave,
Una cruz fabricada
Con tosco leño.

A otro lado una fuente
De ruda piedra,
Se escondía en el fondo
De un huertecillo,
Bajo el fresco follaje
De verde hiedra
Qui ni el sol traspasaba
Con su áureo brillo.

Hacia allí se veían
  Algunas aves
En un cerco formado
  De endebles rejas,
Y hacia arriba, un aprisco
  Donde suaves
Con ternura balaban
  Unas ovejas.

En aquel lado mismo
  Se descubría
Un lagar y el apero
  Junto al cercado,
Y una humilde cabaña,
  Que igual servía
De atalaya y refugio
  Su techo ahumado.

Más allá, la arboleda
  Con su ramaje
Ocultaba el terreno
  Cual densa bruma,
Y se alzaba en el fondo
  De este paraje
Una casita blanca
  Como la espuma.

Campanillas preciosas
  En laberinto,
La pared escalaron
  Como en bandada;
Y eran los moradores
  De aquel recinto,
Una feliz familia
  Ruda y honrada.

Una madre, consuelo
  Fiel en las cuitas;
Un esposo querido
  Que trabajaba,
Y un hijo venturoso
  Que horas benditas
Disfrutó con los seres
  Que tanto amaba.

Mas el hijo dichoso
  Pensó en el mundo,
Y llenaron su mente
  Las ilusiones,
Coronando su sueño
  Dulce y profundo,
La avaricia y afanes
  De sensaciones.

Y sin ver en los ojos
  Lágrima insana,
Ni escuchar de sus padres
  Nobles consejos,
Quiso, alegre, buscando
  La dicha vana,
Caminar á la hermosa
  Ciudad no lejos.

No pensó en el arroyo
  Ni en la floresta,
Ni en la cruz, ni en la fuente,
  Ni en el cercado,
Ni en la humilde morada
  Limpia y modesta,
Donde paz y venturas
  Hubo gozado.

Y emprendiendo el camino,
  Marchó afanoso;
La ciudad atractiva
  Le convidaba,
Y allí, brillo y riqueza
  Buscó ardoroso,
Y los dulces deleites
  Que ambicionaba.

Del amor y la gloria
  Probó el encanto,
Y las dichas soñadas
  Gustó un momento,
Pero en breve sus ojos
  Vertieron llanto;
Que fugaz la ventura
  Pasa cual viento.

Desengaños, dolores,
  Falsía y dudas
Disolvieron cual humo
  Sus esperanzas,
Desgarrando su pecho
  Penas agudas
Al sentir de la suerte
  Tristes mudanzas.

Ya convulso, agitado
  Y estremecido,
Se miró pobre y solo,
  Medio desnudo,
Y ya pródigo joven
  Arrepentido
Pidió al cielo ferviente
  Piadoso escudo.

Recordó á sus amados,
A su casita,
El lugar pintoresco
Donde naciera,
Y una lágrima ardiente,
Pura y bendita,
Derramó conmovido
Por vez primera.

Al hogar olvidado
Por ambiciones
Y por vanos placeres,
Tornó anhelante,
Ya perdidas bien presto
Las ilusiones,
Con la triste certeza
Dura y punzante.

De la cruz al pie santo
Cayó de hinojos;
¡Allí siempre rezaba
Cuando era bueno!
Ahora, en pos de sus culpas
Y de sonrojos,
Su plegaria rendía
De angustia lleno.

Descendió por la rampa
Y halló sin flores
La alameda en que él antes
Pasear solía,
Y halló seco el arroyo,
Y sin rumores
Las cañas que en las ondas
El viento hundía.

Desde allí como siempre
Cuando era niño,
Fué á la huerta, y sin frutos
La vió admirado,
Y no halló ni un recuerdo
De su cariño;
Ni avecillas ni ovejas
En el cercado.

Ya sintiendo su frente
Triste y helada,
Corrió ansioso al asilo
De su inocencia;
¡Pero sola y sombría
Vió su morada,
Como fúnebre tumba
De su conciencia!

Al dolor producido
Por su abandono,
Los ancianos murieron
Con honda pena,
Y allí donde la dicha
Tuvo su trono,
Quedó luego la copa
De amargo llena.

. . . .

A los males y bienes
El tiempo extraño,
Prosiguió sin demora
Su movimiento,
Y allí mismo una tarde,
Pobre ermitaño,
A unos niños decía
Con dulce acento:

No por torpes pasiones,
Siempre ilusorias,
Olvidéis á los seres
Que os dieron vida;
Ni os llevéis del encanto
De humanas glorias,
Porque son como el brillo
De luz fingida.

Ni busquéis anhelantes
Sobre la tierra
La dulzura en los goces
Que presto mueren,
¡Que en el hogar bendito
Sólo se encierra;
Y en el seno amoroso
De los que os quieren!



AMOR QUE PURIFICA.

Ven, ángel mío; tu virtud y encanto
No voy á mancillar; ven, nada temas;
Soy tu esposo feliz, y tierno ansío
El perfume aspirar de tu pureza.

Tu amor me salva del profundo cieno
Adonde el vicio y las pasiones ciegas
Conducen al incauto; ¡esposa mía!
Tu cariño y tu fe me regeneran.

Déjame así; sobre tu blando seno
Y en la dulce prisión de tus cadenas,
Quiero sentir el bien que fortifica,
La quietud que al espíritu consuela.

Yo, tu amparo y sostén seré en el mundo,
Tú, la antorcha serás de mi existencia;
Yo, limpiaré de escollos tu camino,
Tú, sembrarás las flores por mi senda.

Quiero vivir así; esta es la dicha;
Mas cuando el sueño misterioso duerma,
¡Con tus alas de angélicas virtudes
Llévame adonde van las almas buenas!

PENSAMIENTOS.

X.

—En el mar airado y proceloso de la vida, el temporal que más destrozos hace en la existencia del hombre es *el del amor* desordenado.

—La mujer á los quince años se deja amar y lo atropella todo. A los treinta se hace amar y no se precipita.

—El amor que salva muchas veces, pierde á la mujer una vez sola.—G. U. y M.

—El amor está por encima de la muerte, como el cielo sobre el Océano.

—Sin la virtud el amor no es más que debilidad y desorden.—(Lacordaire.)

—El amor es el rey de los jóvenes y el tirano de los viejos.—(Luis XII.)

El amor campo es de flores
De aromas embriagadores,
Que las cultiva el encanto,
Pero que las riega el llanto
Y las tronchan los dolores.

C. de S.

—Es el alma y no el cuerpo la que hace indisoluble el matrimonio.

—No hay alianza ni sociedad más bella, más dulce y más feliz, que un buen matrimonio.

—La mejor esposa es aquella de la cual el público no dice ni bien ni mal.—(Tucídides.)

—El celoso pasa la vida buscando un secreto cuyo descubrimiento ha de causar su desdicha.—(Oxenstirn.)

—El matrimonio es el egoísmo llevado á duo.—(Mme. Staël.)

—No hay ningún dolor que la mujer no sepa dulcificar.

—La mujer que ama, todo lo perdona y todo lo olvida. Es un cáliz bendito que recoge nuestras lágrimas.

—El amor no requiere sólo un pedazo de materia, necesita espíritu de que gozar y alma que asimilar á la nuestra.

EL COJO Y EL CIEGO.

Suframos de la vida las desgracias,
Los pesares, angustias, contratiempos,
Formando sociedad de bienes mutuos
Que ayuden á suplir nuestros defectos.

La paciencia y la fe son el gran libro
En cuyas hojas el sagrado texto
Enseña á conocer á los mortales
De humildad y de amor santos ejemplos.

Unámonos, y así favorecidos
El uno con el otro seguiremos:
Yo estoy falto de piernas, tú sin ojos,
Tú me llevas á cuestas, yo te oriento,

Y aunque en esta unidad no decidamos
Cuál lleva de los dos mejor empleo,
Yo podré andar por tí, estando cojo,
Y tú verás por mí, estando ciego.



PENSAMIENTOS.

XI.

—La desgracia de la felicidad es la saciedad; la felicidad de la desgracia es la esperanza.—LEROUX.

—El pudor en la mujer es al cuerpo lo que la discreción al alma.—BACON.

—Habiendo talento, honradez y corazón, los malos matrimonios deben llegar á ser la más rara excepción.—CATALINA.

—El divorcio es el recurso heroico de las almas pequeñas.—EGUÍLAZ.

—El amor de la madre cristiana es la síntesis de todos los amores castos y puros.—SEGUR.

—El mundo no sabe todavía lo que es la mujer, porque la sociedad la cierra la boca desde que nace hasta que muere.—CATALINA.

—La pureza es el mejor matiz del sentimiento.—CLAUDIO.

Si la mujer hermosa
Gusta á la vista,
Al corazón la buena
Siempre cautiva.
Aquélla es dije,
Mas la buena es tesoro
De amor sublime.

La sociedad busca apoyo
De la familia en el seno;
La familia, en el amor;
Luego amor es lo primero.

ANÉCDOTAS.

I.

Jugando Enrique IV con sus hijos, que se le habían montado á sus espaldas, llevándole éstos por la régia cámara á modo de caballo, llegó inopinadamente el embajador de España. Sin inmutarse por esto el Bearnés, le preguntó:—Señor embajador, ¿sois padre? Al saber que también lo era añadió:—Pues entonces, dejadme continuar á cuatro pies mientras mis hijos quieran.

II.

Zaleucos había dictado á los Locracios las leyes más severas y saludables: Acusado y convencido de adulterio un hijo suyo debía ser castigado arrancándole el verdugo los ojos. Todo el pueblo, en gracia á su padre, pedía misericordia. Al fin, cediendo Zaleucos á tanto ruego, consintió, por efecto de su amor paternal, á sufrir la mitad del castigo, haciéndose arrancar un ojo para que su hijo no perdiera los dos, y de este modo la inexorable ley quedó cumplida.

III.

Devorado Enrique VIII, rey de Inglaterra, por pasiones amorosas tan violentas como inconstantes, no pudiendo soportar el yugo de la indisolubilidad del matrimonio, propuso al Papa el divorcio ó el cisma.—O me separáis de mi mujer, le dice, ó yo me separo de la Iglesia. Roma no se intimida, y con el valor y tranquilidad del convencimiento contesta:—Antes un cisma más que una verdad menos. Los cismas pasan, la verdad es eterna. Que llegue á desconocerla un rey ó una nación, la ley de Dios es inmutable, y nuestro deber es hacer que se cumpla, y jamás transigir con las pasiones desordenadas contrarias al dogma.

¡Qué garantía y consuelo!

IV.

La Academia Francesa concedió un premio de mil pesetas, de los fondos Honoré de Lussy, á los esposos Rabaud, de Saintes, en la Charente-inferior, por la heroica prueba de amor que realizaron en beneficio de uno de sus hijos.

Había éste sufrido una quemadura horrible que se extendía desde el pecho á las rodillas; sólo la parte quemada del vientre era bastante para producirle la muerte.

Cuando la pérdida de la piel es extensa, la reproducción es imposible por los medios naturales; necesítase un auxilio, y la cirugía aconseja entonces ingertar piel de otras personas.

En este caso, el padre y la madre pusieron á disposición del cirujano sus propios cuerpos para que tomase los ingertos necesarios, y sufrieron el uno la extracción de cinco pedazos grandes de su piel, y la otra de veintidós más pequeños.

La enfermedad del niño duró catorce meses; tardó en curarse más que las heridas de sus padres, pero curó.

¡Bello poema de abnegación y de ternura!

REFRANES POPULARES.

—En la boda, quien menos come es la novia.
—La que no viene á la boda no viene á toda hora.
—No hay boda pobre ni mortuorio rico.
—Quien se casa por interés, es esclavo de su mujer.
—El día que te casas, ó te curas ó te matas.
—El melón y el casamiento han de ser acertamiento.
—Casar y compadrar, cada cual con su igual.
—Triste es la casa donde la gallina canta y el gallo calla.
—El consejo de la mujer es poco, pero el que no lo sigue es un loco.
—No compres casa en esquina, ni cases con mujer que no entre en la cocina.
—Amistad de yerno, sol de invierno.
—Quien no tiene suegra ni cuñado, es bien casado.
—El trigo y la mujer, al candil parecen bien.
—En casa de mujer rica, ella manda y ella grita.
—La mujer y la gata es de quien las trata.
—Tanto cuesta mantener un vicio, como criar dos hijos.
—El que en casarse acierta, en nada yerra.
—Amor con amor se paga.
—Cada oveja con su pareja.
—Cuando te dieren el anillo, pon el dedillo.
—Gobierna tu boca según tu bolsa.
—Goza tú el poco, mientras busca más el loco.
—Hijo sin dolor, madre sin amor.
—Humo y mujer parlera echan al hombre de su casa fuera.
—La manzana podrida pierde á su compañía.
—La mujer y la tela no la cates á la candela.
—Muchos componedores descomponen á la novia.
—Quien feo ama, hermoso le parece.
—Viene la ventura al que la procura.
—Mientras en mi casa estoy, rey soy.

AMOR DIVINO.

(DE SANTA TERESA DE JESÚS.)

Oye, corazón mío, te diré lo que es amor.

—

Cuando el amor está obrando
Lo que tiene obligación,
Si flaquea, si se cansa,
Si desmaya, no es amor.

Cuando el amor está orando
Con amorosa atención,
Si decae, si se entibia,
Si se inquieta, no es amor.

Cuando en sequedad padece
Tormenta de una opresión,
Si no sufre, si no es firme,
Si se queja, no es amor.

Cuando el amante se ausenta
Y le deja en aflicción,
Si se acobarda y se turba,
Si se abate, no es amor.

Cuando la piedad divina
Dilata la petición,
Si no cree, si no espera,
Si no aguarda, no es amor.

Cuando tiene de sí mismo
El amor satisfacción
De que ama, de que adora,
De que sirve, no es amor.

Cuando en la adversa fortuna
Y en toda atribulación
No es humilde, no es alegre,
No es afable, no es amor.

Cuando favores recibe
En una y otra porción,
Si los quiere, si los toma,
Si le llenan, no es amor.

—

Y, pues de lo dicho nada
Se llama amor con razón,
Pregunto, corazón mío,
¿No me dirás que es amor?

—

Amor es un dulce afecto
Del alma para con Dios,
Que termina en caridad
Comenzando en dilección.

Si deseas padecer
Por quien tanto padeció,
Y en el pádecer te alegras,
Y en la cruz, esto es amor.

Si en este mundo apeteces
Vivir en humillación,
Y que te desprecien todos
Por Jesús, esto es amor.

Si no apetece alabanzas,
Y cuando le dan loor
Lo refiere confundido
A su amado, esto es amor.

Si en medio de adversidades
Persevera el corazón
Con serenidad, con gozo
Y con paz, esto es amor.

Si á su voluntad en todo
Contradice con tesón,
Posponiéndola á la ajena
Por obediencia, es amor.

Si cuando está meditando
No apega su corazón
A los consuelos anejos
Al orar, esto es amor.

Si las dulzuras que advierte
Cuando está en contemplación,
Sabiendo no merecerlas,
Las renuncia, esto es amor.

Si conoce su bajeza
Y la grandeza de Dios,
Y despreciándose á sí,
A Dios exalta, es amor.

Si se ve igualmente alegre
En gozo que en aflicción,
Y ni penas ni contentos
La entibian, esto es amor.

Si se mira traspasada
De agudísimo dolor
Al contemplar á su amado
Ofendido, esto es amor.

Si desea eficazmente
Que cuantas almas crió
La divina Omnipotencia
Se salven, esto es amor.

Y en fin, si cuanto produce
Su pensar, su obrar, su voz,
Quiere que sea en obsequio
De su amado, esto es amor.





Las bodas de Camacho

y el suceso de Basilio.

(FRAGMENTO DEL QUIJOTE.)

Apenas la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase, le dijo: — ¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á más que á pensar tu jumento. Á todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo: — De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo

y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.—Acaba, glotón—dijo Don Quijote;—ven, iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oimos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas que cada una cabía un rastro de carne; así embebían y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos; así había rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos enrejados, formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que, cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle; las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. Á lo que el cocinero le respondió:—Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho; apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.—No veo ninguno, respondió Sancho.—Esperad, dijo el cocinero; ¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser! Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho:—Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales, en concertado tropel, corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo: «¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!» Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí:—Bien parece que estos

no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas de esta su Quiteria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinticuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar labrados de varios colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.—Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquélla. También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacíales el son una gaita zamorana, y ellas, llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los pies á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras ésta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquél adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste vestido de ricos y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguían traían en las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda *Discreción;* el de la tercera *Buen linaje;* el de la cuarta *Valentía.* Del modo mismo venían señaladas las que al Interés seguían. Decía *Liberalidad* el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesión pacífica.* Delante de todos venía un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de hiedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros tenía escrito: *Castillo del buen recato.* Hacíanles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
En el aire y en la tierra
Y en el ancho mar undoso,
Y en cuanto el abismo encierra
En su báratro espantoso.

Nunca conocí qué es miedo;
Todo cuanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo y retiróse á su puesto. Salió luego el Interés, é hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puedo más que Amor,
Y es Amor el que me guía;
Soy de la estirpe mejor
Que el cielo y la tierra cría,
Más conocido y mayor.

Soy el Interés, en quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro,
Y cual soy te me consagro
Por siempre jamás amén.

Retiróse el Interés, hízose adelante la Poesía, la cual, después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

En dulcísimos concetos
La dulcísima Poesía,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te envía
Envuelta entre mil sonetos.

Si acaso no te importuna
Mi porfía, tu fortuna,
De otras muchas envidiada,
Será por mí levantada
Sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad, y después de hechas sus mudanzas, dijo:

Llaman liberalidad
Al dar que el extremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario, que arguye
Tibia y floja voluntad.

Mas yo por te engrandecer,
De hoy más pródiga he de ser;
Que aunque es vicio, es vicio honrado,
Y de pecho enamorado
Que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria Don Quijote (que la tenía grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto su flecha, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas. Finalmente, después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano que parecía estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla; lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela, y todas las demostraciones que hacían eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales, con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban.

Estaban don Quijote y Sancho razonando, cuando oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venían acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo: «Á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que según diviso, las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada que cada una debe valer un ojo de la cara. ¡Oh, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida! No sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis á una palma que se mueve cargada de

racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes. Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza; parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no había visto mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, á donde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces y una que decía:—Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.—A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro jironado de carmesí á llamas. Venía coronado, con una corona de funesto ciprés, y en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremenda y ronca estas razones dijo:—Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenía; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro, cuyas riquezas le sirven no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura; y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad de él en la tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado proposito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos y halló que aun no había espirado. Quisiéronle sacar el estoque, pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:—Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues que en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura, oyendo lo cual, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse. En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas

voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado de esta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas y otros con eficaces razones la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo: —¡Oh Quiteria que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de de la muerte! Lo que te suplico es, oh fatal estrella mía, que la mano que me pides y que quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: —Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así, con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.—Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla; háganle que se deje de requiebros y que atienda á su alma, que á mi parecer, más la tiene en la lengua que en los dientes. Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual, así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque á quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: ¡Milagro, milagro! Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Ba-

silio, sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el cura y Camacho con todos los más circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo Don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado que había de ser tenido en respeto. Don Quijote á grandes voces decía:—Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza; y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían; y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se le borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados; en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria quería bien á Basilio, doncella, también le quisiera casada, y que debía de dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado. Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesuada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni sus secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio; que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien les siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A sólo Sancho se le obscureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.





AMOR DE ESPOSA.

Es indudable que la mujer posee sentimientos y secretos necesarios al bienestar del hombre; parece que su existencia está llamada á darle, cuando á sí misma se enaltece, esa conciencia de dignidad, de importancia y autoridad, condiciones tan precisas para el orden de la sociedad como venturosas para la familia.

El refrán de que la mujer hace al marido, es uno de esos evangelios chicos, del cual se podrían sacar infinidad de ejemplos de todo género, y feliz el hombre que no desprecia las sugestiones de una esposa que por lo general no desea más que su bien, que trata de dulcificarle, que procura atraerlo á buen camino.

En un matrimonio bien cimentado, dice Reville-Paris, todo conduce al gusto, al goce, á la salud, á la longevidad, por una existencia tranquila sin choques ni agitaciones; hay en el núcleo un fondo de felicidad en torno del cual se reunen todos los placeres posibles, y que forzosamente aleja ó dulcifica las desventuras á que está sujeta la humanidad.

Y cuando las amarguras y el infortunio vienen fatalmente á lacerar y hacer abrumadora nuestra vida, ¡cuántas veces á la esposa, á ese ángel del hogar, se la ha visto incansable luchar contra la adversidad con más fe y perseverancia que el esposo, animándole, haciendo los mayores sacrificios para devolverle la paz y la calma! ¡Y cuántas otras con sus inspiraciones y plegarias, con piadosa resignación, han conseguido de aquél someterlo resignado á los rigores de la adversidad!

En verdad se dice que la mujer es el corazón del hombre, y sería un insensato el que no diera valor á esa influencia afectiva que tanto contribuye á modificar todo nuestro ser haciendo del sentimiento un poderoso estímulo á nuestras acciones.

Cuéntase que en Italia, hace veinte años, se había tratado de encomendar la adminis-

tración de justicia á jueces solteros, á fin de que las afecciones de familia no influyesen en su recto juicio; mas tan luego empezaron á funcionar, dieron tales muestras de insensibilidad aquellos tribunales, castigaban tan cruelmente, que el sentimiento público, indignado, hizo variar aquella condición, dulcificándose entonces el rigor de las leyes.

La mujer propia es la hiedra que se arraiga al marido, vive, siente y padece por él; le engalana y embellece con sus virtudes y hermosura; es la que cuando rendido ó enfermo le asiste y consuela, olvidándose de su reposo, de su salud, y á veces de su vida.

En Luisania era para ellas una ley recoger á sus maridos cuando se hallaban éstos en estado de embriaguez, vicio allí muy extendido, acompañarles, defenderles en tan lamentable situación de todo peligro y sufrir sus inconveniencias y hasta malos tratos. Los maridos, una vez repuestos, las indemnizaban con el más tierno afecto, viviendo así felices, fuera de aquellos momentos.

Sería imposible reseñar los actos de abnegación que sin resonancia realizan las mujeres que tienen la conciencia de su deber, cuando por desdicha ocurre alguna desgracia á sus consortes.

Refiere el Barón de Alibert, que una hermosa joven inglesa había tenido la felicidad de contraer nupcias con un compatriota, hombre de figura arrogante, honrado, laborioso y que había hecho en la India gran fortuna. Con objeto de realizar ésta, volvió al poco tiempo á aquel país, y á su regreso contrajo la terrible enfermedad de la lepra. Es este uno de los peores males: la fisonomía del paciente se desfigura, la cabeza se llena de tubérculos asquerosos, y es tal la repulsión de los que le rodean, que la mayoría dejan á esos pobres enfermos abandonados, y aun no hace mucho tiempo se les relegaba á los lugares más inmundos. Nadie quiere asistir á los leprosos; sólo algunas hermandades han tenido y tienen la cristiana abnegación de dedicarles sus cuidados. Por lo demás, el leproso presenta tan terribles formas, se hace tan insoportable su infección, es tan desgraciado, que hasta su voz se torna mugiente y cavernosa, y su sonrisa inspira el mayor espanto.

Nuestra joven, que ve trocada en tanta desventura la felicidad que su matrimonio le había hecho concebir, sustituye resignada las ilusiones de la vida por los más tiernos y solícitos cuidados al siempre objeto de su cariño. Se la ve hermosa y no menos amante, abrazada para dar calor al yerto cuerpo de su marido. Le acompaña siempre, vela su sueño, adivina y procura satisfacer todos sus pensamientos y deseos; acude á sus males, enjuga sus llagas..... Cuando llega á quedar ciego, le anima con sus lecturas, empleando su corazón, su alma, su imaginación, sus palabras para distraerle y endulzar sus males y tristezas, para engañarle piadosamente y hacerle así más llevadero su indescriptible infortunio.....

La abnegación de esta heroína sólo puede explicarse por la conciencia que tenía de sus deberes, por ese sentimiento de compasión hacia la desgracia, por el amor entrañable á su marido.

La mujer posee además una especial intuición que la hace presentir los acontecimientos domésticos que pasan desapercibidos al esposo, y con astucia á veces contribuye á alejar de éste peligros exteriores, encontrando fácil y pronto remedio.

Habíase encargado á un ingeniero, hace bastantes años, la construcción del puente de Alcántara sobre el Tajo, á la entrada de Toledo. La obra estaba ya terminada, y sólo faltaba quitar la cimbra del inmenso arco de una á otra orilla; pero al revisar la obra, observó el ingeniero con espanto que la arcada no había ajustado y que era inminente la ruina. Ante la perspectiva de tal desastre, que causaría su descrédito y su infortunio,

marchó á su casa meditabundo y sombrío, y las ideas más siniestras cruzaron por su mente. La mujer se apercibe, se empeña en descubrir el por qué de tan inmensa pesadumbre, y sabe al fin la desgracia de que se hallan amenazados muy en breve. Mas ella no se intimida, sólo piensa que es preciso salvar el nombre de su marido, y esta idea domina en su imaginación y subleva los sentimientos de su alma. Reflexiona un instante, eleva una plegaria á Dios, y en silencio, en medio de la noche obscura se acerca sigilosamente al puente, acumula al pie combustible, enciende, y un terrible fuego destruye la cimbra al poco tiempo, y el inmenso arco cae desplomado. A este accidente, que se juzgó casual, se atribuye la ruina del puente, y la mujer libró de la desesperación á su marido, poniéndole á cubierto de fatales consecuencias. A la hora de su muerte la amante esposa hizo público este hecho, arrepintiéndose no obstante del daño que había causado, pero no del móvil que la indujo á ello.





Amor de madre.

Alfredito era un hermoso niño de dos años, de tez blanca y encendida como la rosa nacarada, rubio el pelo y ensortijado como el de los ángeles de Murillo, alegre como el canto de las aves y gracioso como la aurora primaveral.

Era el cuarto hijo de un matrimonio casi feliz; y digo casi, porque lo sería por completo si el padre, teniente de navio, no se viera obligado en el ejercicio de su honroso empleo á vivir la mayor parte del tiempo alejado de su mujer; cuando regresaba de sus viajes, los breves días que pasaba junto á ella eran dichosos.

El cielo habíales concedido cuatro hijos, tres niñas, ya la mayor de siete años, y el último, Alfredito, que por ser más pequeño y el varón deseado, el hijo que llenaría las aspiraciones del padre, siendo á falta de éste protector y sostén de la familia, formaba el encanto y las esperanzas del matrimonio.

La madre, tierna guarda y preceptora de aquel coro de serafines, se deleitaba con sus juegos, con sus sonrisas y con sus gracias, y durante las largas ausencias de su esposo dedicábase, con todo el esmero de que es suceptible una buena madre, á enseñar á sus hijos á amar á Dios y á su padre y los primeros rudimentos de la educación.

Era esta una madre como lo son todas en general; buena, complaciente, cuidadosa, amante y dispuesta, si necesario fuese, al sacrificio, á dar hasta la última gota de sangre por aquellos pedazos de su corazón.

Amábalos á todos iguales, sin preferencias, con ese amor puro, desinteresado, perfecto, que todo lo absorbe, que todo lo hermosea, que todo lo dignifica, y que sólo saben sentir las madres.

Lejos de ella la idea de dar nodriza á sus hijos, habíalos alimentado con la leche de sus pechos, habíalos mecido en su propio regazo y habíalos abrigado con su maternal calor; así que aquellos todo lo tenían recibido por ella, vida, nutrición, sentimientos; después de Dios, ella les ayudaba al desarrollo material, ella guiaba y fortalecía su espíritu, ella formaba y esclarecía su entendimiento.

¡Dulce y sagrada misión la de esos seres que sirven en la misteriosa causa de la creación para el progreso de las civilizaciones, para el embellecimiento de la familia, para sostener y difundir el amor y la virtud!

La buena madre, con Alfredito en los brazos y seguida de las niñas, bajaba todas las tardes al jardín; allí los cuatro pequeños se solazaban á su placer corriendo y alborotando que era una alegría de Dios. Pasados los primeros momentos de infantil expansión, la madre los reunía, dábales de merendar, y el pan sobrante para los peces y los pájaros, infundiéndoles de este modo el principio de la caridad.

Multitud de avecillas revoloteando sin miedo en torno de los niños, picaban aquí y allí el agradable manjar, y de un árbol á otro volaban placenteras, dando al aire sus trinos de inimitable y armoniosa modulación.

Acababa de llegar la primavera con sus perfumes, sus auras y sus flores.

Aumentado el concurso de los alígeros animalillos, fué preciso también aumentar la porción de migas.

Una tarde Alfredito vió que una golondrina se le acercó tanto que picó el pan que tenía en sus manecitas.

Su exclamación de júbilo espantó al animal.

—La has asustado, hijo mío—díjole la madre con tono de dulce reconvención.—Si otra vez viene algún pájaro por tus migas, déjale comer sin hacer ruido; ¿no ves que vas á causar miedo á los pobrecitos?

Al día siguiente la misma golondrina volaba en derredor del niño; éste, sin chistar, abrió su mano y le ofreció lo que contenía; la sagrada avecilla picó, y agitando sus alas voló hacia el alero del tejado que cubría un cobertizo.

La madre de Alfredito, maravillada, recordando la escena del día anterior, fijó la vista en el ave hasta verla desaparecer allí donde sin duda tendría su nido.

Aquella golondrina de sedosas plumas, negras por encima como la noche, blancas por debajo como la espuma de las olas, mensajera de Dios, dicho por la buena madre, encantó al inocente niño, y desde entonces se familiarizaron de tal manera, se hicieron tan amigos, que no faltaron por las tardes, ni él de presentarle el pan en su manita, ni ella de ir á picarlo para llevarlo al punto á sus polluelos, que al verla llegar piaban de alegría.

Esta constituyó la principal distracción de Alfredito y el embeleso de la madre, mientras que las niñas jugaban y se entretenían cogiendo ramos de flores.

Transcurrieron los días.

Una tarde el niño estaba pálido, inquieto, y la madre, que lo había notado con disgusto, dejó de llevarlo por el jardín.

Mejorado al parecer al otro día, y deseoso de su divertimiento cotidiano, accedió aquélla al acostumbrado paseo, con la esperanza de que el aire salutífero de aquel ameno lugar fuese provechoso al estado de Alfredito.

Pero ¡cosa extraña! la golondrina no pareció. ¿Habríale bastado una sola tarde para olvidarse de su amigo?

Así pensaba la tierna madre paseando con su hijo de la mano, cuando cerca del cobertizo llamó su atención el lastimero piar de un pájaro; alzó la mirada y vió á la golondrina en el tejado que le servía de asilo, aleteando con el pico abierto y lanzando ayes de dolor.

—Mamá, mamá—gritó á la vez Alfredito señalando á la tierra.

Aquélla lo comprendió todo: los hijuelos de la quejosa avecilla, desnudos aún de su plumaje, habían rodado del nido y se hallaban sin vida por el suelo.

—¡Pobre madre!—dijo compadeciendo el inmenso pesar de la triste amiga de su hijo.

—¡Pobre madre!—pareció repetir también la golondrina con su incesante y dolorido gemir.

Al siguiente día no pudo salir Alfredito de la alcoba ni de su lecho.

El mal iniciado un día y contenido algunas horas volvió á presentarse de pronto con carácter serio, amenazador.

La fiebre abatió las fuerzas de la criatura, que permaneció rendida, abandonadas por completo su animación y su alegría habitual.

La madre, estremecida, angustiada, pasó todo el día junto á la cuna cuidando solícita al ángel de su amor.

Desde los primeros instantes el doctor anunció el peligro; aquella enfermedad rara vez se desarrollaba en los niños sin hacerlos víctimas de su crueldad.

Pero ¡Dios santo! ¿sería posible? Aquel niño tan robusto, placentero y seductor pocas horas antes, ahora, agobiado por horrible mal, ¿podría ser presa de la muerte?

—¡Ay! no, no. ¡Madre Santísima del que murió en la cruz! ¡Por los dolores que padecisteis viendo sufrir á vuestro amado Hijo, aplacad el tormento de mi corazón devolviendo la salud á este ser de mis entrañas!—gemía la tierna madre con tembloroso acento, dirigiendo la mirada suplicante á un cuadro de la Virgen, mientras corrían por sus mejillas como por las de aquélla lágrimas de dolor.

Llegó la noche; la calentura se hizo más intensa, la respiración del niño más fatigosa.

La madre, anhelante, pálida, inclinada sobre la cuna, limpiando á cada momento el sudor de aquella frente purísima, veía consternada los rápidos progresos del mal.

—Doctor, ¡no se mueva usted de aquí! ¡Déle usted, por Dios, algo que lo reanime, algún remedio eficaz que le arranque esa fiebre devoradora!

—¡Ojalá, señora, tuviera yo poder suficiente para contener el curso de la enfermedad, para hacer desaparecer lo grave de ella, para evitar, doloroso me es decirlo, el resultado que presiento!

—¡Oh! ¿y es impotente la ciencia?

—Dios es el único que puede salvar en tales casos por medio de ella.

—¡Dios! ¡Dios! ¡luego no hay más ciencia que la suya! ¡luego los hombres son unos ignorantes que fingen saber y no saben, que piensan ver y no ven, que creen sentir y no sienten! ¡Señor, ilumina á este hombre! ¡inspírale un recurso de salvación para el ángel de mi cariño! ¡Señor, oye mi ruego! ¡toma mi vida si la quieres en cambio de mi hijo;

pero déjale á él la existencia, déjale que viva, que sea feliz! ¡Señor, dame una esperanza siquiera!

¡Y la madre acongojada, poseída de tan gran pesar, se apretaba el pecho con ambas manos, y volvía á mirar con excitación febril á su hijo, ansiosa de verle volver á la salud, de verle abrir los ojos, aquellos ojos que reflejaban todas las purezas del cielo, de verle sonreir con aquella sonrisa que derramaba en su alma rayos de luz, destellos de belleza, raudales de gracia, efluvios de la dicha!

Pero Alfredito no se movía; sus párpados seguían caídos, su respiración penosa, y sólo de vez en cuando se abrían sus labios de grana para exhalar un gemido, y aquel eco débil, quejumbroso, manifestación del daño que taladraba su pecho, que iba velozmente destruyendo su vida, se introducía de rechazo, como flecha envenenada, en el corazón de la madre, que sentía con mortales angustias todas las asperezas, todas las amarguras, todos los desalientos del dolor.

La noche avanzaba lenta, cruel para la triste madre, que desesperaba ya de la mejoría. La gravedad, en vez de disminuir, tomaba grandes proporciones. El peligro aumentaba y el temido fin parecía inevitable.

La alcoba, envuelta en la opaca luz de una lámpara azulada; la silenciosa quietud de la hora, que dejaba percibir hasta el rumor más leve; el niño moribundo, alentando con dificultad, languideciendo en su lecho de encajes como flor que se marchita entre la nieve; la madre dolorida, traspasada de pena, inmóvil, muda, palpitante, presenciando la agonía del hijo de su alma, fija á la cabecera de la cuna como María al pie de la cruz..... ¡Oh! ¡sólo aquel cuadro conmovedor, sublime hasta lo infinito, hubiera sido bastante para expresar todo lo incomprensible y misterioso que es el mundo, todo lo intenso y duro del sufrir, todo lo grande, lo puro y lo supremo del maternal amor!

Al fin la aurora, desplegando su vaporoso velo, asomó entre nubes doradas por los rayos resplandecientes del sol.

Pero no alumbró para el niño.

La luz de la mañana, penetrando melancólica por la ventana del jardín, iluminó de lleno la patética y conmovedora escena que tenía lugar en el interior de la habitación.

El último suspiro de Alfredito fué volando hacia la excelsa morada del Señor, como si hubiera querido encontrarse y confundirse la luz que marchaba con la luz que venía; el espíritu que subía con el soplo que bajaba; la lágrima postrera de los ojos que se cerraban con las primeras gotas de rocío sobre las flores que se abrían.

Muerto el niño, la madre, loca, delirante, le tomó en sus brazos para prestarle su calor, para comunicarle su aliento, creyendo aún posible vivificarle.

Pero, vano delirio; ya no vería el cielo reflejado en sus pupilas, ya no escucharía su voz alegre y melodiosa como la música de los ángeles, ya no sentiría en su boca el suave roce de sus besos dulces como la miel, sonoros como la fuente, benditos como el consuelo.

Había dejado de existir para siempre. ¡Y de los ojos que lo miraban se desprendía un raudal de llanto, y del seno que lo oprimía salían gemidos de indefinible expresión!

Fué preciso arrancar de los brazos de la madre el cuerpo inanimado del hijo, para adornar á éste con las últimas galas de la tierra y prestar á aquélla los auxilios del cristiano, la calma y la resignación.....

Pasaron muchos días, pero el dolor no pasó; se hallaba grabado, esculpido con carac-

teres indelebles en el corazón materno, y no se borraría jamás; el desconsuelo no tendría límite.

A la hora en que espiró el niño, todas las mañanas iba la triste madre á renovar las flores del nicho, á depositar un beso en el cristal colocado ante la primorosa lápida, y tras el cual veíanse el retrato y los juguetes predilectos de Alfredito, y vertiendo acerbo lloro alargaba el tiempo de su martirio en aquel lugar, ansiosa de morir.

Una tarde, accediendo á los continuados ruegos de sus hijas, bajó con ellas al jardín. ¡Cómo se renovaron entonces sus dolorosos recuerdos! ¡Allí, otras veces, bajaba también el niño; allí había gozado ella con sus gracias, viéndolo correr y divertirse arrojando pedacitos de pan en el estanque, y más allá, en el huerto, migas á los pajaritos. La memoria de la golondrina llegó también á su imaginación.

¿Qué había sido de aquella tierna amiga de su hijo?

Deseosa de averiguarlo, se dirigió al cobertizo. El nido estaba en el mismo sitio, era de creer así por algunos espartos y pequeñas plumas que el viento dejó caer. El tejado se hallaba á poca altura, pidió una escalera y subió hasta él.

La madre de Alfredito se sintió estremecida de pena, inmóvil de admiración. ¡La golondrina estaba allí, pero rígida, yerta, con las alas caídas, sobre el nido medio deshecho; en el hogar de sus amores, donde criara á sus hijitos, á quienes vió desaparecer en un instante al soplo del infortunio; y allí, en el lecho vacío, ya sin encantos para ella, sucumbió al pesar de tan horrible martirio!

—¡Oh! ¡madre bendita y amorosa!—dijo aquélla con emoción;—tu desgracia fué superior á la mía; perdiste á tus queridos hijos todos de una vez, y tu soledad, tu dolor y tu tristeza debieron exceder á toda ponderación, y buscaste la muerte en el sagrado lugar donde diste á ellos la vida! ¿qué te restaba ya en el mundo? ¡Pero yo no he quedado sola. yo tengo hijas, por quienes debo vivir y sacrificarme hasta lo infinito!

¡Sí, Dios mío! perdona si he deseado morir como único remedio de mis males; aun hay seres que necesitan mis cuidados, y fuera egoísmo, crueldad incalculable, abandonarlos, habiendo en mi corazón tan grande amor hacia ellos, como por el hijo perdido; Sí, sí, repitió descendiendo de la escalera y yendo hacia las niñas, á quienes abrazó en un solo grupo; ¡tengo que resignarme á vivir y amar la existencia, que debo hacer agradable á estas prendas queridas de mi alma!

Y volviendo á estrecharlas con efusión y besándolas cariñosamente, se sintió renacer á nueva vida, y animado su espíritu con las hermosas reflexiones de la religión, sintióse capaz de todos los esfuerzos, de todas las grandezas, de todos los sacrificios humanos, por proteger y amparar á las hijas idolatradas de su amor.

¡Sublime abnegación la de las madres! ¡ternura santa la de sus pechos; amor que no tiene igual sobre la tierra, que es bello y ardiente como el reflejo del sol, que es puro y claro como la misericordia divina!

¡Bendito ese afecto dulce, verdadero, inmensurable, que eleva á la mujer al más alto grado de superioridad entre los hombres, que la aproxima á Dios, que la hace merecedora del respeto y la admiración de los mortales y digna de ser santificada con la aureola de los justos en el cielo!





Amor de hija.



Acababa de ocultarse el sol tras la loma de una montaña.

Los campesinos se dirigían á sus chozas en busca del alimento y del reposo preciso para descansar de las fatigas del día.

Por la pendiente de un collado bajaban triscando varios corderitos, guiados por un zagalón como de doce años, que en lo bullicioso y travieso se igualaba con aquéllos.

Cuando hubo llegado á su albergue y recogido el ganado, corrió presuroso por la parte de cena que le correspondía.

En el interior de la cabaña veíanse tres personas; ésta era la familia del muchacho. El padre, viejo trabajador, que aun tenía junto á sí las herramientas de labranza que le habían servido por la tarde, se hallaba sentado, apoyada la cabeza entre las manos, triste y pesaroso como agobiado por algún mal. La madre se encontraba desde hacía algunos meses paralítica, sin poderse mover de su pobre lecho, compuesto de tablas y banquillos y un jergón relleno de hojas de mazorca.

En mitad de la estancia, de pie, con los brazos cruzados y la mirada dirigiéndola cariñosa ya á una ya á otro, se veía una moza de diez y siete años, en todo el desarrollo y vigor de su edad, tostada por el sol y los aires campestres, pero de fisonomía dulce, de ojos brillantes y de un conjunto bello; Maruja, como la llamaban por el contorno, era una rosa silvestre crecida entre los zarzales y abrojos del matorral.

Cuando el pastorcillo penetró en la vivienda, quedó parado al observar la meditabunda actitud de los tres.

—¿Qué sucede?—preguntó, más con los ojos que con la voz, á su hermana.

—Padre ha venido del trabajo enfermo—contestó aquélla;—está malo, muy malo, y no podemos dejarlo así; es preciso ir al pueblo por el médico.

—No, hija—dijo el campesino con acento tembloroso por la fiebre que le rendía;—somos muy pobres y no podemos pagar médico ni medicinas; y además, mira á tu madre; ¿qué mejora es la suya con esos cuidados que ha tenido mientras yo he podido trabajar? Ninguna. Y ahora sin recursos..... Esperemos, tal vez esto no sea nada; pero siento frío, mucho frío, y unos calambres por las piernas que me quitan las fuerzas.....

—Padre, ya tiene su cama preparada, échese en ella y no piense en nada más; la Providencia nos favorecerá como siempre; ea, á tomar este cocimiento calentito, y aquí queda Antoñín; yo vuelvo en seguida.

Y así diciendo, la dispuesta muchacha ayudó al enfermo á meterse en un camastrajo parecido al de la tullida, dióle á beber el agua cocida, y encomendando al niño el cuidado de los padres, salió diligente, encaminándose á buen paso por el sendero que conducía á la inmediata ciudad, sin que la detuvieran las sombras de la noche.

Una hora después, jadeante y sudorosa, Maruja tornaba á la cabaña con los medicamentos necesarios para su querido padre; el médico, ocupado entonces en asistir á otros pacientes, no la pudo acompañar, pero vendría luego.

El cólera devastador, como avalancha cruel, había caido sobre España, y muchos pueblos eran víctimas de sus horrores.

El importado del Ganges, ese temible invasor que nada respeta, y que lo mismo se introduce en el palacio de los príncipes que en la choza del pastor, habíase propagado con rapidez; los auxilios de la ciencia no bastaban para combatir el tremendo azote, y organizáronse juntas de socorro y comisiones domiciliarias para atender á las primeras necesidades de los pobres, evitando de este modo en lo posible los estragos del mal, causados muchas veces por el abandono y la miseria. Pero estos centros auxiliares quedaban constituídos en la ciudad, y no llegaban sus beneficios hasta el campo. Los labriegos de la comarca atacados de la epidemia morían casi todos sin remedio.

Maruja, adivinando la terrible enfermedad de su padre, no se detuvo un instante; corrió en busca de un médico, á quien hizo saber la gravedad del enfermo, rogándole por caridad que fuera inmediatamente á visitarlo. Las lágrimas de la joven campesina conmovieron al facultativo, hombre de generosos sentimientos dedicado á socorrer y servir á la humanidad antes que á sí mismo, prometió á la muchacha su asistencia y sus auxilios gratuitos.

Conseguido esto, sólo faltaba comprar lo prevenido por el doctor; pero Maruja no tenía dinero; ¿qué hacer? no se podía perder el tiempo. Llegó á la botica, y quitándose sus zapatos, los ofreció en cambio de las medicinas para su padre. Este rasgo de buena hija hizo su efecto; el farmacéutico le entregó lo que pedía, mas retuvo las rudas prendas para confirmación y prueba de aquel hecho excepcional y meritorio.

La pobre niña no tardó en volver á su morada; llevaba los pies lastimados y heridos, pero ¿qué le importaba esto, si en cambio procuraba los medios de salvación para su padre amado?

El campesino había caído en un letargo profundo; su respiración era penosa; el mal parecía acentuarse.

Cuando el generoso médico llegó á verle, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

La enfermedad había tomado ya proporciones peligrosas, y era imposible luchar contra su horrible poderío. Los auxilios de la ciencia eran ineficaces.

Inútiles fueron, por tanto, los esfuerzos de la tierna hija por salvarle; pocas horas después le vió morir. Con el corazón palpitante de pena, y sintiendo correr el llanto de sus ojos, Maruja se dispuso, siguiendo las instrucciones del doctor, á llevar el oportuno aviso del fallecimiento.

Cumplida la dolorosa misión, no tardaron en recoger el cadáver para conducirlo á su último lugar. Maruja siguió tras el cuerpo inanimado de su padre, acompañándole hasta la puerta del cementerio; hubiera querido continuar á su lado, pero no la permitieron entrar en la mansión de los muertos, más imponente que de ordinario en aquellos días de luto y desolación, y anegada en lágrimas, tornó á su triste hogar, ansiosa de hallar un consuelo en el pecho de su madre, ¡de su infeliz madre que lloraba en su lecho de amarguras, traspasada de dolor con la desgracia ocurrida, y considerando su impotencia para ayudar y proteger en el mundo á sus pobres hijos!

Mas el infortunio parecía haber clavado sus garras en el seno de aquellos seres.

El pequeño Antoñín no pudo salir con los corderitos al monte. El venenoso virus inoculado en sus venas, reveló bien pronto los síntomas de la mortal enfermedad, y la buena Maruja observó consternada que su hermano se hallaba atacado de la misma dolencia que en breves horas arrebató á su padre.

Conociendo la urgencia con que era preciso obrar y atender á la curación del niño, hízolo así la precavida doncella; mas era menester ir nuevamente á la cercana población por cosas indispensables; carecía de medios, y no quería separarse tampoco del niño enfermo; en trance tan aflictivo, una idea de consoladora esperanza iluminó su semblante: recordó á una pobre vecina á quien no hacía mucho había asistido en una larga y penosa enfermedad; tal vez esta buena mujer no se negaría á prestarle el servicio que necesitaba. Tomó unas tijeras, y cortando su abundante cabellera, negra como el ébano, corrió á la choza inmediata.

Con efecto, la agradecida mujer se hizo cargo de vender la hermosa trenza de Maruja y adquirir cuanto era necesario para el enfermito.

El sacrificio del pelo produjo el resultado apetecido, y nada faltó al muchacho. Pero el mal hizo rápidos progresos, aumentó por instantes, y al fin de nada sirvieron la abnegación y los supremos afanes de la cariñosa hermana.

Antoñín espiró, y Maruja, transida el alma de pena con los dos crueles golpes uno tras otro recibidos, no pudo acompañar al niño como á su padre; la vecina hizo sus veces; en tanto ella pensó en evitar el contagio de su madre y de sí misma abandonando la choza.

Pero ¿á dónde ir? ¡eran tan pobres! y además su infeliz madre, impedida, no podía salir por sus pies. La resolución urgía que fuese pronta y decisiva. El médico le había aconsejado que se alejaran de aquel lugar, si no querían morir todos contaminados.

Con tan terrible inquietud, la joven se dirigió á la puerta y extendió una mirada. Al frente sólo se veían las torres de la ciudad, tristes y silenciosas como nunca; por la izquierda las tapias del cementerio y los cipreses que asomaban por encima como inmóviles sombras compañeras de la muerte; más acá, la vieja choza de su vecina; sobre la derecha, los ennegrecidos techos de otros humildes hogares como el de ella; y allá lejos, por el lado del arrecife que llegaba hasta la ciudad, una casita blanca como la nieve, á la entrada de un huerto á medio cultivar.....

¡Ah! Maruja lanzó una exclamación de gozo; conocía bien todo aquello; la casita y el

huerto estaban solos, inhabitados y sin guarda desde que murió su padre, único labriego á quien el amo tenía encomendado el cultivo de las tierras y el cuidado de todo. Era lo que deseaba; por el pronto libraría á su madre de la atmósfera infectiva de su albergue, y al mismo tiempo serviría, reemplazando á su padre, para guardar la casita abandonada por muerte de éste.

¿Mas cómo conducir á la impedida?

En el corral, entre los aperos de labranza, había un carrillo de mano, y probó á llevarla en él.

Con fuerzas superiores á sus años, cogió á su madre entre sus brazos y la depositó lo más cómoda posible en el pequeño y rústico vehículo. Tiró de él despacio y cautelosa y anduvo un corto trecho; pero por mucho cuidado que empleara, el rudo movimiento era perjudicial y desagradable para los doloridos miembros de la tullida; no podía continuar así. Maruja, tomando entonces una nueva y heroica resolución, hizo un poderoso esfuerzo y cargó el cuerpo de la pobre enferma sobre sus espaldas. De este modo, con tan excesivo peso, caminó la joven dificultosamente, aunque con más comodidad para la anciana.

Así, madre é hija siguieron por el camino del arrecife, el más directo para llegar al punto deseado; pero no se hallaba tan cerca como parecía á la vista; era preciso caminar un buen rato en aquella posición difícil y trabajosa, sin desprenderse de la enorme carga. Maruja, derramando gruesas gotas de sudor, fatigada, proseguía sin parar por el sendero de su calvario, ansiosa de libertar á su querida madre del impío y contagioso mal.

La mitad del camino llevaba andado, cuando una nube de polvo removido por el galopar de algunos caballos, la obligó á detenerse, echándose á un lado para no ser atropellada por aquéllos.

La pobre muchacha iba ya rendida, sin aliento, perdiendo las fuerzas, próxima casi á desfallecer.....

La cabalgata se detuvo ante su vista; el espectáculo de la joven campesina caminando descalza, con la anciana sobre sus hombros, llamó la atención. El primer caballero de la comitiva, refrenando su alazán, desmontó con ligereza y se aproximó al interesante grupo de las dos mujeres. Los demás caballeros le imitaron.

Maruja no podía más..... se sintió ayudada por algunos brazos generosos, y depositó en tierra su precioso fardo. Con ingenuidad y sencillez contestó á las interpelaciones del primero, joven, moreno, de majestuosa y gentil presencia, cuya amabilidad y dulzura inspiraron confianza á la doncella. Los circunstantes que la rodeaban escucharon conmovidos la breve y sentida narración de sus recientes desdichas. El caballero, húmedos los ojos por la emción que producía en su pecho la escena que presenciaba, dió algunas monedas de oro á la joven. Todos hicieron lo mismo. La ruda campesina, maravillada, enmudeció de sorpresa; jamás había visto tanto dinero junto; era una cantidad fabulosa para ella, y no sabía si reir ó llorar de agradecimiento.

A una orden del joven moreno, madre é hija, cada una sostenida por un jinete sobre su caballo, fueron conducidas en pocos minutos á la casita blanca.

Maruja, todavía poseída de asombro, de admiración, permaneció en la puerta mirando alejarse á aquéllos.

Cuando el polvo que levantaban las pisadas de los caballos se perdió á lo lejos confundido entre la bruma del horizonte, la tierna zagala alzó los ojos al cielo como dando gracias, y abrazando con efusión á su adorada madre, ambas lloraron de alegría.

La buena hija, después de agudos sufrimientos favoreciendo á su anciana madre hasta agotar sus fuerzas, encontró en el camino á la providencia que á su vez la favoreció y le sirvió de apoyo, premiando con creces sus desvelos, ansiedades y sacrificios.

La limpia atmósfera de aquella casita, y el bien recibido, libraron á las dos mujeres de una muerte segura al haber permanecido un momento más en el foco de infección donde estuvieron metidas.

El dolor de la doble pérdida experimentada se confundió aquella noche entre las bellas imágenes de un sueño reparador y dichoso.

¡Cuántas hermosas ilusiones forjó la ardorosa imaginación de la campesina! En aquella casita podía hallar la salud su buena madre; allí vivirían las dos contentas y tranquilas! ella cuidaría de todo; del hogar, del sembrado, de las gallinas, de los corderos..... pero ¡ay! aquello no era suyo: la casualidad, mas bien, la misericordia divina, le había proporcionado aquel asilo provisional; más pasarían los días de tribulación con la epidemia, tornaría todo á su estado normal, vendría el dueño, y ellas tendrían que dejar la hospitalaria casita para volver á su triste choza!

—Si esta casa fuera mía—pensaba Maruja—¡qué feliz viviría yo aquí con mi madre, á la que tanto quiero, y la única familia que me queda ya en el mundo.

A los tres días de hallarse allí disfrutando de sosiego y buen alimento, gracias á la prodigalidad de los nobles señores que la socorrieron, Maruja vió con extrañeza llegar á la casa á un personaje desconocido, de buen aspecto y brillante uniforme, quien después de cerciorase si era la campesina que buscaba, le dijo, entregándole un pliego cerrado:

—Pues bien; la persona que hace tres días encontró á usted por el camino real, se ha servido distinguirla con la cruz de beneficencia, asignándole además una modesta pensión para su mantenimiento.

La muchacha quedó al pronto suspensa, callada, cual si no hubiera entendido; mas comprendiendo al fin la necesidad de decir algo, exclamó con entrecortado acento:

—Pero, señor, ¿á quién debo tal merced?

—A S. M. el Rey, que Dios guarde, contestó el mensajero, encantado de la candidez é ignorancia de aquélla; y saludándola volvió grupas al caballo con dirección á la ciudad.

Maruja cayó al suelo de rodillas, y con su natural rudeza, pero de corazón, elevó una ferviente plegaria al cielo por aquel que siendo rey no se había desdeñado de acercarse á ella y de ayudarla por sí propio, favoreciéndola con esplendidez y llevando sus beneficios hasta aquel extremo.

Pocos años después, Maruja, hermosa y robustecida como una matrona, era dueña absoluta de la casita blanca.

¿Creéis que se casó, ó que se entregó al descanso y relativo bienestar que podía brindarle su desahogada situación? Pues nada de eso: su madre absorbió por completo sus cuidados y ternura, y mientras ésta viviése, decía la joven, jamás daría oídos á los galanteos de los mozos que solicitaran su cariño.

La anciana, aunque no curada de su parálisis, había mejorado notablemente, y aun rejuvenecido, con los halagos y consuelos proporcionados por su hija.

Desde el primer momento de su suerte, Maruja, prudente y comedida, pensó en hacer suya aquella casita deseada, para bien y comodidad de su madre. Deseo que al fin vió logrado al cabo de algunos años de economías, trabajos y privaciones.

Y aun después de conseguido esto, la virtuosa muchacha continuó el mismo régimen de vida rústica, activa y laboriosa.

Por la mañana se levantaba á los primeros trinos de los pájaros, atendía solícita y cariñosa á su madre y se dedicaba á las faenas domésticas; al mediodía trabajaba en el huerto, cultivándolo por sí misma; por la tarde llevaba sus corderitos al monte, y por la noche daba gracias á Dios por sus beneficios y se entregaba al reposo.

La noble hija, favorecida por la misericordia divina, vivió humilde y feliz en su modesto retiro, sin más ambición, sin más deseos, sin más aspiraciones que la salud, el bien y el amor de su adorada madre.

Diez años más tarde, efecto de su mucha edad, falleció la anciana bendiciendo á su buena hija y rogándola que aceptara por esposo á un honrado labrador de las cercanías que la amaba comprendiendo sus méritos y virtudes—con el fin, le decía la tierna madre, de que tengas algún amparo en el mundo.—Maruja entonces, joven todavía y hermoseada con el encanto de una conciencia pura y tranquila, doblegóse al yugo del matrimonio, y fué completamente dichosa, siendo querida con ternura y hasta con veneración por su esposo y por sus hijos, cuyo amor inmenso y desinteresado, premio el de más valía para su alma, fué dulce remedo y traslado fiel del santo cariño que ella sintió por su madre.





Dolor de celos.

Emilio de Santisteban habíase unido en matrimonio con María Isabel Pérez de Guzmán.

El ángel de la dicha batía sus alas de transparente oro en torno de los enamorados esposos, y todo sonreía en su derredor.

Emilio veía en su compañera el complemento de sus aspiraciones. Bella, sensible, pura, instruída, y ornada además de todas esas pequeñas cualidades que engrandecen á la mujer en el seno del hogar doméstico, porque con ellas imprimen á cada objeto y en cada detalle el sello de sus primores, que constituyen un atractivo poderoso para quien las ama, la joven esposa colmó los deseos del tierno marido, que lejos de entibiarse ó de atenuar sus ardores con la posesión de la prenda querida, sintió por ella mayor cantidad de afecto, llegando á ser éste en su alma tan hondo, tan inmenso, que rayaba en adoración.

A María Isabel le sucedió de igual manera con su amado: bueno, cariñoso, inteligente y distinguido, Emilio era la imagen viva de sus ilusiones, el ideal de su existencia.

No podía darse mayor afinidad de ideas, de sentimientos y de gustos.

Era un matrimonio verdaderamente feliz, pues hasta su posición social, brillante por su riqueza y por lo ilustre de sus blasones, les favorecía y halagaba.

La luna de miel parecía despedir rayos de eternos resplandores sobre las frentes de aquellos dos seres privilegiados.

Pasó el tiempo sin que la más ligera nube de disgusto sombreara el cielo de su felicidad.

En el seno de la sociedad en que vivían, relajada y licenciosa como acontece generalmente en las grandes poblaciones donde se rinde culto al oro y donde se dilapidan las fortunas tanto en el lujo y la ostentación como en los vicios y los deleites, eran tenidos por modelos de esposos amantes y dechados de virtud.

Por esto las asociaciones benéficas solicitaron el apoyo de su influencia y de su generosa retribución, que ellos se apresuraron á facilitar, deseosos de practicar el bien y de ser útiles á los desgraciados, ya que de tantos beneficios gozaban ellos.

Ibase á cumplir un año de su matrimonio. El día del aniversario se prometían solemnizarlo agradablemente con una fiesta de confianza, para la que sólo invitarían á los amigos más íntimos y estimados.

Llegó la hora; todos acudieron solícitos y gustosos de tributar su parabién á la feliz pareja.

Terminada la comida, que fué espléndida y amenizada por sabrosa conversación y bromas del mejor gusto y oportunidad, pasaron los convidados á un salón decorado con más elegancia que lujo, donde cediendo á Euterpe el dominio de algunas horas bajo la fiel interpretación de manos hábiles, contribuyeron al encanto y la distracción.

Varias señoritas y un distinguido profesor del Conservatorio habían dejado escuchar los armónicos sonidos del piano.

La joven señora de la casa, accediendo á los ruegos de algunas personas, aceptó el brazo de un amigo de su esposo, doctor en medicina, famoso por su inteligencia y buen acierto, que había sabido crearse en pocos años nombre y posición; y aproximándose al piano, se dispuso á cantar, acompañada por aquél, que tocaba con exquisito gusto y perfección.

Los dos lucieron admirablemente sus facultades artísticas, desempeñando cada cual su parte de una manera magistral, aunque sobresaliendo María Isabel, que poseía una dulcísima voz de tiple, conmovedora hasta el extremo de hacer experimentar las más tiernas sensaciones al corazón.

El auditorio, complacido, entusiasmado, aplaudió á la cantante, que al terminar, entre felicitaciones y lisonjeros plácemes, volvió en compañía del doctor á sentarse en el sitio que antes ocupaba.

El médico, ó sea Carlos de Fedrian, que así se llamaba, dejóse caer á su vez en el mismo diván que aquélla, y limpiando el sudor de su frente, emocionado todavía por la música, habló con María Isabel de los encantos de ese arte divino, de las bellezas que contenía la obra que acababan de ejecutar, y de lo brillantemente que ella había sabido interpretarla.

En aquellos instantes Emilio se acercó á su esposa, y Carlos se levantó distraído sin mirarlo, yendo hacia donde se encontraba el profesor del Conservatorio, con quien emprendió una acalorada discusión sobre los maestros clásicos y modernos que más se habían distinguido por la originalidad de sus composiciones musicales.

Desde el primer momento, Emilio, sin explicarse por qué, se sintió molesto al ver al doctor junto á su esposa.

Al otro lado de ésta sentóse una señora, la cual, en voz baja, habló largo rato con María Isabel, que la escuchó con atención.

Las horas se deslizaron suavemente, con demasiada ligereza quizás para los que allí gozaron de tan deliciosos momentos; mas al fin llegó el término de la reunión, y los circunstantes fueron retirándose, no sin repetir antes al matrimonio su enhorabuena y su deseo de que disfrutara largos años de igual felicidad.

Al despedirse Carlos de Febrián, María Isabel, que parecía preocupada, le dijo en tono que nadie lo pudo oir:

—Doctor, reclamo su auxilio para un asunto de urgente necesidad; ¿puede usted venir mañana á las tres?

—Señora—contestó aquél en idéntico tono—mañana á las tres estaré á sus órdenes para lo que guste disponer de mí.

No hablaron más. Ninguno se fijó en este pequeño incidente. Sólo para Emilio no pasaron desapercibidos ni este detalle ni el de la señora que habló en voz baja con su esposa, ni la preocupación que había creído observar en ésta desde entonces.

Un disgusto profundo, insoportable, como de triste sospecha que sorprende hiriendo de improviso el alma, se apoderó de él, haciendo latir con violencia su corazón.

Cuando todos se retiraron y quedó solo con María Isabel, no le dirigió ni una pregunta, ni una queja.

Por primera vez en su vida los esposos permanecieron el uno junto al otro en silencio, reflexivos, indiferentes al parecer.

Sin embargo—pensaba para sí Emilio mirando á hurtadillas la tranquila fisonomía de aquélla—no puede ser; ella, la esposa amante y leal, mi compañera fiel, el ángel tutelar y cuidadoso de mi existencia, imposible, no había de engañarme; debo padecer una equivocación, y es infame mi sospecha.

Con estas meditaciones procuró convencerse y tranquilizar su ánimo el celoso marido.

Al día siguiente, un suceso al que no hubiese dado importancia en distinta ocasión, vino á renovar con más desgarradora pena sus dudas de la noche antes.

Al volver á su casa después de un asunto que le había tenido fuera de ella algunas horas, se encontró en la puerta con el doctor Febrián que salía. Un tiro de revólver disparado en su frente á quemarropa no le hubiera hecho peor efecto.

Correspondió fríamente al afectuoso saludo de aquél, y entró, dirigiéndose á su despacho, sin ir primero, como tenía por costumbre, á hacerse presente á su idolatrada María Isabel.

El acerado filo de los celos penetró de una manera ruda y cruel en su pecho, abriéndole ancha y dolorosa herida en el corazón.

¡Oh! acababa de ver salir de su casa á Carlos de Fedrián, su amigo de la niñez, que no solía frecuentar su morada sino muy raras veces, y aquella visita tan inmediata á la anterior, unida á los acontecimientos que habían exacerbado sus ideas, trastornaron con mayores incertidumbres y angustias su imaginación, por la que atravesaron pensamientos horribles, imágenes espantosas que desarrollaron en su cerebro escenas tremebundas como de un drama fatídico y sangriento.

Con la frente apoyada entre las manos y los codos sobre la mesa, permaneció sumergido en sus tristes cavilaciones, sin darse cuenta de las horas que pasaron, hasta que una voz querida, conmoviendo las fibras más sensibles de su pecho, le sacó bruscamente de su abstracción.

—Emilio, ¿qué tienes? ¿estás malo?—dijo con ternura María Isabel, colocando las manos sobre los hombros de su marido.

Éste la miró fijamente como queriendo escudriñar tras de aquellas pupilas negras como las sombras que se agitaban en su alma, lo que pasaba en el fondo de la mujer que con tal cariño le interrogaba, y rechazándola con una mano, la contestó con frialdad:

—Nada, no tengo nada.

María Isabel no insistió; muda, sobrecogida de asombro tal vez por el tono de aquella respuesta, quedó algunos instantes callada, sin movimiento.

Una lágrima ardiente osciló en sus pestañas, y rodando por sus mejillas se precipitó sobre la mesa.

Emilio la vió caer; aquella expresión de sentimiento no podía brotar de los ojos de una culpable, y como el hombre que despierta de una pesadilla cruel, cogió las manos de su esposa y exclamó con agitado y cariñoso acento:

—¡Oh! perdóname, Isabel; soy un necio, un visionario.

Después de este desahogo amoroso, de este lamento de su alma, volvió á caer en una profunda melancolía; el áspid venenoso de los celos había mordido en su corazón, y la desconfianza renació más fría y punzadora. ¿Quién sabe si tras de esa lágrima se ocultarán el engaño y la ingratitud, si será el velo de la hipocresía? Procedamos con calma y vigilemos —decía Emilio hablando consigo mismo.

A la mañana siguiente, muy temprano, salió María Isabel; altamente religiosa, era su primera ocupación oir misa todos los días, y nada debía extrañar esto á su marido. Sin embargo, en el estado de excitación en que se encontraba el ánimo de éste, lleno de horribles dudas, cada paso de su esposa era un motivo de incertidumbre y de amargura para él; salió en pos de ella á larga distancia y la vió entrar en la iglesia; entró también en el templo, y oculto en la penumbra de una de las naves laterales, aguardó hasta verla salir.

Terminado el sacrificio divino, María Isabel, ajena al espionaje de que era objeto, abandonó tranquilamente la casa del Señor, y sin titubear tomó la dirección opuesta al sitio en que vivía.

Latió fuertemente el corazón de Emilio, que la siguió como antes, procurando no ser visto por ella.

Al llegar al paseo inmediato, la joven se aproximó á un coche de punto, dirigió breves palabras al cochero, y entrando en el simón partió hacia adelante.

Emilio se introdujo en seguida en otro carruaje, diciendo al conductor:

—Siga usted á ese coche, y párese á distancia conveniente de él cuando se detenga; pronto, no se pierda de vista.

El áuriga fustigó al caballo, que tomó al trote en igual dirección que el otro vehículo.

Ambos caminaron durante un rato, hasta que por fin se detuvo el primero en uno de los barrios más apartados de la ciudad y delante de una casa de bien modesta apariencia.

Paróse á su vez el coche de Emilio; éste observó que María Isabel, apeándose del suyo, penetró con ligereza en el portal de la casa mencionada.

Emilio permaneció perplejo, confuso, llevóse las manos á la frente para comprimir los latidos que como agudas punzadas le atravesaban las sienes; sentía un dolor de cabeza horrible.

—¡Dios mío!—pensaba sin quitar la mirada fija en la puerta por donde había desaparecido María Isabel.—¿Quién vive en esa casa? ¿qué tendrá que hacer ahí mi mujer? No lo comprendo, ni lo quisiera comprender, porque si llega á ser verdad lo que me figuro, si se confirma la idea que como hierro candente abrasa mi cerebro, y adquiero al fin el testimonio de su culpabilidad..... ¡oh! entonces la mataré, sí, la mataré; no merece otra cosa la infame que, faltando á los más sagrados deberes de la mujer, engaña inicuamente á quien ha jurado amor y fidelidad ante Dios, y lejos de eso arroja sobre su nombre el es-

tigma y el vilipendio más odioso, arrastrando su honor y el de su marido por el inmundo lodazal del adulterio.

Pero es imposible, aun no lo quiero creer; una mujer tan pura, tan cariñosa, tan solícita con su esposo durante un año, ¿cómo ha podido variar en poco tiempo de una manera tan indigna y vergonzosa? Tal vez un capricho, una mala hora, ó quizás el cansancio, el hastío de la felicidad que le he brindado de continuo..... mas no, no, ¡si es un absurdo pensarlo, si no puede ser, si debo estar engañándome á mí mismo! y sin embargo, las circunstancias, las apariencias, me han hecho concebir este pensamiento cruel que me vuelve loco, este dolor terrible que me atormenta y que sólo podría desvanecer el convencimiento de lo contrario; necesito una prueba, alguna prueba que me persuada.....

En aquel momento, la casualidad, contestando á su muda interpelación, presentó á su vista la prueba más dolorosa, la más temible para su pecho.

Carlos de Fedrián salió de la casa en que se encontraba María Isabel.

Una bomba que hubiese estallado á los pies de Emilio no le hubiera aturdido más, ni habríale causado mayor impresión.

Su primer impulso fué arrojarse sobre el odiado rival que tan oportunamente, sin saberlo, había venido á confirmar sus crueles sospechas, y abofetearlo y estrangularlo entre sus manos como al más vil y miserable de los hombres.

Una nube de sangre se interpuso ante sus ojos, y estuvo á punto de consumar el hecho; pero un hombre de sus condiciones no podía dar tal espectáculo en la calle sin que el escándalo público fuese mucho peor y de más grave resultado aún que el crimen de los culpables en el misterio.

El ofendido esposo hizo un esfuerzo sobrehumano para contenerse, y desplomándose en su asiento, clavóse las uñas en el pecho como si intentara arrancarse el corazón.

El doctor había ya desaparecido.

Pocos minutos después, María Isabel abandonaba también el edificio, lugar sin duda de su impureza y del oprobio y deshonor de su marido, y montando en el coche que la aguardaba, volvió por el mismo camino antes recorrido, siempre seguida por el carruaje que conducía á Emilio.

Aquélla descendió en la puerta de su casa, y éste pasó de largo á fin de no infundirle sospechas.

Media hora más tarde, Emilio, pálido como la muerte y tembloroso como un azogado, llegó á su morada, aquella que había sido templo de sus amores y de su dulce dicha, hoy mansión de su martirio y su desgracia; y prohibiendo en absoluto que se le molestase para nada, se metió en su despacho, que cerró por dentro con llave.

Allí, solo con su tormento y con su angustia, se proponía madurar el plan que debía poner en práctica en un término inmediato.

La prueba había sido dura y convincente; la solución tenía que ser pronta y decisiva.

No le quedaba duda; había sorprendido la cita de los amantes; luego sus celos no eran infundados, luego era verdad su ignominia; y su mujer, aquella que creyó siempre tan virtuosa, tan santa, modelo de esposas fieles y honradas, era una perjura, una criminal adúltera que no había vacilado en entregar su honor al primero que lo solicitara, como la más infame ramera; su honor, más delicado aún y de más valía por no ser de ella sola, por pertenecer á su marido, sobre quien recaía tan ominoso baldón, tan indeleble mancha. El castigo debía ser grande como la culpa, severo como el dolor, terrible como la afren-

ta. La separación, el divorcio, no eran bastante; era menester más, mucho más; merecía hacerla sufrir tanto como estaba padeciendo Emilio, merecía la más cruel expiación, y después del dolor, la muerte.

—¡La mataré, la mataré! primero ella y luego yo—decía aquél con voz cavernosa y lúgubre, como si saliera del fondo de un nicho;—¿para qué quiero la vida con el sello que esa mujer indigna y sin decoro acaba de imprimir sobre mi frente? ¡y yo que vivía tranquilo y confiado; yo que la adoraba con tan inmensa ternura, que era ya veneración, delirio!..... ¡y ella me paga con tan negra traición!..... ¡Ay!.....

De los ojos de Emilio brotó un raudal de llanto cálido como el manantial en ebullición, cual gotas de vitriolo que quemaron sus mejillas.

—Mas no debo ser débil—exclamó de repente, descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa y con la mirada centellante de furor;—no debo dejarme dominar por el sentimiento, cuando siento la sangre en mis venas como plomo derretido, cuando ha quedado mi corazón insensible como miembro desprendido de mi ser, cuando tengo valor y fiereza suficiente para castigar por mi mano el delito, para lavar mi nombre manchado, para vengar el ultraje recibido.

—La muerte, sí, la muerte como única solución de tan deleznable y doloroso estado.—Y así diciendo, con agitación febril cual si se hallase poseído de un vértigo, comenzó á abrir y á cerrar los cajones de la mesa, sacando papeles que esparció sobre ella, y dos pistolas que examinó cuidadosamente, colocándolas luego sobre la misma.

El día pasó y la noche también en aquella aflictiva y excepcional situación, sin moverse de aquel sitio.

Varias veces habíale parecido percibir el rumor de pisadas leves que llegaban hasta la puerta y que se alejaban después con lentitud.

Los criados no se habían atrevido á infringir el mandato del señor, y unos á otros se preguntaban con extrañeza qué sucedia de extraordinario en aquel matrimonio hasta entonces feliz y ahora al parecer desavenido, él en su despacho todo un día y una noche sin comer ni dormir, y ella en su cuarto sin probar tampoco alimento y en vela, pálida y ojerosa como la Virgen del Dolor. Ninguno sabía responder á tales preguntas; sólo habían observado que la señora de vez en cuando salía de su habitación, dirigiéndose á la que ocupaba su marido, se paraba en la puerta como queriendo escuchar, y á poco tornaba triste y meditabunda á su dormitorio, donde se la oía gemir y suspirar.

Serían las ocho de la siguiente mañana cuando se oyó descorrer una llave y sonar el timbre del escritorio.

Emilio, asomando tras el portier el rostro cadavérico, sombrío, dijo al primero que acudió á su llamada:

—Diga usted á la señora que venga.

Esta orden, seca, terminante, dada en tono agrio y con acento poco tranquilizador, fué comunicada con respeto y dulzura á la señora, á quien todos querían por su carácter afable y bondadoso con cuantos la rodeaban y por su conmiseración y caridad con los necesitados.

María Isabel corrió anhelante al despacho de su marido y no tardó en presentarse ante su vista. El llanto y el insomnio habían enrojecido sus bellos ojos; la tristeza y el dolor se reflejaban en su hermosa fisonomía.

Al llegar cerca de su esposo se detuvo asombrada, poseída de un profundo terror. Miró las pistolas sobre la mesa, el aspecto imponente de Emilio, el desorden que había en todo,

y no pudo articular palabra. ¿Qué significaba aquello? ¡Virgen santa! ¿se habría vuelto loco aquel hombre de carácter tan apacible, prudente y comedido?

Emilio, sin mirar siquiera á su mujer, la dijo con acento sordo, amenazador como el rugido de la fiera:

—No tenemos nada que hablar; las explicaciones son inútiles; has cometido la más villana felonía, eres una miserable y vás á morir.

—¿Qué dices?—exclamó la joven estupefacta, en el paroxismo del espanto, más por lo extraño de lo que oía que por el temor de la sentencia.

—Pregúntalo á tu conciencia, á tu conciencia que es tu primer acusador, puesto que no has tenido reparo en despedazar sin clemencia el corazón de quien te amaba, puesto que has abusado traidoramente de la ciega confianza que en tí había depositado, puesto que has tirado por el lodo tu honor, tu honor que guardaba el mío.....

—¡Emilio!—gritó entonces María Isabel, irguiéndose altiva como leona herida en lo más sensible del pecho, y colocándose sin miedo, valerosa, delante de aquel, que empuñaba una de las pistolas apuntando hacia la frente de ella.

—¡Emilio!—repitió;—¿qué osas proferir?

Había tal dignidad, tal expresión de sentimiento y de orgullo ofendido á la vez en aquellas palabras, y tal majestad en aquel semblante, que el furioso marido, un tanto dominado por el imperio de aquella voz, bajó el brazo que sostenía el arma homicida, hasta dejarlo descansar sobre la mesa.

El acento seguro de María Isabel no era el acento del acusado que contesta desde el banquillo del reo de muerte; su severa actitud no era la del criminal que escucha la delación de su delito.

—Mátame si quieres—añadió con enérgica entonación;—poco me importa morir después de haber perdido tu cariño, después de haber oído de tu boca esas terribles frases que acabas de pronunciar; pero antes díme qué clase de culpa es la que se me acrimina, cómo has podido abrigar en tu pecho semejante calumnia.

—¡Calumnia! ¡oh! no es calumnia lo que yo he visto por mis propios ojos, lo que yo mismo he descubierto, la horrorosa evidencia que he logrado adquirir, la persuasión de tu vergonzosa conducta; pero esta verdad quema mis labios y no quiero juzgar tu proceder sino arrancándote la vida y borrando también mi nombre de entre los vivos, mi nombre que has mancillado sin piedad.

—Emilio, vuelve en tí, serénate un instante; tu nombre permanece limpio y resplandeciente como el sol; mi conducta es intachable y pura cual corresponde á una mujer honrada; padeces una ofuscación que no alcanzo á definir; cálmate, reflexiona un momento y díme en qué fundas tan incomprensible aseveración.

—¡Imposible, imposible!—articuló Emilio cual si se contestara á sí propio; lo que yo he visto no tiene más explicación; en vano intentarás convencerme con ese tono de falsa hipocresía que siempre habrás empleado para inspirarme confianza, para velar el fondo corrosivo donde asentabas tu fingido amor. Yo te creía pura como el cielo, sensible y buena como los ángeles, y tu cuerpo está corrompido, y tu corazón es de hierro, y tu alma se envuelve entre los asquerosos desgarrones del adulterio.

—¡Calla! ¡calla! ¡Dios poderoso! ¿qué horrible delirio es éste?—gimió María Isabel estremeciéndose y roja de indignación y de vergüenza. Te engañas, te engañas cruelmente, y no te atreverás á presentarme ni una sola prueba de lo que dices.

—¿Pruebas quieres?—gritó el esposo colérico, acercándose á su mujer; y cogiéndola con dureza por un brazo agregó, bajando la voz, ronca como ruído subterráneo:

—¿Qué hiciste ayer por la mañana en el núm. 5 de la calle de Rodas, en compañía del doctor Fedrián?

—¡Ah! ¡gracias, Dios mío, que acabas de despejar las tinieblas de mi alma!—dijo la afligida esposa, levantando la vista agradecida, como si á través de la techumbre pudiera reflejarse el cielo. Al fin veo desvanecerse el error, al fin comprendo el origen de tu alejamiento y de mi dolor infinito, la causa de tu martirio y de esa obcecación que ha estado á punto de hacerte cometer un crimen; Emilio, esposo mío, no necesito vindicarme con palabras; de otro modo apareceré á tus ojos tal como soy, como he sido y como seré mientras vivas; te convencerás por tí propio; ven.

Y tirando suavemente de su marido por una mano, sin que éste hiciera el menor movimiento de resistencia, lo llevó consigo fuera de la habitación.

Algunos momentos después caminaban los dos en silencio, agitados por la emoción que sentían sus almas, en un carruaje con dirección á la calle de Rodas.

Llegaron al núm. 5 y subieron las empinadas y sucias escaleras; al final de éstas un obscuro y estrecho pasillo daba acceso á las boardillas; María Isabel condujo por allí á su marido, que se dejaba guiar como un autómata.

—Aquí es—dijo aquélla, parándose delante de la última puerta, que se hallaba entornada; en el interior hablaba una voz de hombre conocida de ambos.

—Esperemos, Emilio mío; la Providencia detiene ahí al doctor para mayor aclaración de los hechos; no conviene que se aperciba de la tormentosa lucha que ha ocasionado, sin saberlo, en tu corazón de esposo amante.

—Vamos bien, muy bien;—decía dentro la voz de Carlos de Fedrián; la gravedad del mal ha desaparecido, ahora lo que precisa es alimento y precaución cuanto sea posible en el estado de endeblez en que usted se encuentra, y á no pensar en penas, que la misericordia de Dios es muy grande. Ya veo que tiene usted hoy cama nueva y colchones cómodos.

—¡Ay, señor don Carlos!—dijo con acento débil la enferma; gracias á la señora presidenta, que ayer me envió todo lo que usted ve; ¡cuán buena y generosa es! desde que una señora de la Conferencia le avisó de mi triste y doloroso estado, no he recibido sino beneficios de su mano; médico, buen caldo, cama, todo, y aun más de lo que ha sido menester. ¡Oh, doña María Isabel es un ángel de caridad; Dios la colme de dicha, y Dios se lo pague á usted también, señor don Carlos, pues gracias á su cuidado y asistencia me encuentro ya mejor.

—Vaya, no se fatigue usted en hablar; á mí no tiene usted que agradecerme nada; soy en la actualidad facultativo de la Junta benéfica de que es presidenta esa señora, y tengo el deber de asistir á los enfermos que patrocina bajo su amparo. Conque, adiós; á seguir el régimen que le he prescrito; y usted, señor Braulio, vaya un cigarro, y no deje de tomar la tisana, que calmará su padecimiento. Hasta mañana, Manuela, que volveré á ver cómo siguen esas fuerzas.

—Vaya usted con Dios y con la Vírgen, señor don Carlos—dijeron dos voces al mismo tiempo.

Isabel y Emilio se retiraron á lo más obscuro del pasillo. Cuando hubo salido el doctor, penetraron en la estancia de la enferma.

El cuadro que se presentó á la vista de Emilio, conmovióle profundamente.

Era una habitación casi cuadrada, con el techo aboardillado y una ventana vecina de las tejas. Muebles no había más que un viejo sillón de brazos, en el que se hallaba embutido un pobre octogenario imposibilitado por los achaques de la edad; una mesa coja, una silla con el asiento roto, un cántaro, varios cacharros de cocina, un jergón arrinconado, sobre el que jugueteaba con la inocencia de los tres años una niña vestida con un deslucido gabán de mujer, y últimamente, á la izquierda, formando contraste con todo lo demás, una cama de hierro con colchones de lana y buena cubierta, donde yacía la enferma; ésta, medio sentada, apoyándose trabajosamente sobre las almohadas, daba el escuálido pecho á un niño raquítico de pocos días de nacido.

Cuando Manuela vió entrar la nueva visita, una exclamación de gozo se escapó de su garganta; el viejo tosió de satisfacción, y la niña, corriendo con júbilo hácia María Isabel, la besó una mano.

—¡Ah, gracias, señora! Me había dicho usted que no volvería tan pronto, y su presencia inesperada me consuela como la mejor de las medicinas.

—No agradezca usted mi venida sino á mi esposo, á quien gusta conocer de cerca la desgracia para remediarla por su mano, agregando á mi modesto socorro mayores auxilios.

—¡Cuánta bondad, señor! ¿cómo le pagaremos tanto bien?

—De ninguna manera más que aceptando esta pequeña dádiva.—Así diciendo, Emilio sacó de su cartera un billete de cincuenta pesetas que puso sobre la almohada de la pobre mujer y añadió: —Todos los meses tendrá usted igual cantidad.

—Pero ¡Dios mío! ¿quiénes somos para merecer tan inmenso favor?—dijo la enferma entre asombrada y conmovida, mientras el viejo volvió á toser, y con el dorso de la mano derecha se limpiaba una lágrima detenida en una de las arrugas de su rostro.

Emilio sentía también los ojos humedecidos.

—Y qué, ¿no tiene usted marido?—preguntó con interés á la pobre madre.

—¡Ay! no señor; lo perdí hace pocos días. Mi marido era albañil y con su sueldo y lo poquito que yo agregaba planchando, lo pasábamos regular y contentos, y hasta me permitía algunas veces proporcionar á mi anciano padre que ve usted, comodidad y regalos; pero el infortunio se desplomó de repente sobre nosotros; mi marido cayó de un alto andamio, quedando muerto en el instante, y tan dolorosa sorpresa en mi estado me hizo dar á luz antes de tiempo á esta criatura; estuve entre la vida y la muerte, y todos hubieran perecido á la vez que yo, si una pobre vecina, condolida de nuestra situación, no nos hubiera auxiliado primero por sí sola, y después dando aviso á la beneficencia. En estos días fué preciso vender todo nuestro modesto ajuar para que no se muriesen de hambre mi padre y mi hija y para atender á los primeros medicamentos. Pero ¡ah señor! la Junta puso en conocimiento de doña María Isabel mi desgracia, y desde entonces la bendición de Dios ha entrado por esta humilde casa; ¡bendita, bendita su caridad, y bendito asimismo el bien que usted, digno esposo de la señora, viene también á prestarme!

—Y el niño, ¿cómo se encuentra?— preguntó aquélla conmovida y deseosa de cortar los elogios y bendiciones de la buena mujer.

—El pobrecito mío va tomando aliento; ya no llora de hambre; desde que está bebiendo la leche que por orden de usted me traen por las mañanas, se ha puesto tan animadito que da gusto verlo.

—Bueno, eso me gusta; y la vecina, ¿cuida bien de usted y de los demás?

—Sí, señora; tan atenta y cariñosa como si se tratara de su propia familia; y eso que la pobre tiene la obligacion de su marido; es un corazón de oro; mas aparte de eso, ya sé que también le paga usted el servicio.

—Bien, no se ocupe usted de eso, Manuela; piense usted nada más que en restablecerse y adquirir fuerzas, siquiera por estos angelitos y ese achacoso anciano que tanto necesitan de usted. Ahora nos retiramos; ya volveremos otro día, adiós; adiós, señor Braulio.

—Vayan con su Divina Majestad los nobles señores—dijo el viejo con voz temblona, tosiendo y limpiándose los ojos á la vez.

—Que el Señor eche su santa gracia sobre tan generosos corazones—quedó murmurando Manuela, mientras desde el fondo de su alma elevaba una oración al cielo por aquellos que la favorecían.

Cuando los esposos regresaron á su casa y entraron en su gabinete, Emilio, emocionado aún, poseído de la mayor agitación, y dejando correr las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, abrazó tiernamente á su mujer, exclamando después de aquella muda y expresiva manifestación de sentimiento:

—Perdóname, Isabel mía, perdona mi ceguedad; eres una santa, y yo un insensato que me he atrevido á ofenderte dudando de tu virtud.

—¡Emilio de mi alma!—prorrumpió llorando á su vez de dulce satisfacción la noble y digna esposa, viendo justificada su inocencia;—debes haber sufrido mucho. Los celos, leí en un libro sagrado que producen los más crueles dolores en el corazón humano, y que han sido causa muchas veces de la perdición del hombre. Casi siempre los celos son originados por vanas alucinaciones de la fantasía, y suelen inducir al pecado á quien no ha pensado en ello. Para evitar estos males, dice el ilustrado autor de ese libro, es preciso obrar con la mayor prudencia; en el primer caso, no dejándose engañar por apariencias, no dando vida á los delirios de la mente y sujetando los arrebatados impulsos del corazón por medio del raciocinio; en el caso de que los celos fuesen desgraciadamente fundados, hay que consultar antes de nada, como conviene hacer en todas las situaciones críticas de la vida, con persona respetable y de experiencia, y atenerse á las razones de la moral y de la justicia; no dar incremento á la culpa por medio de actos violentos ó del abandono total, sino conduciéndose de la manera más digna y decorosa; procurar por cuanto sea posible llevar al náufrago á puerto de salvación, por los caminos de la gracia divina, que llegan indefectiblemente al arrepentimiento y á la virtud.

Emilio escuchó á María Isabel como quien oye una voz del cielo, y volviéndola á abrazar, dijo desde lo más íntimo de su alma:

—¡Oh! ¡la lección es sublime! grabada queda en mi pecho, y no se borrará jamás de mi memoria; gracias, esposa amada!





El amor y el interés.



La amistad, ese afecto suave y delicado que une á los corazones tiernos con el lazo agradable de la simpatía, pero que rara vez suele encontrarse en la esfera social en que vivimos puro y verdadero, desposeído de todo sentimiento que no sea noble y generoso, habíase arraigado, sin sombras de ningún género, en los sensibles y amorosos pechos de Elvira y Feliciana.

Las dos jóvenes, ligadas estrechamente por los vínculos del cariño y de la desgracia, distaban mucho en tipos y caracteres.

La primera, hermosa criatura de veinte años, blanca, rubia, de ojos grandes y claros, y esbelta como los lirios del pensil, era apacible y bondadosa, prudente y discreta, y poseía además todas las bellas cualidades que distinguen á la mujer.

La segunda, algo menor de edad y de estatura, de ojos y cabellos negros, boca un poco grande y nariz aguileña, era de imaginación viva, arrebatada, irreflexiva y un tanto coqueta y ambiciosa. Buena, sin embargo, en el fondo, fácilmente se la guiaba y corregía. Por esto no extrañará encontrarla íntimamente en armonía con su amiga, tan diferente de condición.

Huérfana de un título de Castilla que murió víctima de su opinión política, emigrado y en la más triste ruina, Elvira, después de haber disfrutado una niñez cómoda y feliz, se encontró á los quince años sola con su madre y en la mayor miseria. Educada en un colegio de París, y comprendiendo la necesidad de utilizarse de sus conocimientos y de

adquirir medios para el sostenimiento de la vida, se dedicó á bordar, trabajo que le reportaba bien poco, pero con lo cual tuvieron que ir pasando madre é hija.

Feliciana casi no conoció á sus padres. La infeliz madre, con un niño de dos años y la niña de pocos meses, quedó sumergida en el dolor de la viudez, y en breve tiempo enfermó y sucumbió á su pesadumbre.

Los huérfanos fueron recogidos por una tía, hermana del padre, la cual no contaba más que con los escasos recursos de una exigua pensión que apenas le alcanzaba para sufragar sus reducidos gastos. Con mil trabajos y economías fué la buena señora sacando adelante á los sobrinos y atendió á su educación, dedicando á Feliciana á los estudios del magisterio, con el fin de que se pudiera manejar por sí sola cuando ella le faltase; y al niño Valeriano al oficio de cajista, pues le era de todo punto imposible costearle una carrera.

Eran muy jóvenes aún los dos hermanos y Elvira, cuando hicieron conocimiento por haber la madre de ésta tomado para vivir un pequeño cuartito en la misma casa donde vivían aquéllos.

Desde entonces las dos familias se trataron con fraternal confianza y se ayudaron mutuamente en los apuros y trabajos. Así corrieron los años hasta la época en que hemos presentado á las dos amigas.

Elvira seguía bordando para sostener con modestia sus necesidades y las de su madre. Feliciana había terminado sus estudios para la enseñanza, por dar gusto á su tía, no porque se hallara dispuesta á ejercitarse en tal trabajo mientras viviera aquélla. Y Valeriano, ya un mozo de veintiún años, libre de quintas por el número, gracias á la suerte, continuaba en la imprenta donde entró de pequeño, pero ahora con más sueldo, ocupando un buen lugar, trabajador é inteligente, y querido y considerado de su jefe.

Todos los domingos, libres de sus tareas diarias, se reunían los jóvenes en casa de Feliciana, á donde solía concurrir también Diego, amigo de Valeriano, dependiente del comercio y muchacho de excelentes condiciones.

Diego manifestó su amor á Feliciana, y sus planes de crearse un porvenir, si no desahogado, tranquilo al menos, porque no les faltaría lo necesario, en razón de que sus ahorros, con alguna protección, le permitirían emprender el negocio por su cuenta á la vuelta de algunos años.

Feliciana se rió de él, aunque sin dejar de alentar sus esperanzas con miradas y coqueterías. Refirió á Elvira lo ocurrido, con ánimo de que ésta la ayudara á burlarse del enamorado; mas lejos de ello, la prudente amiga le advirtió las buenas cualidades de Diego y que sin duda podría ser feliz aceptando su cariño.

Pero Feliciana tenía otras aspiraciones; Diego era muy poco para realizar sus sueños de grandeza, y optó por seguir riéndose y halagándolo á la vez, sin compromiso, lo cual fué un martirio permanente y cruel para el mancebo.

Elvira reprochaba la conducta de su amiga y le aconsejaba fuera más indulgente y amable con el tierno Diego, que cada vez se sentía más apasionado por la joven.

Corrió de esta manera el tiempo, hasta que al fin, convencida Feliciana de lo imposible que le sería llegar al término de sus afanes de lujo, comodidad y goces, dejándose guiar por las reflexiones de Elvira, accedió á contraer relaciones de amor con Diego. Este se consideró feliz, y animado por haber conseguido el cariño de la mujer adorada de su corazón, se propuso con actividad y constancia adelantar en sus propósitos,

captándose las simpatías de su principal, á fin de que éste le protegiera adelantándole medios para establecer su negocio y casarse.

Todo fué bien durante dos años, al cabo de los cuales estaba resuelto el matrimonio y á punto de realizarse todos los planes de Diego. Este, en fuerza de trabajos y privaciones, iba comprando lo necesario para poner la casa con la perfección posible, pues conociendo el carácter y las pretensiones de Feliciana, no quería prescindir del menor detalle, ni que ella pudiera carecer de nada á su lado; mas siendo los medios con que contaba cortos para tanto gasto, fué tomando pequeñas cantidades del cajón confiado á su honradez, con ánimo de devolverlo cuando se hallase ya establecido y en circunstancias para ello.

Feliciana no se avenía á cualquier cosa, y era preciso ponerlo todo con cierta elegancia sin reparar en sacrificios; pero la verdad era que el pobre Diego se iba comprometiendo demasiado sin precaverlo.

Elvira no conocía este detalle, ni podía adivinar cómo era aquel exceso de gastos en un joven de su clase, y más de una vez hizo observar á su amiga el despilfarro de su futuro, aconsejándola que le contuviera y arreglaran las cosas con más sencillez y modestia.

Pero Feliciana no se preocupaba mucho por esto, ni menos se detenía á pensar cómo se verificaba el prodigio con tan poco sueldo. Aquello la halagaba, y lo demás la tenía sin cuidado.

Iba á habitar una casita preciosa, bien amueblada y abastecida de todo, y sus trajes y adornos de boda, regalos de Diego, eran elegantes y de algún valor. Su vanidad se veía casi satisfecha.

Diego aligeraba los preparativos del casamiento antes que los del negocio, y ya tenía señalado el día de su felicidad.

Pero la desgracia alteró de repente los sucesos.

Gravemente enferma la tía de Feliciana, fué preciso aplazar la boda. La buena señora, presintiendo su fin, hizo dirigir una carta á un hermano que tenía en Barcelona, rogándole que protegiera á los niños, como ella siempre los llamaba. La enfermedad siguió su curso progresivo, y después de muchos días de sufrimiento, aquéllos, que la amaban como á una verdadera madre, tuvieron el disgusto de verla morir.

Dos días antes había llegado el hermano, el cual atendió debidamente á los gastos de enfermedad y entierro, y terminado todo, propuso á Feliciana, para distraerla, llevarla á pasar una temporada con su familia en Barcelona.

Feliciana, que no había salido jamás de la población donde naciera, y que tanto ambicionaba viajes y recreos, admitió en seguida la invitación, sin reparar en el desconsuelo de su amante, á quien interesaba, tanto por su cariño como por lo comprometido de su situación, abreviar el casamiento. Ahora tenía que esperar un par de meses cuando menos, y corazón generoso hasta lo infinito, se resignó á ello con la esperanza de que Feliciana no retardaría su vuelta.

La joven, muy contenta de poder disfrutar de aquella variación de vida antes de sujetarse al yugo del matrimonio, marchó con el tío, no sin hacer en su despedida grandes promesas y ofrecimientos al confiado y amoroso Diego.

Valeriano quedó en tanto solo, al cuidado de Elvira y de su madre que lo miraban como de la familia.

Estos jóvenes se trataban con la familiaridad y el cariño de hermanos, pero siempre

con cierta consideración y timidez que más de una vez había hecho reir á Feliciana.

Lo cierto era que Elvira, sin ser grave ni uraña con Valeriano, infundíale temor y respeto.

Jamás se había atrevido el joven á revelarle el secreto de su pecho, y sin embargo, la amaba desde que la conoció, y aquel cariño había ido creciendo con el continuo trato y con el conocimiento de las virtudes de Elvira, y tenía ya hondas raíces en su corazón; pero se guardaba muy bien de confesarlo; pensaba que sería desdeñado por ella, y no se creía suficiente por su pobreza, ni que lo admitiera nunca por esposo la que algún día pudiera, por los azares de la fortuna, volver á gozar de su pasada grandeza.

Valeriano juzgaba mal, en este sentido, de los hermosos sentimientos de Elvira; ella lo comprendía así; había adivinado la clase de afecto que la profesaba aquél, y sus pensamientos y cualidades, en armonía con los de ella, habíanle inspirado mayor cariño que el de hermano, y desde el primer momento reservó en su corazón el lugar predilecto para Valeriano.

La joven desechó siempre todas las proposiciones amorosas que le hicieron; la última, hallándose ausente Feliciana, fué la de un capitán de artillería, hijo de una distinguida familia, el cual le ofrecía un porvenir brillante y desahogado. Elvira lo rehusó también, con asombro de todos los que conocían lo difícil y penoso de su existencia.

Valeriano, halagado, poseído de un secreto presentimiento, al saberlo, se atrevió á interrogarla con discreción por qué no lo admitía, si aun no le parecía bueno aquel partido; ella, sonrojada, pero con dignidad, dejando entrever el fondo de su alma, le contestó que no la movía el interés de la conveniencia, que sólo se casaría por amor, y que su corazón no amaría más que al que tenía ya elegido.

Estremecido de dicha Valeriano, sintiendo renacer su pecho á la esperanza, se hizo más expresivo, menos reservado y más cariñoso con su amiga, hasta que aquella misma expansión, desvaneciendo las dudas y temores los condujo al terreno para los dos tan deseado.

Sus corazones se entendieron; y el afecto, contenido algunos años, brotó al fin, grande, verdadero, ardiente y puro, como sólo podían sentirlo aquellas dos criaturas privilegiadas.

Valeriano y Elvira se amaron con todo el fuego y la sinceridad de la primera pasión sin nubes, del sentimiento leal y bien arraigado.

En tanto habían transcurrido tres meses y Feliciana no volvía; se hallaba contenta y halagada en la capital del Principado, y aun no pensaba en su regreso.

Diego estaba desesperado; sólo de tarde en tarde, y después de varias suyas, recibía carta de ella, y ésta, lacónica, referente nada más qué á sus paseos y diversiones, cosas que ponían de mal humor á Diego. Este la rogaba en todas sus cartas que volviera, y hasta llegó á indicarle el perjuicio que le sobrevendría con la dilatación de sus proyectos.

Lejos de atender á tal indicación, Feliciana dejó de escribirle del todo. Inútiles fueron cuantas quejas y súplicas le dirigiera el joven; aquélla permanecía muda, indiferente.

Diego la creyó ofendida, disgustada; confiado y lleno de esperanzas como todo enamorado, no podía suponer que aquello fuera olvido; le parecía incapaz de faltar á sus promesas; y deseoso de hallar consuelo, fué á participar sus pesares á Elvira, en la seguridad de que ésta le daría noticias ciertas y procuraría dulcificar y poner en buena armonía las cosas.

Elvira le recibió amable como siempre, pero triste, preocupada por alguna idea. Después de escuchar sus quejas y francas manifestaciones, le dirigió algunas palabras consoladoras, y por último, haciendo un esfuerzo, le dijo con pesar:

—Olvídela usted, Diego; Feliciana no merece que usted la quiera.

El joven se quedó inmóvil, absorto, como quien oye de improviso su sentencia de muerte. Pasada la primera impresión, quiso saber el fundamento de aquellas frases pronunciadas por la mejor amiga de su infiel amada, y tanto insistió y tanto dijo, que al fin Elvira se resolvió á ponerlo en conocimiento de la verdad, pues la sabía toda por carta de Feliciana.

La posición regular de los parientes de ésta en Barcelona la permitió asistir á bailes y reuniones; en una de éstas admitió los obsequiosos galanteos de un viejo capitalista que gustó de sus atractivos, y enamorado, y alentado sin duda por ella misma, le propuso si quería ser su esposa. Feliciana vió el cielo abierto; con esta boda podría llevar á cabo sus encantadores ensueños de bienestar y riqueza, podría llegar de hecho al colmo de sus ilusiones.

No vaciló. Diego no le podía brindar tanto bien, y la elección no era dudosa. ¿Qué le importaba lo demás? ¡Cuánto se alegraba de no tener entonces á su lado á Elvira, que hubiera recriminado su proceder con Diego y le habría aconsejado de otra manera! Por esta razón, nada refirió del particular á su amiga ni á su hermano hasta que el asunto se llevase á efecto.

Dispuesta la boda, inmediatamente se verificó, y la joven, ricamente engalanada con el equipo de una princesa, marchó con su viejo esposo hacia París, con objeto de pasar un par de meses y volver luego á Barcelona, donde tenía éste su espléndida morada. Feliciana se encontró en el apogeo de sus aspiraciones y se juzgó feliz; entonces fué, desde la populosa capital de Francia, cuando escribió á Valeriano y Elvira participándoles su cambio de estado y de posición y lo dichosa que era.

El hermano y la amiga recibieron la noticia estupefactos, con asombro, indignados, pues la conducta de Feliciana con Diego era cruel, imperdonable, no tenía calificación.

El desgraciado amante creyó volverse loco; su dolor, su amargura, su desengaño, fueron horribles. Y lo peor de todo, lo falso de su situación en la casa donde se hallaba colocado; su nombre y su reputación estaban comprometidos, y todo por aquella mujer ingrata, desagradecida, sin corazón, que no había sabido apreciar el valor del sacrificio de quien tan ciegamente la amaba y que tal pago recibía. La ambición, el egoísmo, dominaron á todos los demás sentimientos en el pecho de Feliciana.

Diego, con un infierno de penas que le abrasaban interiormente, fué á su casita; aquella casita que durante la ausencia de su amada se había esmerado en arreglar con el mayor primor para cuando volviera la paloma que había de ocupar el nido bendito de sus amores..... Indignado, cegado por una nube de cólera, todo lo deshizo, todo lo rompió, todo lo arrojó por en medio, pisoteado, destruído; y cuando ya no tuvo que descomponer, cuando hubo desahogado de aquella manera su furor, cuando miró su obra, quedó abatido, anonadado, como rendido al golpe doloroso de tan fuerte sensación.

Diego pensó morir. Pasado algún tiempo, los acreedores empezaron á presentarle sus cuentas; era preciso pagar á los que le habían facilitado muebles, telas y otros objetos, y reclamó sus ahorros para atender á tan justa petición. Aquellos ahorros que obraban en poder de su jefe, y con los que él, haciendo fabulosos cálculos, contaba para establecerse

y abonar el déficit que tenía en la casa; pero ¡ay! los gastos habían sido excesivos, superiores á lo que imaginaba, y él se encontró en descubierto por una suma que no podía restituir.

No tardó en echarse de ver el desfalco; su principal tuvo que satisfacer el giro de una fábrica por una gran remesa de géneros; hizo su arqueo y vió con sorpresa que le faltaba una considerable cantidad. Fácilmente se averiguó quién había sido el autor de tan baja acción, de tal abuso de confianza; y Diego, el pobre Diego, que no pensó jamás llegar á tan aflictivo estado, que hubiera preferido la muerte á su deshonra, fué preso y encerrado en una cárcel como el más torpe y miserable de los criminales, acusado de estafador.

Su delito era de los que merecían un ejemplar castigo. No tenía tampoco quien le protegiera, quien intercediera por él, y tuvo que resignarse á sufrir dolorido, avergonzado, una larga condena en aquel lugar de oprobio y execración.

Elvira y Valeriano lloraron la terrible desventura de Diego, ocasionada por causa de la irreflexiva y ambiciosa Feliciana, y no contestaron á su carta; como se llamaba feliz, no quisieron saber más de ella, ni despertar su conciencia con la relación de las desdichas de Diego.

Ellos, en tanto, impulsados por el inmenso y desinteresado amor que se profesaban, fueron arreglando sencilla y humildemente sus cosas, sin esfuerzos, sin sacrificio, con lo que buenamente podían gastar; y sin esperar á tener todo lo necesario, porque era imposible, aviniéndose con lo que ya tenían, celebraron su enlace y se quedaron á vivir con su buena y querida madre, pero en la casa de Valeriano, por ser ésta algo mayor que la que ellas tenían.

El jefe de Valeriano, complacido por la buena conducta de éste, le hizo un buen regalo de boda y lo elevó á la categoría de regente de la imprenta.

El matrimonio vivió feliz y tranquilo, teniendo como norte y guía de su existencia el trabajo, el amor y la modestia.

Poco más de un año habría pasado de todo lo ocurrido, cuando una mañana llegó á manos de Elvira una carta de Barcelona: era de Feliciana, y estaba concebida en estos términos:

«Amiga de mi alma: Conozco que estás indignada, así como mi hermano, por mi ligero proceder, y que á esto se debe sin duda vuestro silencio, vuestro olvido; comienzo por pediros perdón de mi culpa; obré mal, muy mal, pero lo comprendí cuando ya no tenía remedio; yo pensaba que la riqueza constituía la mayor felicidad para la criatura, y me engañé á mí misma; hoy soy la mujer más desgraciada de la tierra. Mi marido, por quien no siento el menor átomo de cariño, es un déspota, celoso, que no me permite salir ni ver á nadie, y que me tiene constantemente vigilada y encerrada en mis habitaciones, en las que nadie entra nada más que él y mi doncella.

»Mi vida es un continuo suplicio. ¿De qué me sirven el boato y las comodidades que me rodean, si mi corazón no disfruta del amor materno, ni del conyugal, ni de ninguna de las afecciones puras que hacen agradable la existencia? ¡Ay! ¡todo este esplendor lo daría por volver á mi humilde cuartito de soltera! Si yo no me hubiera alejado de tu lado, Elvira mía, sería más feliz en estos momentos, porque tú me habrías aconsejado que cumpliera con Diego, como debí hacerlo; ¡pobre Diego! ¿qué ha sido de él? Se habrá casado con otra; me aborrecerá. ¡Cuán dichosa hubiera sido con Diego! Aquí no tengo nada que me halague; y si siquiera tuviese la esperanza de disponer libremente de esta fortuna á la muerte de mi esposo, que por su edad y sus padecimientos no tardará en

ocurrir, entonces volaría á tu lado y no me separaría de tí, y aun podría aspirar á días de tranquilidad y de ventura; pero nada de eso; de tal modo tiene arreglado su testamento, como él mismo me ha notificado por mortificarme, porque es cruel, que me obliga á vivir en compañía de sus sobrinos, los únicos herederos, sujeta al vitalicio que me tiene señalado mientras no me separe de aquéllos; ¿comprendes todo lo horrible de mi presente y mi futuro?

»¡Escríbeme, por Dios! ¡que tenga al menos el consuelo de saber de tí y de mi buen hermano, y de todos los que me amaban!

»Tu desventurada amiga

Feliciana.»

Valeriano y Elvira, compadecidos de la suerte de su infeliz hermana, contestaron á correo seguido lo siguiente:

«Querida Feliciana: hemos tenido una alegría y un pesar con tu carta. Creíamos que eras dichosa, y por eso te dejábamos en paz; hoy, participando de tu amargura, te escribimos.

»Siento darte noticias que te harán sufrir; pero las pides, y no quiero dejar de satisfacer tus deseos.

»Tu hermano y yo nos casamos hace un año, y tenemos ya un hermoso niño que forma las delicias de nuestro santo amor; somos completamente dichosos; por esto sentimos mucho más tu infelicidad; pero no te apures, cumple con tu deber de esposa hasta el último momento, y cuando estés viuda, rehúsalo todo y vente á nuestro lado; aquí tienes tu casa y tu familia que te amará siempre; Valeriano gana lo bastante para el sostenimiento de todos, y no hay necesidad de que sufras quedando en compañía de personas ajenas á tu cariño.

»En cuanto á Diego..... compadécelo; quedó como loco al tener noticia de tu casamiento, y poco después fué reducido á prisión por haber sido acusado autor de un desfalco descubierto en casa de su principal. Sigue en la cárcel, y creo, por los trámites de la causa, que tardará mucho en salir de ella.

»Recibe un beso de tu sobrino. Tus hermanos que te quieren

Elvira y Valeriano.»

Pasados algunos días, los felices esposos recibieron con sorpresa un sobre enlutado que contenía una esquela mortuoria.

Con los ojos arrasados en lágrimas, estremecidos de dolor, leyeron el triste anuncio; decía así:

R. I. P.

La Sra. Doña Feliciana Mendoza de Castell

HA FALLECIDO EL 21 DEL CORRIENTE,

VÍCTIMA DE UN ANEURISMA.

Su desconsolado esposo ruega á sus deudos y amigos la encomienden á Dios y pidan por el eterno descanso de su alma.





¡Clemencia!

Su tez era como de rosa nacarada, y sus labios semejaban al encendido capullo de la amapola.

Sus trenzados cabellos, como dorado encaje, se hallaban cuidadosamente recogidos, cual si se intentara evitar la más leve pérdida del tesoro.

Los ojos de aquella mujer eran grandes y claros como los beneficios de Dios, y su mirada, siempre fija en el cielo, parecía estar de continuo en extática contemplación ó que servía de mediadora, por privilegio divino, entre los ángeles y los hombres.

La limpieza de su modesto traje contrastaba admirablemente con el conjunto sencillo y purísimo de su fisonomía.

Era joven y bella; pero no con esa hermosura que halaga á los sentidos, sino con el encanto de la virtud, que conmueve y regenera el alma.

De su mano derecha llevaba tiernamente asido á un precioso niño, que parecía copiado de las *Concepciones del pintor del cielo*, y con el otro brazo sostenía á una más pequeña y angelical criatura, á la que daba el sustancioso néctar de uno de sus nevados pechos.

Yo la vi en una de las principales calles de la ciudad. Me pareció la imagen de una virgen conduciendo á los serafines á la gloria para libertarlos de las miserias del mundo,

y me quedé inmóvil mirándola como si una fuerza superior me hubiera enclavado allí para que la contemplara.

Ella, á su vez, se detuvo en la acera delante de las entornadas puertas de un soberbio y suntuoso palacio.

Yo seguía muda, absorta, admirando aquel cuadro celestial, cuando noté que se entreabrieron sus labios como flor desplegando su corola, y que un torrente suavísimo de armonías comenzó á brotar de su garganta.

Su canción era desconocida para mí, yo no la había escuchado jamás; pero tenía tal acento de melancolía y de dulzura, que más bien parecía un lamento de dolor, ó que sus notas eran gemidos de ternura arrancados á las sonoras cuerdas del arpa de David.

No quise perder ni una sílaba de aquella extraña y suave melodía, y contuve hasta la respiración.

La joven cantora, que seguía con la misma fijeza de sus pupilas en la altura, decía con acento lánguido y conmovedor:

Yo soy Clemencia, la tierna madre
Que vive á obscuras con su dolor;
Cruzo del mundo por la aspereza
Siempre elevando triste canción.

Mas ¡ay! camino sin luz ni guía,
Sin otro amparo que el del Señor;
Su gracia espero, mas de los hombres
También imploro la protección.

No quiero galas, ni goces quiero,
Ni vér el mundo con su esplendor;
Sólo formara mi bello encanto
Ver cómo luce la luz del sol.

Sentir la dicha de una mirada
De los que adora mi corazón,
Y ver el rostro de estos dos seres
Que el cielo mismo me concedió.

Piedad invoca la peregrina,
La que en tinieblas, por compasión,
Busca el sustento para sus hijos,
Cándido fruto de un santo amor.

Yo soy Clemencia, la desgraciada;
¿Quién en mi nombre no se inspiró?
¡Por estos ángeles, favor os pido!
¡Una limosna dadme, por Dios!

Cuando la última nota de esta sentida lamentación se apagó en los labios de la desdichada madre, aun quedó su tiernísimo eco vibrando en mis oídos.

Dos hilos de lágrimas, cristalinas como brillantes perlas, ó más bien como fresco rocío desprendido del cielo para fecundar las flores, rodaron por sus mejillas hasta caer sobre las hermosas cabecitas de sus hijos.

Yo también lloraba sin apercibirme de ello.

No tenía ojos, ni pensamiento, ni corazón, más que para ver, para pensar y para sentir en aquella infeliz y resignada mártir de la tierra.

Terminada la canción, y en la misma actitud de siempre, volvió á continuar la marcha interrumpida; pero en aquel momento se descorrió la persiana de una de las ventanas bajas del palacio y asomó la carita de ángel de una niña por entre los hierros.

—¡Clemencia!—gritó con voz purísima y tan deliciosa como el *allegro* de una sonata de Beethoven; y alargando su manecita cerrada cual azucena antes de abrir, dejó caer en una mano de la joven, que se fué acercando, algo así que produjo un sonido metálico y armonioso.

Detrás de la preciosa niña que acababa de ejecutar un acto tan hermoso, el que más sublima á la criatura, descubrí á una encantadora mujer, que sonreía con la calma bellísima y consoladora con que sonríe la caridad.

Las madres son verdaderamente las que forman y las que ennoblecen con sus propias virtudes el corazón de los hijos, de esos retoños inocentes que Dios confía á su seno para que ellas les presten la savia vivificadora del bien, con el fin de que crezcan lozanas y que su fruto prevalezca en beneficio del hombre y en provecho de su misma gloria.

La pobre besó enternecida las monedas, las llevó también á las boquitas de sus hijos, y significando aún más su agradecimiento, elevó una súplica por aquella alma piadosa, y siguió murmurando los dos siguientes versos de la última estrofa de su canción:

Yo soy Clemencia, la desgraciada;
¿Quién en mi nombre no se inspiró?

Volviendo de mi abstracción entonces, me aproximé más hacia la infeliz madre, y deteniéndola, cumplí á mi vez con el sagrado precepto de la caridad; pero al mismo tiempo impulsada por un movimiento espontáneo del corazón, dí un sonado y cariñoso beso á cada uno de los dos niños.

Cuando levanté los ojos para mirar á Clemencia, la ví que sonreía de satisfacción y felicidad.

¡Qué madre no se siente orgullosa y feliz cuando acarician á sus hijos, á esos pedazos de sus entrañas!

Entonces me convencí con dolor de la desventurada suerte de aquella triste y singular criatura.

Las claras pupilas de sus magníficos ojos permanecían inmóviles, como si fueran de cristal, fijas siempre en la elevada región azul, pero sin manifestar la más ligera expresión, porque no podían deslumbrarse ante las bellezas de la excelsitud, ni estremecerse al observar lo mísero y deleznable de la vida.

¡Sus ojos no tenían luz! ¡Estaba ciega!

Transida de dolor, no pude articular ni una palabra de consuelo para la infeliz, á la que ví alejarse con sus niños y con paso incierto, deteniéndose de vez en cuando para entonar su dulce y sentimental plegaria, que excitaba el interés de los transeuntes.

Cuando desapareció de mi vista por completo, no pude en algunas horas desviar de mi imaginación el cuadro patético y conmovedor de aquella madre ciega con sus hijos.

¡Pobre Clemencia!

Yo la encontré en mi camino cual una aparición celeste, como una de esas pruebas que el Omnipotente coloca á nuestro paso para que podamos juzgar y comprender mejor los beneficios que nos concede al permitirnos el libre goce de todas nuestras facultades y en especial la dicha de poder admirar el magnífico panorama de su grandeza.

¡Cuánto debemos, en cambio, ser humildes y compasivos con los que sufren, para hacernos dignos de tan inmenso favor!

Al fijarme de primera intención en aquel delicado grupo, creí ver en él un ramo de florecillas silvestres; luego, aquel cántico suave lo comparé con el céfiro, que envuelto en el aroma de ellas iba ascendiendo hasta el Empíreo.

Clemencia cautivó mi alma por las infinitas bellezas que se reflejaban en su frente, por el acento melodioso, indefinible, de su voz, y por la incomparable magnitud de su desdicha.

Yo no la olvidaré jamás. Ella quedó grabada en mi memoria como la imagen de la tristeza y del dolor; pero su figura se me representa siempre resguardada bajo el manto purísimo de la piedad.

La había visto implorando la clemencia humana, y á ésta apresurándose á depositar en su mano el óbolo de su conmiseración.

La caridad, esa celeste emanación de lo supremo, no está alejada del corazón de los hombres.

¡Dios mío! que tu invisible y poderosa mano aparte de los peligros á Clemencia, que aun va arrastrando la enorme carga de su infortunio, y que tu bondad la guíe por el sendero que conduce hasta el foco de claridad donde reverbera tu gloria, ya que la luz está vedada á sus ojos en la tierra.

¡Cuán grande, cuán sublime es la misericordia divina!

¡Y qué hermosa también la caridad humana!





Culpa y castigo.

Deseoso de contraer segundas nupcias un rico señor feudal que no había tenido sucesión de su primera esposa, concertó su boda con la hija de uno de sus colonos, bella y virtuosa joven de quien se hallaba profundamente enamorado.

Exornado con lujo y ostentación el castillo, hechos los preparativos para la solemnidad é invitados los deudos y amigos á presenciar la ceremonia, tuvo lugar ésta en la capilla de aquella antigua mansión señorial, en tanto que en las afueras los aldeanos se entretenían y solazaban con los festejos y el convite costeado por el señor para divertimiento de sus vasallos.

Celebrado el enlace, asistieron á la comida todos los convidados, reinando durante ella la mayor expansión y alegría, hasta que terminó el banquete dando todos sus más expresivas y ardorosas felicitaciones á los desposados.

Uno de los asistentes, dueño de otro castillo lejano, fué á ocupar por la noche una habitación debajo de uno de los torreones, y ya en su lecho, dispuesto á entregarse al sueño, oyó sobre su cabeza un ruido tan extraño, que llamó poderosamente su atención; el ruido pareció amenguarse por algunos momentos, pero á poco volvió á dejarse sentir cada vez con mayor intensidad y más próximo, hasta penetrar en su propia habitación.

Temeroso el caballero de que algún malvado se hubiese introducido en la mansión aquella durante algún descuido de los servidores, tomó su espada y se arrojó del lecho..... pero un temblor nervioso se apoderó de sus miembros, y gruesas gotas de sudor comenzaron á resbalar de su frente..... á la rojiza luz que proyectaba el fuego de la chimenea, miró

ante sí una sombra, un espectro humano envuelto como en un sudario que sujetaba á la cintura con una fuerte cadena que arrastraba, produciendo un ruido aterrador.

El caballero hubiera continuado inmóvil en su espanto si la misma fantasma no le hubiese sacado de su estupor.

—¿Quién sois?—preguntóle aquélla con un eco de voz que parecía salir de una fosa;—¿qué ha ocurrido hoy en el castillo para tan extraordinario movimiento, decid?

—¿Y vos, quién sois, y con qué derecho os atrevéis á preguntar y á llegar hasta aquí?—interrogó á su vez el caballero, un poco repuesto ya de su primera impresión.

La fantasma suspiró dolorosamente, y con acento conmovido exclamó:

—Yo soy la dueña de este castillo, la esposa de su señor.

—¡Cómo! ¿vos la esposa?—dijo aquél sin poder explicarse tales palabras, mas ya con curiosidad.

—Sí, me parecéis de nobles sentimientos, y deseo haceros una confidencia; si me prometéis guardar silencio, os confesaré la verdad.

—Os lo juro, señora, guardaré el secreto; hablad.

—Pues bien; mi esposo llegó á odiarme de tal manera, que quiso deshacerse de mí, y después de hacer conmigo un largo viaje por el extranjero, me volvió al castillo con la mayor cautela y me encerró en la torre que está sobre este departamento, haciendo correr la voz de que yo había fenecido en Alemania. Fácilmente se creería, sin que nadie se atreviese á dudarlo, porque mi esposo gozó siempre de buena reputación; y no es fácil que se descubra mi existencia, porque él es el único ser que penetra en mi encierro; hoy es la primera vez, después de cuatro años, que por un descuido inexplicable en mi carcelero, se olvidó cerrar la puerta y he podido verme libre de mi prisión.....

—¡Esto es horrible! ¡vuestro marido es un monstruo de crueldad!—exclamó el caballero sin poderse contener, acordándose del doble crimen cometido por aquel hombre sin conciencia, con la boda acabada de efectuar, y la cual ignoraba la infeliz prisionera.

Señora, desde este instante me constituyo en vuestro salvador; venid conmigo; quiero libraros del poder de ese hombre inicuo; venid.

—Es imposible, caballero; yo agradezco vuestra generosa intención.

—¡Cómo! ¿rehusáis? venid, no perdamos el tiempo; yo os conduciré adonde mejor os parezca para vuestra seguridad; ¡vamos, os lo suplico!

—No puede ser, no puede ser; oid por último: mi castigo es justo; ¡yo hice traición á mi marido!..... ¡Soy una esposa adúltera!..... ¡debo sufrir la pena de mi delito!..... ¡debo morir aquí! ¡adiós! ¡me vuelvo á la torre! ¡callad lo que habéis sabido!

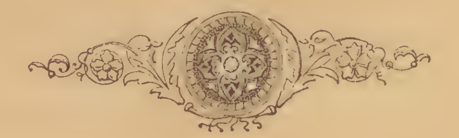
Y tirando de su cadena desapareció la mujer, quedando aun más petrificado de asombro el noble caballero.

Al amanecer huyó éste del castillo, lugar de tales horrores, para no volver á pasar jamás ni por sus cercanías.

Poco tiempo después de esta imponente escena, supo el caballero que, sin poderse averiguar la causa, el castillo aquel fué presa de un voraz incendió que lo redujo á escombros, salvándose solamente parte de la servidumbre y la nueva é inocente esposa.

Los culpables perecieron entre las llamas.

¡Justicia eterna del cielo!





El martirio de una madre.

A los doce años de casada, y después de grandes votos y promesas por conseguir sucesión, doña Josefa, mujer de un comerciante de Zaragoza, tuvo el gusto de ver satisfecho su deseo, y completa su dicha con el nacimiento de un hijo que el cielo le concedió.

Loco de alegría el matrimonio, puso todo su afán y su deleite en el cuidado y bienestar de aquel niño que había venido á colmar sus más ardientes aspiraciones.

Creció Marcos en el halago del cariño y de los mayores extremos, no habiendo gusto que no obtuviera ni juguete que no alcanzase, por difícil ó costoso que fuera.

Bien tarde, efecto del excesivo amor de los padres, comenzó la educación del niño. Mas por no separarlo de su lado pusiéronle profesores en su misma casa; pero el muchacho, mimado y consentido, ni estudiaba ni había medio de hacerle comprender una palabra de nada; así que los mismos maestros, aburridos con él, confesaron al padre su impotencia para educar á su hijo, en vista de lo cual resolvió aquél, á pesar de la oposición de la madre, llevarlo en calidad de interno á un colegio distante algunas leguas de la ciudad. Muchas lágrimas costó á la tierna madre la separación, pero al fin hubo de conformarse comprendiendo la necesidad de ella. Desde entonces los regalos y fruslerías para el niño menudearon, y todos los domingos hacían un viaje los amantes padres para abra-

zar al hijo de su alma. No hay que decir si el chico se aprovechaba de estas visitas, pues bien se adivinará que así lo haría, abusando siempre de la condescendencia de aquéllos y de sus ventajosas circunstancias.

El sacrificio, sin embargo, de tenerlo lejos de su casa no daba tampoco el resultado apetecido, porque á los quince años de edad no había adelantado el muchacho sino muy poco en su educación.

En tal época vino la desgracia á introducirse en el seno de aquella familia, arrebatando la vida al comerciante, con inmenso dolor de su esposa y cuando más falta hacía su intervención para dirigir la instrucción y el carácter de Marcos.

Con la muerte del marido, doña Josefa, que no entendía nada del negocio de aquél, se vió precisada á traspasar el establecimiento, y el capital, fruto de tantos años de afanes y economías, lo empleó en fincas rústicas y urbanas que le rindieran una buena renta para vivir. En la errónea presunción de que con esta herencia no haría falta nada más á su hijo, lo sacó del colegio y lo llevó á su lado, con el deseo de que no se molestase en estudiar, ni volviera á separarse jamás de ella.

De este ligero proceder, hijo de su acendrado amor, pronto empezó á tocar doña Josefa las inconveniencias, pues el hijo, sin trabas ni respeto de ninguna clase, y con dinero siempre en el bolsillo, que aquélla no se lo escaseaba, se aficionó á las diversiones, hallando fácilmente camaradas que le siguieran, aunque tan sólo por disfrutar de sus dispendios y prodigalidades. Dados los primeros pasos por la pendiente del libertinaje, camino alegre y seductor para la juventud, tan peligroso y difícil de retroceder, Marcos, creyendo rodar sobre blandas y aromosas flores, dejóse deslizar suavemente por la resbaladiza senda de los placeres, sin que fuese posible ya detenerlo ni hacerle comprender el mal que hacía.

Lo que la madre juzgó en un principio un deber de su amor, no contrariar en nada los gustos y los costosos goces del hijo, se convirtió bien pronto en gravísimo mal que aquélla no dejó de conocer, pero ya cuando no tenía remedio.

La debilidad materna, junta con la falta de educación, produjeron el fruto que era de esperar: la perdición de aquel ciego sin luz y sin guía por el camino de la vida.

Los vicios y desórdenes de Marcos, cada vez mayores, excitaron la repugnancia y aversión hacia él de los parientes y amigos de su difunto padre, modelo de honradez, quienes, avergonzados de su conducta, rehusaron hasta saludarle, y aun los mismos compañeros de orgía, al separarse de su lado, le señalaban con el dedo.

En menos de cinco años el capital debido á la industria y á los trabajos del comerciante había disminuído considerablemente, reduciéndose á dos fincas nada más; las otras fué preciso venderlas para atender á los continuos gastos y deudas del joven derrochador; y no fué esto lo más malo, sino que comprendiendo la madre, aunque tarde, el error cometido, deseosa de enmendarlo y de poner coto á los despilfarros aquellos que amenazaban concluir con todo, trató de amonestar al hijo y de negarse como madre y tutora á darle las grandes cantidades que le exigía; tal oposición y resistencia, no acostumbrada por parte de doña Josefa, avivó más y más los desenfrenados antojos del mancebo, cuyas peticiones, cuando no obtuvieron fácil resultado, fueron acompañadas del engaño y de la fuerza.

El mal trato de Marcos para con la infeliz madre, así como sus exigencias, iban aumentándose por días, y doña Josefa, herida y lastimada en lo más sensible de su pecho por el ingrato á quien había dedicado por entero su amor y su vida, sintiendo lo inútil de sus

esfuerzos para contener el daño, lloró amargamente su infortunio y el triste porvenir que presentía si no se operaba un cambio milagroso en la conducta de su hijo. Pero vana esperanza; el miserable había descendido ya demasiado por el abismo de los vicios, y serían infructuosos todos los recursos que se empleasen para salvarlo. ¡Cuántas lágrimas hacía derramar á la pobre señora esta sola idea! ¿Qué sería de su desgraciado hijo cuando ella faltase del mundo, ó antes aún, cuando él diera fin de los ya escasos bienes que le restaban? ¡Oh, qué dolor tan grande, qué arrepentimiento tan profundo sentía doña Josefa al recuerdo de sus súplicas y ofrecimientos por tener un hijo que Dios le había rehusado en el transcurso de doce años! Si el Señor no se lo concedía, ¿por qué anhelarlo ella con tanto afán? ¿No sería esto un visible castigo del cielo?.....

El mal trato de Marcos para ella no fué ya sólo de palabras, sino con hechos, pero hechos indignos que estremecen el ánimo y se resiste la pluma á relatarlos. ¡Desdichada señora si no accedía de buen grado y en el acto á proporcionar la cantidad solicitada! ¡La mano sacrílega del hijo caía sobre ella, rompía cuanto encontraba por delante, destrozaba los muebles de mayor estima, fracturaba cómodas y papeleras, y si después de todo no encontraba el objeto ansiado, feroz y horrible con el visaje de un condenado, amenazaba á su víctima con un revólver, hasta que la desventurada madre, rendida en la lucha, atemorizada, loca de dolor, le entregaba cuanto quería..... La existencia de esta señora era ya insoportable; no podía vivir así en este martirio continuo y fatigoso para su alma, y sin embargo, no había disminuído su amor por aquel hijo desnaturalizado; preveía su ruina, tenía lástima de él, y lejos de abandonarle, de sustraerse á su dureza, permanecía á su lado dispuesta á resistirlo todo, y se hubiera sacrificado gustosa por apartarlo del precipicio. ¡Santo y desinteresado amor el de aquella madre, que no sentía su martirio, sino las desdichas que inevitablemente habrían de sobrevenir sobre el hijo de sus entrañas!

Llegada la época de la mayor edad de Marcos, época que éste ambicionaba para llamarse independiente y libre poseedor de sus intereses, creyó doña Josefa descansar de su penosa obligación de administradora y que se dulcificarían un tanto sus padecimientos y amarguras después de entregar á aquél su legítima, lo cual hizo con toda exactitud y legalidad; pero ¡cuánto se equivocó la buena señora! La herencia de Marcos apenas bastaba ya para su sostenimiento, y á ella le quedaba bien poco para vivir. En tal situación las cosas, el hijo no quiso continuar al lado de la madre, y sin hacer caso de sus lágrimas y ruegos, abandonó su hogar para entregarse más libremente á todo género de excesos.

Poco tiempo después, viendo agotarse sus recursos y no dispuesto á agenciarlos por medios dignos y honrosos, quiso apoderarse inicuamente de la esquilmada hacienda de la madre, y no hallando posibilidad para llevar á cabo su infame empeño, púsole pleito haciéndola responsable de grandes cantidades que él mismo había gastado de su parte, y que ella por demasiado confiada y amante de su hijo, no había tenido cuidado de anotar, por cuya razón no conservaba documentos que lo atestiguasen. Este litigio, en vez de producir al perverso Marcos el resultado que pretendía, condujo á los dos, madre é hijo, á su total ruina.

Doña Josefa, enferma, casi ciega de llorar y en la miseria, tras del abandono, de las injurias y las crueldades de su despiadado hijo, tuvo que refugiarse en un asilo de caridad, donde no tardó en rendir su cansado espíritu á Dios, que compadecido de los tormentos de la víctima quiso librarla de conocer el prematuro y triste fin de Marcos, quien después

de arrastrar una vida corrompida y vergonzosa que le llevó hasta el crímen, y de probar todas las amarguras y los dolores de su miserable existencia, concluyó sus días de una manera horrible y desastrosa.

¡Cuánto perjudica á las criaturas, y hasta dónde puede conducirlas una mala educación, y cuánto daña también la excesiva condescendencia de las madres!





LA HERENCIA INEXTINGUIBLE.

EL Conde de....., dueño de uno de los señoríos más antiguos y más famosos de España, situado en un pueblecito de Castilla, hallábase casado desde hacía muchos años con una noble dama, modelo de talento y de virtud. El matrimonio vivió siempre en paz y en la más dulce armonía, sin que esta dicha y tranquilidad ordinaria se hubiese alterado más que al experimentar la dolorosa pérdida de algunos hijos fallecidos en temprana edad. De toda su amada prole restábales tan sólo el primogénito, joven á la sazón de quince años, de constitución delicada y enfermiza, pero de clara inteligencia y de excelentes condiciones morales. Muy amante de este hijo, y celoso el Conde de la conservación de su ilustre prosapia que acusaba la brillante historia de sus antepasados, autores de grandes proezas y de hechos heroicos que cubrieron de inmarcesibles lauros su apellido, cuidaba con el mayor esmero de la salud del niño, único varón que podía llevar adelante los gloriosos títulos de la familia.

Los padres y el hijo, por sus bondades y generosas acciones así con sus fieles servidores como con los pobres vecinos, eran muy respetados y queridos de sus vasallos y colonos, quienes hubiesen dado hasta su vida por ellos.

Ramiro, el primogénito, salía todas las mañanas acompañado de su padre, unas veces á pie á pasear por los alrededores del castillo, otras á caballo hacia la ciudad, ó hasta la posesión de algún amigo, y muchas veces de cacería, seguidos de sus escuderos y lebreles.

En estas excursiones rara vez dejaban de hacer padre é hijo alguna limosna á los labriegos ó algún donativo generoso en el lugar. La noble castellana solía también de vez en cuando unirse á ellos, en cuyas ocasiones era bien sabido que sólo se ocupaban de visitar á los pobres enfermos y socorrerlos; todo lo cual infundía en los sencillos corazones de la buena gente tal cariño hacia los amos que era ya veneración, y no había aldeana que no los bendijera, ni campesino que no se descubriese respetuoso cuando pasaban los señores.

Un día Ramiro, corriendo tras de una hermosa pieza que se escapaba á su vista, adelantóse tanto que llegó hasta las inmediaciones del río; deseoso de no perder la pista del animal, hostigó al caballo, que apresuró su carrera siguiendo velozmente por la arenosa orilla. De pronto, un débil grito que resonó muy cerca llamó la atención del joven, quien refrenando su alazán se detuvo, observando entonces con honda impresión que un niño como de cinco años, huyendo aturdido, asustado quizá con la impetuosa carrera del caballo, se cayó en el río. Lanzando una exclamación de disgusto, Ramiro se apeó con ligereza por acudir en auxilio de la inocente criatura, é invocando el nombre de Dios y el de su Santa Madre, se arrojó entre las quietas ondas del abismo.

Breve rato luchó el joven por alcanzar al niño, hasta que por fin pudo lograrlo, levantándolo á pulso con una mano mientras con la otra procuró ganar la orilla; pero Ramiro, al empuje de su generosa acción, habíase introducido mucho hacia el centro, y poco diestro en esta clase de ejercicios, intentaba en vano nadar con su preciosa carga. Escaso de fuerzas y fatigado con tan penoso trabajo, desesperaba ya de su impotencia hasta el punto de creerse próximo á perecer con el niño. En tan supremo trance una súplica ardiente y un solemne voto de caridad salió de sus labios, y como si esto le infundiese nuevo valor y fuerza, hizo un poderoso movimiento que lo sacó de tan violenta situación, y adelantando entonces con menos dificultad pudo llegar á tierra; á este tiempo los ladridos de uno de los perros de la jauría llamó la atención de los cazadores hacia aquel lugar, y el Conde, que buscaba á su hijo ya intranquilo, presintiendo una desgracia, con el corazón palpitante, lleno de ansiedad, llegó á tiempo de recogerlo en sus brazos, rendido por la fatiga, casi exánime, sin poder articular palabra y con una fuerte excitación nerviosa que puso en cuidado á todos haciéndoles temer un grave mal.

Fácilmente comprendieron lo ocurrido, y uno de los servidores reconoció al pequeño náufrago, hijo de uno de los colonos del señor, que residía en una humilde casita no lejos de allí.

El Conde dispuso inmediatamente que un criado, á quien entregó un bolsillo repleto de monedas, se hiciese cargo de conducir al niño á los brazos de sus padres, proporcionándole cuantos auxilios fuesen menester, y en seguida mandó volver al castillo, llevando á su amado hijo en una improvisada camilla, entre varios escuderos.

Cuando la Condesa vió á Ramiro en tan lamentable estado, creyó morir de pena. Colocado el joven en su lecho, suministráronle al punto los cuidados y remedios de la ciencia; mas el enfermo cayó en una postración tal, invadido por una fiebre tan intensa, á consecuencia de la impresión y de la mojada sufrida en su estado de delicadeza física, que el doctor vió un gran peligro en la enfermedad y comunicó sus temores á los afligidos padres.

En tal situación pasó el día y la noche, sin que se iniciara el menor alivio. El día siguiente transcurrió de igual modo, y el tercero era ya inmensa la incertidumbre y nadie confiaba en la salvación del mancebo, pues el doctor, vista la pertinaz postración de aquél, auguraba el más fatal desenlace.

Los cariñosos padres, transidos de dolor, sintiendo desgarrárseles el corazón de pena, veían acercarse para ellos la mayor desventura, la más terrible desgracia que pudiera acontecerles; perder al hijo idolatrado y con él la esperanza de dar sucesores á su esclarecida progenie.

El fin de Ramiro parecía ya decretado, seguro; el doctor no se separaba un instante de su cabecera, estudiando el mal y agotando todos los recursos de la medicina; pero en sus labios se descubría con frecuencia la expresión del más triste convencimiento..... Aquella noche habría de decidirse..... Los moradores del castillo aguardaban temblorosos é impacientes el resultado; y fuera de la mansión señorial un gran número de aldeanos, taciturnos y enternecidos, esperaban también noticias, y dirigían fervorosas súplicas al cielo por la salud del noble enfermo.

La angustia de los padres era infinita; sus ojos no cesaban de llorar, su corazón de pedir merced al Altísimo, y sus miradas y su vida entera parecían depender de una mirada, de un movimiento de su hijo..... La Condesa, poseída de agitación febril, salió unos instantes del aposento; se ahogaba de dolor, y en su amargura penetró en el oratorio y arrodillóse ante el altar..... En el retablo veíase la imagen divina del Crucificado, pálido el rostro y conmovido, llorando siempre los dolores de la humanidad.....

—¡Señor, Señor!—imploró la desolada madre suplicante—¡tened piedad de nosotros; salvad á mi hijo, y yo os ofrezco, yo os juro que habré de hacer grandes beneficios á los desgraciados! ¡Señor, por vuestra Madre bendita! ¡piedad! ¡misericordia! ¡que no muera mi hijo!.....

Entonces, terminada la ferviente plegaria, una voz suave, celestial, como si saliese de los labios del Crucificado, resonó claramente en los oídos de la dama.

—*¡Calma tu duelo*—dijo;—*subsistirá su linaje, y su nombre lucirá radiante y puro por los siglos de los siglos!*

Muda de asombro la Condesa, miró en su derredor y no vió á nadie; no cabía duda; aquellas palabras de consuelo habían brotado de los labios divinos; ¿quién sino Dios podía verter tan hermoso bálsamo en el alma dolorida? Alzó nuevamente su acento dando ardorosas gracias al Padre de las misericordias, y enjugando sus ojos corrió á ocupar su puesto al lado del moribundo.

—Cese tu pesadumbre, esposo mío—dijo al atribulado padre;—nuestro hijo vivirá.

El Conde la miró con desaliento, sin poder contener el llanto que rodaba por sus mejillas.

En aquel momento los ojos de Ramiro se abrieron y un suave suspiro se escapó de su garganta; era la hora suprema de la crisis; los circunstantes, con profunda ansiedad, miraron consecutivamente al enfermo y al doctor.

—Se ha salvado, señores—dijo entonces el médico, emocionado y con visibles muestras de sorpresa por no poder explicarse el inesperado cambio de la enfermedad.

Todos los corazones allí reunidos se agitaron de gozo, estremeciéndose de admiración al considerar lo extraordinario del caso.

En efecto, desde aquella hora la mejoría fué notable y siguió progresivamente hasta quedar en completo estado de salud el mancebo. La noticia del hecho milagroso y de la revelación divina corrió de boca en boca por el pueblo, y todos los aldeanos y campesinos de la comarca acudieron solícitos á la noble morada para asistir á la solemne fiesta religiosa que celebraron los Condes en acción de gracias al Señor.

El niño naúfrago, libre de la muerte por el heroico joven, fué llamado al castillo para ocupar un puesto de honor junto al heredero.

Pocos años después, Ramiro, unido en matrimonio con una virtuosa y rica hembra, llenó las aspiraciones de sus padres dando al mundo hermosos y robustos varones que sostuvieron los gloriosos timbres de su casa.

Van pasadas algunas generaciones, y el apellido de esta familia no lleva trazas de extinguirse nunca.

La mansión solariega subsiste á pesar de los siglos, y en el lugar más venerado de ella consérvase un curioso manuscrito que contiene la narración verídica y exacta de los sucesos que acabamos de relatar.





El camino del bien.

ADRIANA, la mujer más hermosa de la corte y acaso de España entera, rica y heredera además de un título nobiliario, había contraído matrimonio con un caballero que por su elegancia, su figura y sus trenes era el más á la moda de su época en la sociedad madrileña. Las familias de ambos aprobaron contentos esta unión igual y satisfactoria, y todos sus amigos auguraron á la feliz pareja una venturosa y eterna luna de miel, felicidad que muchos envidiaron.

Los primeros meses de su casamiento deslizáronse viajando los esposos por el extranjero, y á su regreso á la renombrada villa del Dos de Mayo se instalaron en su magnífico hotel de la Castellana. Nada faltaba en aquel palacio de cuanto pudiera apetecer el capricho humano: comodidad, lujo, belleza. Cuantas personas visitaban á los recién casados quedábanse encantadas admirando el precioso nido de amores de aquellos enamorados tórtolos.

Pasó el tiempo, y el afortunado matrimonio siguió siendo la admiración de unos y la envidia de otros, sin que á nadie extrañase, después de los primeros meses de la boda, verlos de continuo separados en paseos, teatros y reuniones; la política y las exigencias sociales lo disponían así muchas veces. Ricardo, en su condición de Diputado, tenía que asistir á las sesiones del Congreso, y por la noche reunirse con los Ministros ó con otros

compañeros políticos para discutir sobre los asuntos del Estado, y esto absorbía todo su tiempo.

Adriana en tanto salía sola á sus frecuentes visitas y paseos, permanecía en su palco del Real sin otra compañía que la de algún amigo ó admirador sempiterno. Vestida siempre con extraordinaria riqueza y elegancia, lo cual daba doble realce á su hermosura. Adriana era en todas partes objeto de general atención y más de un pecho habíase conmovido hondamente al contemplarla. Cuando se la veía pasar entre la multitud, reclinada con negligencia sobre los almohadones de terciopelo azul de su carretela, exclamaban cuantos la conocían:

—Ahí va la mujer más bella y más dichosa de Madrid.

¡Pero cómo se equivocaban sobre esto último! Adriana distaba mucho de ser feliz; si alguna mirada observadora se hubiese fijado detenidamente en el semblante de esta dama, hubiera podido ver sin gran estudio la expresión desdeñosa que en él se reflejaba y la señal de disgusto ó de sufrimiento que descubría el triste mirar de sus ojos grandes y obscuros como el espacio entre sombras, visto sólo al resplandor de dos luceros. Todo lo que pasaba á su alrededor le era indiferente, y ni aun las lisonjeras frases que le dirigían para encomiar sus encantos le causaban sensación. Cuando después del paseo volvía á su casa, sin preguntar por su esposo, pues sabía que jamás se encontraba en ella, arrojábase con desaliento en un sofá, y desprendiéndose el sombrero y demás adornos que la engalanaban, los alejaba de sí con aire despreciativo ó como impulsada por un movimiento de mal humor, y entregándose de lleno á sus pensamientos, daba rienda á la amargura que ocultaba en su seno. ¿Por qué sufría, pues, esta mujer mimada por la fortuna, favorecida por la naturaleza y halagada por cuantos la conocían?

Adriana, criada en la molicie y en ese relativo abandono en que se crían por lo general las jóvenes nacidas en la opulencia, primero entregada en manos mercenarias á los cuidados de una nodriza, y encerrada después en un colegio de otro país hasta completar su educación, siguiendo de este modo el capricho de la moda que se impone á sí misma la vanidad, había crecido alejada de las caricias maternales, sin mirar en torno de sí nada que satisficiera la sensibilidad exquisita de su corazón. Un día llegó al colegio una nueva educanda vestida de riguroso luto. Elena, que así se llamaba, no era bonita, pero la expresión dulcísima de su rostro y la bondad de su trato cautivaban la voluntad de todos. Adriana sintió por ella una viva simpatía, y animadas por igual sentimiento, ambas niñas, ávidas de un afecto puro, estrecharon la más cariñosa amistad. Elena, huérfana de padre desde hacía algunos años, acababa de perder á su buena y amorosa madre, encontrándose sola en el mundo bajo la tutela del que quedó administrando la pequeña fortuna heredada de sus padres. Entre un convento y un colegio, la niña eligió esto último, alegrándose de su elección por haber hallado una amiga tan buena y afectuosa en Adriana, que fué desde luego la única depositaria de su cariño y su confianza.

A los dos años de tan agradable unión, sin que la más ligera nube hubiese enturbiado aquella dulce amistad, Elena tuvo que abandonar el colegio, pues según cuentas del tutor, había tenido que atender al pago de ciertas deudas atrasadas que habían aparecido del padre de ella, y no era posible ya corresponder á la pensión del colegio, por cuya circunstancia la pobre niña se vió obligada á ir á vivir á casa de su tutor. La separación de las jóvenes fué dura y dolorosa, y las dos vertieron copiosas lágrimas. Adriana quedó triste sin su compañera, de la que no volvió á saber jamás, y continuó en su clausura hasta la edad de diez

y seis años, en que su padre la llevó á su lado por ser ya tiempo de presentarla en el gran mundo.

Hacía poco más de un año que bajó su madre al sepulcro, y el padre, ocupado de continuo en el alta y baja de la Bolsa, no pudo dedicarse mucho al cariño de su hija; así es que la tierna joven, rodeada sólo de su servidumbre, lejos de encontrar el dulce afecto de la familia que tanto ambicionaba, sintió doblemente mayor el vacío de su pecho.

Lanzóse al mundo ansiosa de amor y de emociones, y desde aquel momento no faltó á los bailes, teatros y demás distracciones, causando su aparición en sociedad una verdadera revolución, principalmente entre los galanes de oficio y entre los apasionados de lo bello. La joven hízose fuerte á los primeros ataques de sus adoradores, pero no tardó en sentir su corazón rendido á los galanteos de Ricardo Saavedra, hombre de una gran figura, aunque no muy joven ya, y el más simpático de cuantos solicitaron el amor de Adriana, la cual correspondió á sus deseos, inspirada por un verdadero y profundo afecto que como llama escondida brotó ardorosa de su pecho. Este fué el esposo elegido de su corazón, á quien más tarde concedió su mano, pensando gozar de una ternura infinita y de una dicha duradera. Mas esta fué de bien corta duración.

A los pocos meses de casados, Ricardo, sin comprender Adriana la causa, comenzó á ser menos afectuoso con su esposa, y cada vez permanecía más tiempo alejado de ella, hasta que llegó una época en que rara vez la veía, pues casi siempre comía él fuera y regresaba tan tarde á su casa, que contadas noches lo sentía su mujer penetrar en su dormitorio, separado del de ella. La frialdad y el alejamiento de Ricardo lastimaron hondamente el corazón de Adriana, quien mal aconsejada por su amor propio, se propuso hacer frente á la indiferencia de aquél con parecida conducta, y lejos de pedirle humilde una prudente explicación, reconcentró en sí misma su pesar y procuró distraerse en el bullicio de la vida, haciendo ostentación de sus galas y encantos, creyendo así ahogar su pena y vengarse de su inconsecuente esposo. Mas Ricardo no dió muestras de preocuparse por tal cosa; la dejaba en completa libertad y nunca le tomaba cuenta de sus acciones, lo cual excitaba más y más el despecho y el resentimiento de Adriana, que amaba locamente á su marido.

Un día acababa la joven de salir de su tocador ya peinada y envuelta en un elegante *matinée* blanco que casi igualaba á la blancura mate de su rostro, sombreado tan sólo por sus negros ojos que revelaban cierta tristeza, consecuencia sin duda del sufrimiento y del insomnio, y maquinalmente se dirigió á un balcón. A seguida sus miradas se fijaron en un grupo que se veía en la calle; componíanlo éste un hombre, una mujer y un tierno niño que ésta tenía en sus brazos. Era la hora del mediodía, y los tres, sobre un banco de piedra que habían elegido por mesa, comían en santa paz el modesto cocido, preciado alimento de los pobres. Adriana, sin poder explicar por qué, sintió una singular atracción hacia aquellos humildes seres y no separaba la vista de ellos. El hombre, vestido con la blusa y la gorra del obrero, reflejaba en su fisonomía la nobleza de un alma honrada y el sosiego de una conciencia tranquila, exenta de ambición. Su compañera, aunque vestida también con el sencillo traje de las hijas del pueblo, descubría en la expresión de su rostro y en sus modales los rasgos característicos de la bondad y de una buena educación. Adriana la observaba curiosa, pareciéndole haber visto antes aquella mujer, y mirando alternativamente á unos y á otros, fijóse en el niño que la madre estrechaba contra su pecho, y exclamó con acento mezclado como de sentimiento y envidia:

—¡Qué hermoso niño! y sus padres son bien pobres; pero éstos parecen contentos y satisfechos con su suerte; indudablemente son más felices que yo. ¡Oh, sí; qué unión tan

noble y armónica la de ellos! Ya han terminado su ligera comida, y el marido aprovecha los momentos para contar á su mujer las impresiones experimentadas desde que salió temprano de su casa; ella le escucha con atención y le replica dulcemente; miran extasiados á su hijo y le acarician sonriendo venturosos..... ¡Ay, Dios mío! y yo, á quien el mundo juzga feliz porque soy rica, porque me consideran hermosa y halagada, unida con el hombre más envidiado entre las damas..... yo carezco de esos bienes que ambicioné siempre; mi esposo hùye de mí de una manera cruel; no tengo un hijo que me consuele..... soy mucho más infortunada que esa pobre gente; ellos al menos forman una familia estrechamente unida por los lazos del cariño! Y dos lágrimas como brillantes perlas rodaron por las méjillas de Adriana.

El grupo se deshizo al fin después de una última caricia á la madre y al hijo, dirigiéndose el hombre hacia un edificio en construcción allí próximo, y la mujer, con su niño y el reducido servicio de la vianda, hacia la derecha, por donde desapareció en breves instantes.

Adriana, mordiéndose el labio inferior mientras sentía los ojos húmedos de llanto, se retiró del balcón, yendo á dejarse caer en una butaca del gabinete. En aquel momento una doncella le presentó una bandeja con varias cartas del interior. Hizo seña de que la dejara sobre el velador, y cuando aquélla se hubo retirado, procedió á enterarse de lo que le decían en tales cartas. La primera que tomó en sus manos, apenas vió la letra del sobre, se estremeció; una oleada de sangre subió á su rostro, y poseída de indignación la arrojó lejos sin abrirla. Convulsiva, nerviosa, prosiguió su escrutinio; las demás eran cartas petitorias las unas y esquelas de invitación las otras. Cuando hubo terminado esta operación, echó la linda cabeza hácia atrás y se entregó á sus reflexiones; una lucha terrible de ideas encontradas pareció tener lugar en su espíritu; al fin, como tomando una resolución, hizo un poderoso esfuerzo y volvió á coger la carta que antes no quiso leer y que arrojó indignada. Con mano temblorosa rompió el sobre y leyó, coloreándose de nuevo sus mejillas.

—Este Marqués es insufrible — dijo después de una pausa, mientras destruía en menudos fragmentos el amoroso billete.—Me asedia de una manera tenaz, con un descaro y un atrevimiento insoportables; dice que adivina mi sufrimiento; que conoce bien á Ricardo y que jamás espere yo de mi esposo la inmensa dicha, el amor profundo, inalterable, con que me brinda él..... Tal vez tenga razón; ha comprendido que Ricardo no me ama, que sufro, y tiene compasión de mí y me ofrece su corazón, dispuesto á todo género de locuras y de sacrificios por obtener mi cariño..... ¡Y yo que tanta necesidad tengo de ternura!..... Pero no; yo amo al hombre con quien me unen lazos sagrados, y le amo más cuanto mayor es su desvío; cumplo con mi deber, pero el ingrato no tiene piedad de mí; ¡si yo pudiera tornarle afectuoso despertando en su corazón el sentimiento de los celos!..... ¿Quién sabe si esto á la vez me distraería de mis amarguras?

Adriana se puso de pié y tiró del cordón de la campanilla. Mandó disponer el coche, y entretanto pidió que le sirvieran el almuerzo, terminado el cual ordenó á su doncella que la vistiese. Poco después las magníficas yeguas de su carruaje la conducían por la Castellana en dirección hácia Recoletos.

Durante su paseo vió al Marqués, tipo del calavera impertinente acostumbrado á conquistas, quien la miraba de una manera harto significativa á cada vuelta que pasaba junto á ella. Adriana correspondió á su saludo con menos altivez que otras veces; cuan-

do volvió á su casa, observó que el Marqués en su brioso caballo iba siguiendo al carruaje.

A la mañana siguiente, apenas concluída su *toilette*, recordando la escena del día anterior, miró por entre las persianas del balcón, ofreciéndose á su vista el mismo grupo del matrimonio con su hijo comiendo sobre el banco de piedra. Quedó allí como enclavada mirando con extraordinaria fijeza á la mujer, cuya bondadosa fisonomía en vano pretendía recordar.

—¡Oh, cuánto me interesa esa familia! ¡Qué felices deben ser en medio de su pobreza!—dijo para sí Adriana;—pero ¡Dios mío! tengo ya curiosidad por saber de qué conozco yo á esa criatura. Sin embargo, permaneció inmóvil hasta verlos alejarse como la vez pasada; entonces, con el corazón oprimido y pesarosa, retiróse de su atalaya, entregándose á sus tristes meditaciones. Unos minutos después la criada le entraba nuevas cartas; entre éstas venía la de su constante adorador. El primer impulso de Adriana fué romperla sin mirar su contenido; adivinaba sobre poco más ó menos lo que decía; pero el enemigo tentador la contuvo, y sugiriéndole de nuevo la idea de que acaso se le ofrecía un medio bueno para conquistar á su esposo ó vengarse de él, se decidió á abrirla. ¡Infeliz Adriana! poseía un corazón harto sensible, y privado de correspondencia tierna y afectuosa, la lucha era superior á sus fuerzas y no tardaría en rendirse; ella misma, sin darse cuenta, acumulaba combustible al pié de la hoguera donde fácilmente podia perecer, y ¡ay de ella si no resistía valerosa huyendo á tiempo del fuego seductor que la deslumbraba para envolverla entre sus llamas!

Aquella tarde, cuando regresaba de su acostumbrado paseo, seguía el Marqués tras ella; al penetrar en su palacio, Adriana volvió la cabeza y dirigió un imperceptible saludo al caballero, para quien no pasó desapercibido, y el cual se apresuró á quitarse galantemente su sombrero; cuando hubo desaparecido ella tras el ancho portal, una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios del Marqués.

Adriana pasó la noche inquieta, atormentada por infinitos y contrarios pensamientos; el último de todos y el que más se fijó en su imaginación hasta dormir con él, fué el recuerdo de la humilde y honrada familia que dos días seguidos había visto comiendo su mísero manjar al aire libre delante de su hotel.

Al otro día, por un movimiento espontáneo, fué á asomarse al balcón á la hora acostumbrada. Allí estaban los tres, siempre tranquilos y risueños, celebrando el matrimonio su sabroso banquete, en tanto el niño sonreía de vez en cuando mirando á su padre y levantaba luego sus manecitas para acariciar el rostro de su madre. Adriana los contempló con afán, y cuando ya aquéllos dieron fin á su comida, ordenó á un criado decir á la mujer del niño que tuviera la bondad de subir.

Adriana esperó unos momentos, hasta que aquélla con su hijo en brazos y un tanto tímida, apareció en la puerta del gabinete. No bien hubo la pobre mujer fijado sus ojos en la señora, que la dijo pasara adelante, un grito de sorpresa se escapó de su garganta.

—¡Adriana!—exclamó corriendo hácia ella con alegría; pero en el acto, al ver la extrañeza de ésta, se contuvo.

—Perdone V., señora; hoy existe una gran diferencia entre las dos.

—Pero tú; ¿eres tú por ventura Elena?—dijo con asombro Adriana, siendo ella entonces la que corrió á estrechar á la madre con el hijo en un tierno abrazo.—¡Oh no; no me dirijas esas palabras que acabas de pronunciar! y que hieren dolorosamente la fibra sensible de mi corazón; tú fuiste mi condiscípula predilecta, mi amiga del alma,

la única persona que ha sentido por mí un afecto grande y verdadero, y yo siempre te he recordado con cariño, deseando encontrarte alguna vez en mi vida, y al fin te encuentro; ¡pero en qué situación tan humilde! ¡Oh! cuéntame, Elena mía, ¡por qué has venido á tan triste estado, cómo te has casado con un pobre albañil!—Y á la vez que la dirigía mil preguntas y frases cariñosas, la hizo sentar á su lado explicándola el secreto impulso que sintiera desde que la vió y el vivo deseo de hablarla con el intento de ofrecerla su apoyo y protección si lo necesitaba, hasta que al fin se resolvió á llamarla, bendiciendo á la casualidad que de este modo le traía á su amiga más querida.

Elena, entonces, la refirió los pormenores de su azarosa existencia, los cuales explicaremos á nuestra vez con breves palabras.

Cuando Elena salió del colegió en virtud del pésimo manejo de su tutor, que debió haber administrado con más lealtad el sagrado depósito que se le hiciera, fué á vivir á casa de éste en compañía de su mujer y de un hijo enfermo. La tierna joven sufrió mucho en la dependencia de aquella familia de carácter adusto, impertinente y soberbio, encontrando, en vez de cariño y consideración, humillaciones y mal trato. Sólo su tutor se mostraba afable y cariñoso; pero no escapó á la natural penetración de la inocente niña que esta circunstancia no tenía lugar sino cuando se encontraba á solas con ella. Instintivamente, Elena empezó á esquivar las ocasiones, sintiendo una aversión profunda hacia él. Un día la joven escuchó de los labios de aquel hombre, á cuya protección había sido confiada por su santa madre, proposiciones que la cubrieron de rubor, y escapó de su presencia avergonzada y temerosa, viendo que se hallaba en poder de un hombre indigno que sería capaz de abusar de su posieión y su inocencia. Desde aquel momento una sola idea germinó en su pensamiento: huir de aquella casa, donde no la esperaba otra cosa que el oprobio y la vejación; pero ¿cómo realizar su proyecto, sin medios ni pariente alguno que la ayudara para ponerlo en ejecución? Por otra parte, su educación había sido tan limitada, que al salir de allí no sabría dedicarse á labor alguna para atender á su subsistencia. ¿Qué hacer, Dios mío? era preciso acudir sin demora á un recurso salvador. La tierna joven, pues sólo contaba diez y siete años, encerrada en su cuarto aquella noche y cubierta medrosa con las sábanas de su cama, lloró amargamente, y recitando sus más fervientes plegarias, invocó el nombre de Dios y el de la Vírgen y la memoria de su buena madre para que la auxiliaran desde el cielo. Una idea vino á tranquilizarla, idea que puso por obra en cuanto se levantó, yendo á la iglesia inmediata; lo cual no podía llamar la atención, por ser día de precepto. Allí, en el tribunal de la penitencia confió á un venerable sacerdote lo que le pasaba, y este piadoso varón, condolido de su desgracia y deseoso de libertar á la pobre niña del peligro que la amenazaba, la ofreció hablar inmediatamente á una caritativa señora, con el fin de que la acogiera á su lado en calidad de doncella, mientras no se pudiera facilitar medio más favorable á su suerte; dióla sabios y prudentes consejos, y convino en el plan de evasión para el obscurecer de aquella misma tarde, hora la más oportuna para ella, indicándole la dirección de la referida señora.

Elena volvió al lugar de sus penas más consolada y con secreta alegría, porque al fin iba á perder de vista á aquellos seres que la mortificaban, aprovechando su docilidad y su candor. Por rara coincidencia aquel día no tuvo ocasión de encontrarse solo con ella su tutor; pero las miradas de éste anunciaron á la joven alguna intención siniestra..... A la hora prevista y deseada, Elena, sin más ropa que la puesta, ocultando en su bolsillo varias alhajas, recuerdo de su madre, pudo deslizarse sin ser vista hasta la puerta, y abriendo

cautelosa, se halló pronto en la calle, tomando entonces á buen paso hacia la casa de la que había de ser su protectora. En efecto, prevenida ya por el sacerdote, la señora recibióla con cariñosa bondad, quedando desde aquel instante constituída á su servicio, tan sólo para acompañarla y estar á sus órdenes. La infeliz niña respiró con holgura; ¡qué diferente atmósfera la de aquella casa! Pasados algunos días sin novedad, se juzgó ya segura y tranquila en aquel estado de servidumbre y honradez.

Dos años transcurrieron sin que la doncella experimentase el menor disgusto junto á aquella noble señora que la amaba y que era más bien una madre para ella. Pero el infortunio volvió á batir sus alas en torno de la huérfana. De improviso sobrevino la muerte de su bienhechora, y los herederos acudieron á tomar posesión de todo, viéndose Elena obligada á salir de la casa. Con sus pobres ahorros fuése entonces á vivir en compañía de una criada antigua de la señora. El anciano sacerdote se hallaba enfermo, imposibilitado, y no podía favorecerla de nuevo; mas por consejo de éste pidió judicialmente cuentas á su tutor de lo que la pertenecía, lo cual no se había atrevido á hacer antes porque aquél no descubriera su paradero. Pero, vanas gestiones: el miserable, previendo el caso, y por vengarse de la desaparición de aquélla, tenía arregladas las cuentas de modo que nada restaba del capital de Elena. La joven, convencida de la maldad de aquel hombre, viendo lo inútil de sus diligencias, y temerosa de hallarlo alguna vez en su camino, resolvió alejarse de la población; y por conocimiento de la pobre mujer que la hospedaba, fué á servir á casa de unos labradores á un pueblo distante algunas leguas de la capital. En aquel pueblo, pasado un poco de tiempo, la conoció Manuel, inteligente oficial de albañilería, hijo de Madrid, que fué en unión de otros cuantos, á las órdenes de su maestro, para construir un gran edificio, propiedad de un acaudalado señor de la corte.

Manuel, muchacho formal y de excelentes condiciones, tuvo ocasión de tratar á Elena, y se enamoró de ella, más que otra cosa por sus bellas prendas morales. Elena no necesitó reflexionar mucho para comprender que aquel honrado trabajador era el marido que la destinaba el cielo, y sin vacilar aceptó su cariño, considerando todo esto un favor de la Providencia. A la vuelta de algunos meses, terminada la obra, Elena y Manuel, sin grandes preparativos, contrajeron matrimonio, y contentos de su unión marcharon á Madrid, donde Manuel tenía su modesto cuartito y á su buena madre que lo adoraba. Elena, con gran gusto de la anciana, formó parte de la familia, viniendo á ser ella la alegría y el apoyo á su vez de aquellas nobles criaturas.

—Al año de casada—prosiguió Elena—el nacimiento de este niño colmó nuestra ventura: él es mi encanto y hace las delicias de los seres que me rodean. La madre de mi esposo es una santa, y ha llegado á quererme con extremo, porque sabe que yo amo entrañablemente á su hijo, el cual es buenísimo conmigo. Manuel está considerado y querido en su gremio, y nunca le falta un jornal. Yo arreglo las cosas de mi casa, y cuando él trabaja lejos de ella, como ahora, le traigo la comida, sin ocuparme para nada de las miserias del mundo. Mi dicha del presente me ha hecho olvidar ya todo lo nebuloso del pasado. Soy feliz en el seno de esta familia que Dios me ha concedido, y no ambiciono otra cosa sino que mi hijo sea tan honrado y trabajador como su padre.

—¡Oh, eres un ángel!—exclamó Adriana, enternecida con el relato de su amiga y volviendo á estrecharla entre sus brazos.

—Pero ¿y tú?—dijo Elena—¡serás muy venturosa! posees un magnífico palacio.

—¡Ay, amiga mía!—replicó la interpelada, vertiendo de sus ojos un raudal de lágri-

mas;—yo, en medio de la grandeza en que vivo, envidio tu suerte; ¡soy bien desdichada!

—¿Pues cómo?—interrogó con asombro Elena.

Adriana le refirió á su vez todos los sucesos de su vida, sin omitir ningún detalle, ni aun las pretensiones del Marqués y el propósito de ella de dar aliento á aquellos amores con el fin de atacar de esta manera la susceptibilidad de su marido.

—¡Oh! no hagas tal, Adriana mía, porque te perderás irremisiblemente; lo que hoy en tu esposo es, al parecer, desvío, ocasionado por sus atenciones políticas, ó acaso por la conducta que hayas observado con él, mañana, al obrar como piensas, impulsada por el despecho, será por su parte desprecio y odio y tu honor rodará por el suelo, escarnecido y vilipendiado. Desecha de tu ánimo tal pensamiento y proponte otro plan más digno y conveniente para lograr tu objeto.

—Aconséjame tú lo que debo hacer, como cuando éramos niñas, aunque ahora con la experiencia de los años y de las vicisitudes sufridas; tú fuiste siempre la más discreta y la más buena de las dos; díme lo que harías en mi lugar.

—Querida Adriana: tú eres noble de alma y tienes un excelente corazón dotado de exquisita sensibilidad, pero tan vehemente y apasionado, que fácilmente se inclinaría por torcido camino. No has reflexionado jamás sobre tus actos, porque siempre has carecido de un guía prudente y amoroso que te dirija. Recapacita un poco y comprenderás cuánto menos costoso será para tí obrar conforme es tu deber. Dices que amas á tu marido; pues bien, aun cuando no le amaras, tu obligación sería tratarle con dulzura, guardar cumplidamente el juramento que pronunciaste ante el altar y tu decoro de esposa, y doblegarte en un todo á su voluntad, cuidando de estar, siempre que sea posible, á su lado, atenta á sus menores deseos y dispuesta constantemente á distraerlo y consolarlo de las contrariedades que como todo hombre sufrirá en su vida. Despréndete cuanto puedas de las vanidades sociales; frecuenta menos los paseos y las reuniones del gran mundo, como no sea en compañía de tu esposo, y adórnate sólo para él; que tu marido te encuentre siempre bella, cariñosa y activa; aunque nada te precise hacer, procura crearte ocupaciones y emplear tus horas de ocio en algunas labores provechosas, estando además de continuo al cuidado de tu casa, á fin de matener el orden conveniente en ella. Vivís aquí en nna desunión completa, como si no fueseis marido y mujer; en este gran palacio vuestros corazones se hallan tan solitarios y tristes como en un árido desierto. Óyelo bien, Adriana, y no lo eches en olvido. Un solo lecho, una misma mesa, una correspondencia frecuente y una amorosa condescendencia mutua, bastan para hacer la unión de dos seres armónica feliz é indisoluble.

Elena calló, y Adriana, conmovida, admirando el elevado entendimiento de aquella pobre joven, tan combatida por los males del mundo y tan honrada, exclamó en un arranque de verdadero y profundo convencimiento:

—Tienes razón, amiga mía; yo no había pensado en nada de esto; pero ahora que veo por el claro tamiz de tu inteligencia, juro que seguiré sin dilación tus prudentes consejos, sin apartarme ni una línea de la conducta que me señalas, y doy gracias á Dios que te ha colocado con tanta oportunidad delante de mí para salvarme. Pero yo te necesito junto á mí; yo quisiera que vivieses á mi lado; mejoraré la suerte de tu marido.....

—No puede ser, Adriana—la interrumpió Elena; —mientras exista la anciana madre de mi esposo, es mi deber permanecer á su lado, sirviéndola de hija.

—Bien; pero siquiera prométeme que vendrás todos los días con tu hijo; quiero que tú me dirijas, consultar contigo cuanto haga, y á la vez pagarte con todo lo que yo pueda

hacer en obsequio de este hermoso niño—dijo besando cariñosamente á la criatura;—sí, mi buena amiga, préstame el favor que te pido, y me harás con ello un inmenso beneficio.

—Tú eres quien me favorece, Adriana mía, al concederme de nuevo tu amistad y tu bondadosa atención, sin tener para nada en cuenta lo humilde de mi clase; esa noble condición te eleva á mayor altura en el altar que desde niña te consagré en mi pecho; conserva siempre esos puros sentimientos sin la más leve mancha que los empañe, y muéstrate á tu marido tal como eres, no tal como has pretendido ser. Adiós, yo te ofrezco venir siempre que me lo permitan mis obligaciones.—Y así diciendo, Elena se dispuso á marchar.

Adriana, después de haberla obligado con la mayor delicadeza á que aceptara una fina dádiva para el niño, la despidió oprimiendo otra vez contra su pecho á tan digna y virtuosa amiga.

Cuando se quedó sola, conoció todo el bien que había derramado en su espíritu aquella mujer excepcional; sintióse más fuerte y animada que nunca, dispuesta á captarse, del modo que Elena le indicara, la voluntad de su marido. No pensó en salir aquel día. Largo rato después de la escena pasada, miró sobre la mesa y se enrojeció de vergüenza; allí estaba la diaria misiva del Marqués; cogióla al punto, arrepentida de su anterior debilidad, y sin leerla, hízola pedazos. En seguida dió orden de que la avisasen la llegada de su esposo. Ricardo no tenía horas fijas en su casa; apenas se detenía en ella los momentos más precisos. Aquel día tornó al obscurecer y penetró en su despacho. Pocos minutos después vió con extrañeza llegar hasta allí á su esposa, cosa no acostumbrada en ella.

—¿Qué ocurre?—preguntóla él al verla como temerosa y cortada.

—Venía.....—contestó Adriana con timidez—á pedirte un favor: quisiera comer contigo. ¡Hace tanto tiempo que comemos á distintas horas y que no nos vemos!.....

Ricardo miró á su mujer con asombro; jamás le había dirigido ella ninguna súplica, ni se le había presentado con aquel acento humilde y cariñoso. Nunca le pareció más bella y seductora. Aproximóse, y tomándola una mano se apresuró á replicar:

—¿Me convidas á comer juntos? Acepto gustoso. ¿Quién sería capaz de negarse á semejante petición, hecha por unos labios encantadores?

Esta galantería hizo estremecer de dicha á la sensible esposa. El primer paso dado por la senda que le designó su amiga produjo buen efecto y la alentó á continuar, no dejando en olvido ni una sola de las advertencias de Elena. El éxito más feliz coronó los deseos de Adriana. Á los pocos días se sentía ya completamente transformada y satisfecha.

Su marido, que paulatinamente habíase alejado de ella, llegando hasta á olvidarla, fué volviendo de nuevo, atraído por la graciosa influencia que empezó á ejercer sobre su corazón, viéndola frecuentemente á su lado en los momentos en que él se hallaba en su casa, oyendo sus palabras dulces y consoladoras, viéndola prudente y activa, adivinando sus menores deseos, sin salir como no fuese en su compañía, y siempre amable, risueña y afectuosa.

Ricardo creyó tener una mujer frívola y vana, amante sólo del lujo y de la exhibición de su belleza, y comprendió que la había juzgado mal; era todo lo contrario: Adriana no merecía ser tratada como un mueble hermoso al que se olvida despues de haber experimentado el placer de comprarlo: valía más, mucho más. Vió que era una mujer de excelentes cualidades, necesaria á su corazón, y lamentando el equívoco, volvió á ser para ella lo que había sido al principio de su matrimonio: atento, solícito y cariñoso.

Adriana, feliz desde entónces, comprendiendo las ventajas del obrar debidamente y con discreción, detestó la ligereza de su conducta pasada, y dió gracias al cielo y á su buena amiga, que la había trazado el camino derecho de la virtud.

Elena visitó con frecuencia á Adriana, que sintió crecer su cariño por tan noble criatura, á la que consideraba muy superior á ella, y cifraba su mayor empeño en tenerla horas enteras á su lado. Andando el tiempo, pudo ver al fin realizado su deseo. La anciana madre de Manuel, cumplidos sus días, se alejó del mundo bendiciendo á sus hijos, y entonces éstos aceptaron gustosos y agradecidos los ofrecimientos de Adriana, ocupando Manuel un puesto digno en la espléndida morada, y Elena sólo el de compañía y consejera de su distinguida amiga. Al niño diéronle educación, adquiriendo los virtuosos y honrados padres la esperanza del futuro bienestar de aquel ángel, cuyo cariño constituía toda su aspiración y su más dulce recreo.

Adriana fué madre de una preciosa niña, á la cual no pensó en separarla de sí ni por un solo momento, sino criarla bajo su amorosa tutela é instruirla al calor de los más puros y sabios consejos, siendo ella misma su guía y preceptora.





Breves reglas de pedagogia.

Siendo el matrimonio la conjunción más propia y legítima para promover la sucesión, importa no menos á la felicidad de los padres como al bien material del nuevo vástago, que á su desarrollo presida una constante y atinada dirección que le conduzca á la mayor perfección física y moral en el ejercicio de sus sentidos y facultades, á fin de que llegue á ser en su día un individuo sano, bien conformado, útil á la sociedad, que haga la delicia de la familia y alcance el bienestar de sí mismo, debido á su buena educación.

En cuanto á la naturaleza del recien nacido, fácil es que herede la de los padres, y es de notar que es tanto más fuerte la de aqnél según el orden y método en que éstos viven. La diferencia que se observa entre los hijos del campo y los de las ciudades, depende más de las condiciones en que se hallan unos y otros en orden á método, que de influencias atmosféricas ó del género de alimentación. Cuando las costumbres son más libres y más dominan los vicios, tanto más cunde la degeneración de la especie; y tanto menos fuerte es ésta cuanto más precoz es el desarrollo de las pasiones. Triste es verdaderamente el aumento que toma de día en día en las grandes poblaciones la muchedumbre de jóvenes lisiados, entecos, faltos de vigor y de lozanía, no obstante los grandes recursos que la

ciencia acumula para reponer artificialmente las fuerzas y enmendar en cierto modo los estragos causados por la disolución. Para este mal el mejor remedio es volver por los fueros de la razón, del orden y de la moralidad, y prescribir en particular á los padres de familia las obligaciones que contraen de criar y educar debidamente á los hijos, con el fin de librarlos y precaverlos de influencias perniciosas y de un desdichado porvenir.

La perfección corporal de éstos consiste, en primer lugar, en la armonía de los diversos sistemas del organismo, que produce inmediatamente la marcha continua y arreglada de todas las funciones que pertenecen á la vida y conservación de lo que llamamos salud, que no es otra cosa sino el resultado del equilibrio indicado, y la cual se manifiesta por la ausencia de todo dolor corporal. En segundo lugar, consiste la perfección en el uso constante de todos los miembros, cuyos movimientos dependen más ó menos de la voluntad, y contribuyen por consecuencia á la facilidad de adquirir habilidades corporales. Fúndase en tercer lugar en la hermosura de las formas, que en parte son innatas, pero que en parte pueden adquirirse por medio del ejercicio, del buen régimen y de la educación. Y en cuarto y último término consiste también en la agudeza de los sentidos, lo cual parcialmente puede ser considerado como una cualidad del espíritu.

De las observaciones recogidas de diferentes obras científicas acerca de la influencia que ejerce la naturaleza de los padres en la de los hijos y de las propiedades hereditarias, no hay conformidad, y no pocas veces son contradictorias; sin embargo, la regla general es que de padres sanos nacen hijos sanos, y viceversa. La conducta de la mujer durante el período de gestación influye también en que el resultado sea más ó menos feliz. Esta consideración tan interesante basta por sí sola para no titubear en establecer que toda madre debe dedicar una atención suma á tan importante objeto y precaverse con gran cuidado de todo aquello que pueda perjudicar al ser que se desarrolla en su seno. Es verdad que muchas veces estas precauciones suelen llevarse hasta el ridículo, especialmente entre las personas de alta clase, al paso que por otro lado el deseo inmoderado de diversiones y los caprichos del lujo y de la moda les hacen traspasar los límites de la prudencia; pero cabe prescribir en términos generales que la mujer en cinta debe continuar en sus anteriores costumbres, mientras que éstas sean morigeradas, y abstenerse de todo ejercicio violento que pueda sobreexcitar sus fuerzas, y asimismo debe huir de toda emoción que pueda perturbar su ánimo; porque cuanto más perfecto sea el estado físico y moral de aquélla, tanto más favorece el desarrollo del embrión.

El recién nacido apenas es susceptible de educación: su organismo se encuentra aún muy poco desenvuelto para que se manifiesten distintamente sus facultades, y de aquí la dificultad de indicar reglas que tiendan á dar al niño una determinada dirección. Sin embargo, es mucho más fácil en esta época el poderlo manejar, dada su completa ineptitud, que le pone enteramente á merced de la persona que lo cría; pero tambien se hace más difícil adivinar sus necesidades, lo cual da lugar á errores en el tratamiento, que pueden ser causa de resultados á veces lamentables.

La madre es, sin duda, la especialmente destinada por la naturaleza para atender al cuidado del hijo en su primera infancia, y la llamada á alimentarle en sus propios pechos. Acerca de este punto todos los médicos y pedagogos convienen en la inmensa ventaja que ese régimen reporta á la criatura, así como las terribles contingencias á que se la expone entregándola en manos de una nodriza, pues además de que así se falsean los principios vitales que han de vigorizar al nuevo ser, el ama de cría, por lo general, adolece de vicios que interesan profundamente su organismo, á veces por enfermedades contraídas y por

artificios que hacen altamente perjudicial la leche de sus pechos. Esas mujeres mercenarias tampoco saben de los cuidados que á cada paso requieren los diferentes estados de la criatura, atendiendo más bien á su propio bienestar, interés y regalo. Los diarios ejemplos bastan para dar á conocer la perniciosa influencia que en el orden moral, doméstico é higiénico ejercen esos agentes intermediarios para la salud de la infancia. Sólo causas muy legítimas podrán dispensar á las madres la obligación de amamantar á sus hijos. Si esto no fuera posible, preferible es que suplan su deficiencia con leche de vacas y alguna papilla ligera, con lo cual se consigue alimentarlos en mayor cantidad, ó aumentar la nutrición si es débil la leche materna. De todos modos, el ama de cría debe ser el último recurso, cuando cabe adoptar estos medios. El exceso y falta de método en este particular acarrean perturbaciones en la organización tierna de la criatura, muchas veces por sobra de complacencia de los que la rodean, propicios á satisfacer toda indicación de aquélla, aunque sea de necesidad tan sólo aparente y caprichosa. Tan raros son los ejemplos de niños que hayan perdido la salud por falta de alimento, como frecuentes los extremos opuestos, que degeneran hasta influir en la índole de la criatura, volviéndola ansiosa y exigente.

La época en que debe terminar la lactancia está perfectamente determinada al llegar el niño á la dentición, que, acompañada además de otras manifestaciones, como son la mayor movilidad de los músculos y energía de sus fuerzas, y el deseo de ejercicio corporal, revelan la necesidad de darle alimentos más nutritivos. Es de grande importancia acostumbrarle á un buen régimen de comidas que, una vez adoptado no debe variar, ni por ceder al llanto, ni por la mal entendida complacencia. La falta de arreglo desde un principio, no sólo perjudica al niño, sino que acarrea muchas incomodidades á las madres, que tan fácilmente podrían evitar.

El sueño es otra de las funciones que admiten régimen, y aun cuando en los primeros días del recién nacido es más conveniente dejar obrar á la naturaleza, más tarde, observando las horas en que más comunmente duerme ó despierta, debe seguirse un método uniforme. Esto no quiere decir que se le interrumpa el sueño violentamente; pero sí hacerle despertar con suavidad cuando se vea que duerme demasiado. Las ventajas que se alcanzan de esta suerte, son en beneficio de la salud y regularidad en las funciones del infante, y á la vez evita á las madres ó nodrizas el que esté despierto en las horas en que éstas necesitan también descanso. Por desgracia, se comete á veces el abuso de servirse del niño como objeto de distracción, perturbando con sobrada frecuencia su tranquilidad, trayéndole y llevándole sin consideración por personas ignorantes del mal que ocasionan, y esta circunstancia no debe pasar desapercibida para las madres.

El mecer á los niños es costumbre que no perjudica, siempre que no se exagere, y vale más que el violento bamboleo en los brazos, prodigado á menudo por la ternura maternal. Las conmociones á que esto da lugar son tan nocivas como el hacerles cosquillas ó darles fuertes besos. La criatura en esa época es sumamente tierna, y jamás se debe alterar su tranquilidad, sino por el contrario, hacerla constante y serena.

También es una mala costumbre la de llevar en brazos á los niños todo el día, y aun parte de la noche, porque así, en vez de ser igual la temperatura por todo el cuerpo de éstos, resulta más alta ó más baja por una que por otra parte, lo cual puede ser causa de que su desarrollo no sea uniforme en todos los miembros, produciéndose á veces por este motivo torceduras y deformidades originadas por tenerlos largo rato encogidos y en posiciones insanas. Lo más conveniente y provechoso á la salud del niño es dejarle sosega-

do en su apacible divertimiento consigo mismo y en las posturas que adopte, siempre que no sea en lugar donde corra peligro ó pueda lastimarse.

La temperatura de la habitación que ocupe el niño no ha de ser ni alta ni baja, porque está demostrado por la experiencia que le son perjudiciales los extremos de frío y calor. En cuanto al vestido, debe ser de tela ligera y de abrigo al mismo tiempo, aumentando éste en estado de reposo y aligerándolo en el de movimiento, y graduándolo más adelante según las estaciones, teniendo cuidado de que los pies conserven siempre más calor que lo restante del cuerpo. Los baños, además de ser necesarios á la limpieza, son medios excelentes para mantener en un estado normal la transpiración de los órganos, el movimiento muscular y la frescura y belleza de la piel. La temperatura del agua deberá ser un poco más subida en los primeros días que en los sucesivos, disminuyéndola gradualmente y preparando el baño en proporción á las condiciones atmosféricas.

Las habilidades de la primera infancia consisten en coger las cosas que encuentra al alcance de su mano y llevarlas á la boca, en lo cual hay que poner especial cuidado á fin de evitar que se haga daño ó que chupe alguna sustancia nociva, y los ejercicios más importantes son sentarse, andar á gatas, procurar ponerse derecho, y por último, andar y hablar. La libertad en el movimiento de los brazos y manos permite ya que empiece aquí la educación del niño, no consintiéndole que coja todo sin distinción, y moderando su afán de llevar á la boca lo que ha agarrado. Además, al darle de comer se le deben tapar las manos con un paño y no permitirle ni aun la tentativa de quitárselo, obrando siempre con dulzura, pues las violencias con ellos, lejos de contenerlos, los vuelven ásperos, voluntariosos y desagradables. Es de suponer, ya que no es posible probarlo, que las primeras tendencias é impresiones indican la dirección que van tomando las del espíritu. El refrán que «de pequeñito se endereza el arbolito» es de gran aplicación para estos casos.

El paso del niño que rompe á andar es vacilante y propenso á caer hacia adelante por la falta de equilibrio del cuerpo y de fortaleza en las piernas, todavía poco desarrolladas; así es que camina abriendo éstas y necesitando á cada paso apoyo. Sin embargo, los padres no deben consentir antes del año esta clase de ejercicios, y al ponerlo en andadores procurarán que éstos sean de tal género ó construcción que no opriman el cuerpo ni produzcan conmociones ó sacudidas por parte de los que lo sujetan; los más higiénicos para estos casos son los de mimbre, por ser ligeros y sostener al niño sin peligro ni necesidad de tener una persona empleada en ello.

Desde el momento en que se quita el pecho á la criatura, es necesario acostumbrarla á que vaya tomando alimentos cada vez más generales, hasta hacer la misma comida de los adultos. Esta graduación ha de corresponder con la posible exactitud al desarrollo del cuerpo y á la más fácil digestión. Al principio se procurará que los alimentos que reemplacen á la leche materna se asemejen en lo posible á ésta y tengan casi la misma consistencia, suavidad y tono, debiendo, por lo tanto, ser más bien líquidos y dulces que sólidos y ásperos. La papilla, aunque no muy sabrosa al paladar de los adultos, es, sin embargo, el alimento más adecuado y sano para los niños, y sacarlos de este régimen, haciéndoles gustar bebidas espirituosas, carnes, conservas y golosinas, es exponerlos vanamente á serios trastornos y á que se vuelvan desganados, golosos é impertinentes. Mientras no llegasen á la edad de seis años, no se debería darles de comer carne, aun cuando esta prescripción es más difícil de guardar por parte de los padres que sientan á sus hijos á la mesa, y no han de contrariarles los naturales impulsos y antojos por probar de aquello que toman los mayores; de todos modos, estas complacencias deben ser muy

limitadas, si se atiende á que en la infancia predomina la vida vegetativa, siendo, de consiguiente rápida la circulación de la sangre, y el acelerarla con la digestión de sustancias animales es gastar lastimosamente la fuerza vital, y que en el caso de enfermedad adquiera un curso más pernicioso. Aun después de haber cumplido el niño los seis años, se deben emplear con mucha moderación manjares ácidos, excitantes, y sanguificantes, y tanto más tarde para los niños de la ciudad que para los del campo. El pan bueno es un alimento bastante recomendable; no así los pasteles, que tan perjudiciales son á los niños, y cuyo abuso constituye un veneno, pues ocasionan la anemia y debilitan sus fuerzas; en cambio, las frutas sazonadas y usadas con moderación producen resultados favorables. Los padres deben acostumbrar á que sus hijos sólo coman aquello que se les sirva en las horas debidas, sin permitirles la elección de manjares, para evitarles esas repugnancias ó predilecciones que, de no hacerlo así, suelen tomar los niños por determinados platos. Franklin ha dicho con mucho acierto, que un niño bien educado debe comer sólo porque tiene apetencia y porque ha llegado la hora para ello, pero sin preguntar qué es lo que va á tomar.

Las bebidas artificiales que sólo pueden permitirse á los pequeños en ocasiones dadas, son la cerveza suave, la sidra, el mosto y el vino aguado. En cuanto á los líquidos calientes, todavía deberán ser menos frecuentes. El café y el té excitan demasiado el sistema nervioso, y el chocolate es sobrado alimenticio.

El vestido de los niños nunca debiera estar sometido á los caprichos de la moda, sino á las condiciones convenientes para su abrigo y de modo que les deje moverse con holgura, andar, saltar y jugar, tal como lo requiere la infancia, y no inducirlos desde tan temprano á fijarse en galas y adornos, inculcándoles así el espíritu de vanidad, de envidia y de presunción. Su limpieza ejerce poderosa influencia para la conservación de la salud; el aseo, que es preciso en todas edades, es aun más necesario en las primeras épocas de la vida. El baño general conviene darlo al niño diariamente hasta los dos ó tres años, después de este tiempo puede ser una vez á la semana, y en la temporada del estío todos los días en el mar ó en el río, al aire libre, que es más higiénico, y para el provechoso ejercicio de la natación. La temperatura del agua no ha de ser nunca tan baja que ponga la piel muy encendida ó azulada. La cara, cuello, pecho y manos deben ser objeto de frecuentes abluciones. No hay cuidado de que el agua fría que para esto se emplee sea perjudicial, por el contraste del calor que conserva el cuerpo al salir de la cama, pues fácilmente se comprende que la cantidad de agua que se invierte para bañar dichas regiones no puede interrumpir, sino aliviar la temperatura interior del individuo. Otra cosa es cuando se trata del baño general, para el cual se necesita usar de varias precauciones, tales como que el cuerpo esté frío, que haya pasado el tiempo de la digestión, que no se permanezca en el agua demasiado tiempo, etc., etc.

El sueño, como ya hemos dicho, es otra necesidad que puede muy bien sujetarse á un régimen; así, si el infante de un año necesita dormir dos veces al día, basta con que el de dos años duerma una sola vez, pero siempre cuidando de acostarlo á la misma hora y despertarlo igualmente, con lo cual se afianza y prepara una buena regla para la duración que habrá de tener el sueño en todas las épocas de la vida. El levantarlos temprano, no solamente es sano para el cuerpo, sino que además es provechoso para el despejo de los sentidos.

Si bien el niño en los primeros años no es susceptible más que de cuidados y no de ocupaciones, es posible, sin embargo, proporcionarle algún entretenimiento que le dis-

traiga y le sirva al par de enseñanza despertando en él hábitos de ejercicio útil; tal puede ser el encomendarle mirar por las pequeñas cosas domésticas que más le halaguen y le tengan en movimiento.

La enseñanza intelectual no debe dar principio ni imponérsela al niño sino después del quinto año de edad, porque atacando indirectamente al desarrollo fisico, preciso es acumular antes las fuerzas necesarias á fin de que exista el conveniente equilibrio. El estudio, pues, comenzará poco á poco, sin obligar demasiado la infantil inteligencia, y ya á la edad de siete años pueden dedicar al niño á tres horas diarias de ejercicios mentales, aumentando progresivamente este trabajo según la naturaleza del educando.

Los padres, á la vez que preservan á sus hijos de los males y procuran librarlos en lo posible de toda clase de molestias, deben al propio tiempo acostumbrarlos al sufrimiento y á sobrellevar con paciencia los dolores y las incomodidades inevitables, pues la serenidad del ánimo contribuye no poco á mantener la salud, y la fortaleza corporal tiende á libertar al espíritu de influencias exteriores, pero siempre bajo la autoridad de la razón, porque no es lo mismo, por ejemplo. que un niño se exponga á la lluvia por jugar que por un trabajo necesario.

El abuso que los adultos suelen cometer con las criaturas excitando su imaginación con los relatos de cuentos fantásticos de aparecidos, de brujas y encantamentos, en tono terrorífico, es un mal muy grave que enerva y apoca, asusta y perturba la tranquilidad del niño, siendo á veces de fatales resultados hacerle sufrir vanamente por este medio, habiendo para entretenerle otros tan provechosos y adecuados, ya puestos al alcance de todos, como los libros de la infancia, en los que hay materia para esparcir útil y agradablemente el ánimo de la inocente criatura.





Hojas del porvenir

para

anotar los principales acontecimientos de familia
que se deseen conservar
para memoria en este libro, como efemérides, natalicios,
aniversarios, etc.

ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.






UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600713452


RECUERDO